

LA LUNA DE PAPEL ANDREA CAMILLERI



Un mundo de novela ...
www.miscolecciones.org



Tal vez porque Salvo Montalbano siente más que nunca la onerosa carga del tiempo sobre sus hombros, el lector asiduo del comisario siciliano lo encontrará más maduro y reflexivo que nunca, aunque no por ello menos dispuesto a desenmascarar la impostura y las trampas con que intentan confundirlo, y, naturalmente, sin renunciar un ápice a su acostumbrada alergia a los mandos superiores y al juez de turno. El nuevo caso de Montalbano, uno de los más turbios a los que se ha enfrentado, arranca con la desaparición de Angelo Pardo, un solitario y enigmático representante de productos farmacéuticos. El posterior hallazgo de su cadáver en circunstancias no precisamente decorosas plantea una cadena de interrogantes sobre el móvil del crimen, por lo que Montalbano centra su atención en las mujeres más cercanas a Angelo: su hermana Michela, una solterona que bajo sus ropas anchas esconde una voluptuosidad que turba a nuestro comisario; y su amante Elena, la joven y bellísima esposa de un viejo profesor. Sus historias se contradicen y Montalbano, que sospecha que ambas ocultan algo, se esfuerza en sacar agua clara de todo ello. Puesta a prueba por enésima vez su fidelidad a Livia, en esta novena entrega Salvo Montalbano se acerca como nunca a la psicología femenina, al tiempo que se rebela contra las primeras manifestaciones del paso del tiempo.

Andrea Camilleri

La luna de papel

Comisario Montalbano - 9

Título original: *La luna di carta*

Andrea Camilleri, 2005

Traducción: María Antonia Menini Pagès

Diseño de cubierta: Ledo

Editor digital: Titivillus



Uno

Como todas las mañanas de un año a esa parte, el despertador sonó a las siete y media. Pero él había despertado una fracción de segundo antes de que se disparara el timbre, le había bastado el sonido del muelle que ponía en marcha el mecanismo. Por eso tuvo tiempo, antes de levantarse de un salto, de volver los ojos hacia la ventana, y la luz le indicó que el día iba a ser bueno y despejado. Después apenas le dio tiempo a prepararse el café, beberse una tacita, hacer sus necesidades, afeitarse y ducharse, beber otra tacita, encender un cigarrillo, vestirse, salir de casa, subir al coche y llegar a las nueve a la comisaría: todo a la velocidad de una película de humor de Jaimito o Charlot.

Hasta hacía un año, el proceso de despertar por la mañana seguía unas pautas distintas y, sobre todo, se desarrollaba sin agobios y sin carreras de velocista de cien metros libres.

En primer lugar, nada de utilizar el despertador.

Montalbano tenía la costumbre de abrir los ojos después del sueño de una manera natural, sin necesidad de estímulos externos: una especie de despertador natural, dentro del cerebro; le bastaba con ponerlo antes de dormirse, «recuerda que mañana has de levantarte a las seis», y a las seis en punto abría los ojos. Siempre había pensado que el despertador, aquel artilugio metálico, era un instrumento de tortura: las tres o cuatro veces que había tenido que despertar con aquel sonido de barrena porque Livia, que debía irse, no se fiaba de su despertador interior, había pasado todo el día con dolor de cabeza. Entonces Livia, después de una discusión, adquirió uno de plástico, de esos que, en lugar de soltar timbrazos, emiten un sonido electrónico, una especie de biiiiip interminable, casi como el zumbido de un mosquito que se hubiera introducido en la oreja y allí se hubiera quedado

aprisionado. Como para volverse loco, vaya. Lo lanzó por la ventana, lo que dio lugar a otra pelea memorable.

En cuestión de segundos él autodespertaba deliberadamente con una anticipación de unos diez minutos como mínimo.

Eran los mejores diez minutos del día que tenía por delante. ¡Ah, qué delicia permanecer tumbado entre las sábanas pensando chorradas! Ese libro que todo el mundo dice que es una obra maestra, ¿lo compro o no lo compro? ¿Hoy voy a comer a la *trattoria* o regreso a Marinella y me zampo lo que haya preparado Adelina? ¿Le digo o no le digo a Livia que los zapatos que me ha comprado no puedo ponérmelos porque me aprietan? Bueno, cosas así. Divagaciones, pero evitando con cuidado que le acudiese a la mente nada relacionado con el sexo o las mujeres: a aquella hora eso podía convertirse en un terreno muy peligroso de explorar, salvo que tuviera durmiendo a su lado a Livia, la cual habría estado encantada de asumir las consecuencias.

Sin embargo, una mañana de hacía un año la situación cambió de golpe. Acababa de abrir los ojos, calculando que podría dedicar un cuarto de hora escaso a sus divagaciones mentales, cuando un pensamiento repentino le pasó por la cabeza, no un pensamiento entero sino un principio de pensamiento, que empezaba con estas palabras: «Cuando llegue el día de tu muerte...».

Pero ¿qué pintaba aquel pensamiento entre los demás? ¡Era una putada! Era como si uno, mientras hacía el amor, recordara que no había pagado el recibo del teléfono. Y no es que la idea de la muerte lo asustara especialmente, pero a las seis y media de la mañana estaba fuera de lugar. Si uno comenzaba a pensar en su propia muerte a las tantas de la madrugada, seguro que a las cinco de la tarde o se pegaba un tiro o se arrojaba al mar con una piedra atada al cuello. Consiguió detener el avance de aquella frase, la bloqueó poniéndose a contar precipitadamente del uno al cinco mil con los ojos cerrados y los puños apretados. Después comprendió que el único remedio que le quedaba era ponerse a hacer las cosas que tenía que hacer, concentrándose en ellas como si fuera una cuestión de vida o muerte. A la mañana siguiente la cosa fue más traicionera. El primer pensamiento que se le ocurrió fue que al caldo de pescado tomado la víspera le faltaba un condimento. Pero ¿cuál? Y justo en aquel instante regresó a traición el maldito pensamiento: «Cuando llegue el día de tu muerte...».

A partir de entonces comprendió que ya jamás se iría, e igual se quedaba escondido en su cerebro durante uno o dos días para emerger a la superficie cuando menos lo esperara. Vete tú a saber por qué llegó al convencimiento de que, por su propia supervivencia, la frase no tenía que completarse, pues en caso de que así fuera, él moriría coincidiendo con la última palabra. Y de ahí el despertador. Para no dejarle al maldito pensamiento ni una sola grieta a través de la cual pudiera filtrarse.

Livia, que había ido a pasar tres días en Marinella, señaló con el dedo la mesita de noche mientras deshacía la maleta y preguntó:

¿Qué hace ahí ese despertador?

Él le soltó una trola.

—Pues mira, es que hace una semana tuve que levantarme muy temprano y...

—Y después de una semana, ¿el despertador todavía está ahí?

Cuando quería, Livia era peor que Sherlock Holmes. Un tanto avergonzado, le dijo la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad. Livia se puso como una furia.

—Pero ¡tú estás loco!

Y quitó de la vista el despertador guardándolo en un cajón del armario.

A la mañana siguiente, en lugar del despertador, fue Livia quien despertó a Montalbano. Y fue un despertar delicioso, con pensamientos de vida y no de muerte. Sin embargo, en cuanto Livia se fue, el despertador volvió a la mesita de noche.

—¡*Dottori*, ah, *dottori dottori*!

—¿Qué pasa, Catarè?

—Hay una *signora* que lo espera.

—¿A mí?

—A usted personalmente en persona no lo ha dicho, ha dicho que quería hablar con uno de la policía.

—¿Y no podía decírtelo a ti?

—*Dottori*, quería hablar con uno *superior* a mí.

—¿No está el *dottor* Augello?

—No, *signor dottori*, ha *tilifoniado* que llega tarde con retraso porque se retrasó.

—¿Y eso por qué?

—Dice que anoche el chiquillo se encontró mal y esta mañana va el médico *dottori*.

—Catarè, no hace falta que digas el médico *dottori*, basta y sobra con decir doctor.

—No basta, *dottori*. Puede haber una *confusión*. Usía, por *ijemplo*, es *dottori* pero no médico.

—Pero ¿y la madre? ¿Beba? ¿No podría quedarse ella a esperar la visita del *dot...* del médico?

—Sí, *signor dottori*, la *signora* Beba está. Pero él dice que también quiere estar *prisente*.

—¿Y Fazio?

—Fazio está con un chico.

—¿Qué ha hecho ese chico?

—Él nada, *dottori*. Muerto está.

—¿Y cómo ha muerto?

—*Soberedosi*, *dottori*.

—Muy bien pues, vamos a hacer una cosa. Yo voy a mi despacho, tú dejas transcurrir unos diez minutos y después me mandas a la señora.

Estaba enfadado con Mimì Augello. Desde que naciera el niño, pasaba más tiempo con él del que antes pasaba con las mujeres. Había perdido la cabeza por su hijo Salvo. Pues sí, porque a Montalbano no solo lo habían hecho padrino, sino que, además, le habían dado la bonita sorpresa de bautizar al crío con su nombre.

—Pero, Mimì, ¿no podríais ponerle el nombre de tu padre?

—Verás, es que se llama Eusebio.

—Pues entonces el del padre de Beba.

—Peor que caminar de noche. Se llama Adelchi, como el de la tragedia de Manzoni.

—Mimì, a ver si lo entiendo. ¿El verdadero motivo de que le hayáis puesto mi nombre es que el de los demás os parecen raros?

—¡Pero no digas bobadas! En primer lugar es por el afecto que siento por ti, que eres como un padre para mí, y además...

—¿Un padre? ¿Con un hijo como Mimì?

—¡Anda y que te den por culo!

Ante la noticia de que el *nasciturus* se iba a llamar Salvo, Livia experimentó un tremendo arrebató de llanto. Había ciertas ocasiones especiales que la conmovían profundamente.

—¡Mira cómo te quiere Mimì! Y tú, en cambio...

—Vaya, hombre, ¿conque me quiere? ¿Tú sabes quiénes son Eusebio y Adelchi?

Y desde que naciera el crío, Mimì aparecía y desaparecía de la comisaría en un santiamén: ahora Salvo (junior, naturalmente) tenía diarrea, ahora le habían salido unas manchitas rojas en el culito, ahora tenía eructos, ahora no quería mamar...

Se había quejado de ello por teléfono a Livia.

—Ah, ¿sí? ¿Y qué tienes tú que reprocharle a Mimì? ¡Eso significa que es un padre que quiere a su hijo, que se preocupa por él!

Le había colgado el teléfono.

Examinó el correo de la mañana que Catarella le había dejado encima de la mesa. En virtud de un pacto con la oficina de correos y debido a que algunas veces se pasaba dos días sin ir a casa, la correspondencia privada dirigida a Marinella se la llevaban a la comisaría. Había solo unas cartas oficiales, que apartó; no le apetecía leerlas, se las pasaría a Fazio en cuanto este regresara.

Sonó el teléfono.

—*Dottori*, está el *dottori* Latte con ese al final.

Lattes, el jefe de gabinete del jefe superior de policía. Con horror y estupor, Montalbano había descubierto poco tiempo atrás que Lattes tenía un clon en la persona de un honorable portavoz que siempre salía en la tele, con el mismo aire de sacristía, la misma piel rosada y cerduna por falta de barba, la misma boquita de agujero de culo, la misma hipócrita untuosidad, su vivo retrato.

—Mi querido Montalbano, ¿cómo va todo?

—Bien, *dottore*.

—¿Y la familia? ¿Los niños? ¿Todo bien?

Le había explicado un millón de veces que ni estaba casado ni tenía hijos ilegítimos, pero no había manera. Estaba emperrado.

—Todo bien.

—Gracias a la Virgen. Oiga, Montalbano, el señor jefe superior quisiera hablar con usted esta tarde a las diecisiete horas.

¿Y por qué quería hablar con él? El señor jefe superior Bonetti-Alderighi evitaba cuidadosamente verlo, prefería convocar a Mimì. Debía de tratarse de algún incordio impresionante.

La puerta se abrió violentamente, golpeando contra la pared, y Montalbano pegó un brinco en la silla. Apareció Catarella.

—Pido *piрдón, dottori*, se me ha escapado la mano. Los diez minutos acaban de pasar ahora mismito como usía *mi* ha dicho.

—Ah, ¿sí? ¿Ya han pasado diez minutos? ¿Y a mí qué coño me importa?

—La *siñora, dottori*.

Lo había olvidado por completo.

—¿Ha vuelto Fazio?

—Todavía no todavía, *dottori*.

—Hazla pasar.

Una casi cuarentona, a primera vista una hija de María superviviente, mirada baja detrás de las gafas, cabello recogido en un moño, manos cerradas fuertemente sobre el bolso, enfundada en un horroroso y holgado vestido gris que no permitía adivinar lo que había debajo, pero con unas bonitas y largas piernas a pesar de las medias gruesas y los zapatos sin tacón. Permaneció indecisa en la puerta, contemplando la franja de mármol blanco que separaba las baldosas del pasillo de las del despacho de Montalbano.

—Adelante, adelante. Cierre la puerta y tome asiento.

Ella así lo hizo, acomodándose en el borde del asiento de una de las dos sillas delante del escritorio.

—Dígame, señora.

—Señorita. Michela Pardo. Y usted es el comisario Montalbano, ¿verdad?

—¿Nos conocemos?

—No, pero lo he visto en la tele.

—La escucho.

Pareció turbarse más que al principio. Acomodó mejor las posaderas sobre la silla, se miró la punta de un zapato, tragó dos veces saliva, abrió la boca, la cerró, volvió a abrirla.

—Se trata de mi hermano Angelo. —Y se detuvo, como si al comisario le bastara saber que su hermano se llamaba Angelo para captar a la velocidad de un rayo toda la historia.

—Señorita Michela, usted comprenderá que...

—Comprendo, comprendo. Angelo ha... ha desaparecido. Desde hace dos días. Perdone, estoy muy preocupada y confusa y...

—¿Cuántos años tiene su hermano?

—Cuarenta y dos.

—¿Vive con usted?

—No, por su cuenta. Yo vivo con mamá.

—¿Su hermano está casado?

—No.

—¿Tiene novia?

—No.

—¿Y por qué dice que ha desaparecido?

—Porque no pasa ni un día sin que venga a ver a mamá. Y si tiene que irse, nos avisa. Hace dos días que no da señales de vida.

—¿Ha intentado usted llamarlo?

—Sí. A casa y al móvil. No contesta nadie. Fui incluso a su casa. Llamé largo rato al timbre antes de decidir abrir.

—¿Tiene llaves de la casa de su hermano?

—Sí.

—¿Y qué encontró?

—Todo estaba en perfecto orden. Y tuve miedo.

—¿Su hermano padece alguna enfermedad?

—Para nada.

—¿A qué se dedica?

—Es informador.

Montalbano se quedó de piedra. ¿Acaso ser informador, es decir, espía, se había convertido en un oficio reconocido, con paga doble de Navidad y

vacaciones pagadas, como, por ejemplo, el del arrepentido con sueldo fijo? Lo aclararía más adelante.

—¿Se mueve a menudo?

—Sí, pero se encarga de una zona muy restringida. Prácticamente no sobrepasa los límites de la provincia.

—En resumen, ¿usted desearía presentar una denuncia por desaparición?

—No... no sabría.

—Tengo que advertirle, sin embargo, que nosotros no podemos actuar de inmediato.

—¿Por qué no?

—Porque su hermano es mayor de edad, independiente, y goza de salud física y mental. Podría haber decidido irse voluntariamente unos días, ¿sabe? Y hasta que estemos seguros de que...

—Comprendo. ¿Usted qué me aconseja?

Y mientras formulaba la pregunta, finalmente lo miró. Montalbano experimentó los efectos de una especie de llamarada interior. Eran unos ojos justo del mismo color que el de un lago intensamente violeta en cuyas aguas a todos los hombres les habría encantado zambullirse y ahogarse. Menos mal que la señorita Michela mantenía casi siempre bajos aquellos ojos. El comisario efectuó mentalmente dos brazadas y regresó a la orilla.

—Bueno, pues yo le aconsejaría que regresara a echar otro vistazo a casa de su hermano.

—Lo hice ayer. No entré, pero me pasé un buen rato llamando al timbre.

—Sí, pero quizá no estuviera en condiciones de poder contestar.

—¿Y eso por qué?

—Bueno... podría haber resbalado en la bañera y no poder caminar, haber sufrido un acceso de fiebre muy alta...

—Comisario, no me limité a tocar el timbre. Incluso lo llamé a voces. Si hubiera resbalado en el cuarto de baño, me habría contestado. El apartamento de Angelo tampoco es tan grande.

—Permítame que insista.

—Yo sola no voy. ¿Por qué no me acompaña usted?

Volvió a mirarlo. Y esta vez Montalbano sintió que se estaba hundiendo, el agua ya le llegaba hasta el cuello. Lo pensó un poco y tomó una decisión.

—Mire, vamos a hacer una cosa. Si sigue sin noticias de su hermano, pásese otra vez por aquí esta tarde sobre las siete. Yo la acompañaré.

—Gracias.

Se levantó y le tendió la mano. Montalbano la tomó, pero no tuvo el valor de estrecharla; parecía un pedazo de carne sin vida.

* * *

Al cabo de menos de diez minutos se presentó Fazio.

—Un chaval de diecisiete años. Subió a la azotea de la comunidad y se metió una sobredosis. No hemos podido hacer nada, pobrecillo; al llegar ya había muerto. Es el segundo en tres días.

Montalbano lo miró, perplejo.

—¿El segundo? ¿Acaso hubo un primero? ¿Y cómo es posible que yo no me haya enterado?

—El ingeniero Fasulo. Pero en su caso fue cocaína.

—¿Cocaína? ¡Pero qué me estás contando! ¡El ingeniero murió de un infarto!

—Claro. Eso dice el certificado médico, eso dice la familia, eso dicen todos los amigos. Pero todo el pueblo sabe que murió por la droga.

—¿Estaba mal cortada?

—Eso no lo sé, *dottore*.

—Oye, ¿tú conoces a un tal Angelo Pardo que tiene cuarenta y dos años y trabaja como informador?

Fazio no pareció sorprenderse del oficio de Angelo Pardo. Tal vez no lo había entendido bien.

—No, señor. ¿Por qué lo pregunta?

—Porque desapareció hace un par de días y la hermana está preocupada.

—¿Quiere que...?

—No; después, si no da señales de vida, ya veremos.

—¿*Dottor* Montalbano? Soy Lattes.

—Dígame.

—¿La familia bien?

—Me parece que de eso ya hemos hablado hace un par de horitas.

—Pues sí. Mire, he de comunicarle que hoy el señor jefe superior no tiene tiempo de recibirlo tal como usted había pedido.

—Le recuerdo, *dottore*, que es el jefe superior el que me ha convocado.

—Ah, ¿sí? Da lo mismo. ¿Podría venir mañana a las once?

—Pues claro.

Ante la idea de no tener que ver al jefe superior, los pulmones se le ensancharon y le entró un apetito descomunal que solo podría saciar Enzo, el dueño de la *trattoria*.

Salió de la comisaría. El día lucía todos los colores del verano, pero sin ser demasiado caluroso. Se lo tomó con calma, colocando muy despacio un pie delante del otro mientras saboreaba de antemano lo que iba a comer. Cuando llegó a la puerta de la *trattoria*, se le cayó el alma a los pies. Estaba cerrada a cal y canto. Pero ¿qué coño había ocurrido? De la rabia que le entró, le pegó un fuerte puntapié a la puerta, dio media vuelta y se retiró soltando reniegos. Pero a los dos pasos oyó que lo llamaban.

—¡Comisario! ¿Qué hace? ¿Se le ha olvidado que hoy estamos cerrados? «¡Lo había olvidado, me cago en la puta!».

—Pero si quiere comer conmigo y mi mujer...

Se lanzó de cabeza. Y comió tanto que, mientras comía, se avergonzaba, pero no podía remediarlo. Al final, Enzo casi se felicitó.

—¡Que aproveche, comisario!

El paseo por el muelle fue necesariamente muy largo.

Pasó el resto de la tarde cerrando de vez en cuando los ojos y dando cabezadas a causa de los repentinos ataques de sueño. Cuando le ocurría, se levantaba e iba a refrescarse la cara.

A las siete de la tarde Catarella le anunció que había regresado la señora de la mañana.

Michela Pardo, nada más entrar, dijo una sola palabra:

—Nada.

No se sentó, tenía prisa por ir a casa de su hermano, y aquella prisa quería transmitírsela al comisario.

—Pues bueno —dijo Montalbano—. Vamos para allá.

Al pasar por delante del trastero que servía de recepción, le explicó a Catarella:

—Me voy con la señora. Después, si necesitáis algo, me encontraréis en Marinella.

—¿Vamos en mi coche? —preguntó Michela Pardo, señalando un Polo azul.

—Quizá mejor que yo coja el mío y la siga. ¿Dónde vive su hermano?

—Un poco lejos. En el nuevo barrio. ¿Conoce Vigàta Dos?

Conocía Vigàta 2. Una pesadilla creada por un constructor víctima de los peores alucinógenos que cupiese imaginar. Él jamás habría vivido allí, ni siquiera en forma de cadáver.

Dos

No; por suerte para él y para el comisario, que jamás habría permanecido más de cinco minutos en una de aquellas opresivas habitaciones de dos por tres metros descritas en los folletos publicitarios de Vigàta 2 como «amplias y soleadas», Angelo Pardo vivía más allá del nuevo complejo residencial, en un pequeño y reformado chalet del siglo XIX de planta baja y dos pisos. El portal estaba cerrado, y mientras Michela abría, Montalbano observó que el portero electrónico tenía seis placas con nombres, lo cual significaba que había en total seis apartamentos, dos en la planta baja y cuatro en los pisos.

—Angelo vive en el último, no hay ascensor.

La escalera era cómoda y espaciosa, el edificio parecía deshabitado, no se oía ni una sola voz ni el menor sonido de televisor. Sin embargo, era la hora en que la gente se preparaba para la cena.

En el rellano del último piso había dos puertas. Michela se dirigió a la izquierda, pero, antes de abrir, le señaló al comisario una ventanita protegida con una reja al lado de la puerta, que era blindada. Las hojas de la ventanita no estaban cerradas.

—Lo llamé desde aquí. Me habría oído con toda seguridad.

Abrió primero con una llave y después con otra, cuatro vueltas, pero no entró, se puso a un lado.

—¿Podría entrar usted primero?

Montalbano empujó la puerta, buscó el interruptor, encendió la luz y entró. Olfateó el aire como un perro. Y supo que en el apartamento no había ningún ser humano, ni vivo ni muerto.

—Sígame —le dijo a Michela.

El zaguán se abría a un largo pasillo. A mano izquierda, un dormitorio de matrimonio, un cuarto de baño y otro dormitorio. A mano derecha, un estudio, una cocina, un aseo y un saloncito. Todo en perfecto orden, limpio y reluciente.

—¿Su hermano tiene una mujer de la limpieza?

—Sí.

—¿Cuándo vino por última vez?

—No sabría decírselo.

—Dígame, señorita, ¿usted viene a menudo a ver a su hermano?

—Sí.

—¿Por qué?

La pregunta desconcertó a Michela.

—¿Cómo que por qué? Es... mi hermano.

—De acuerdo, pero usted ha dicho que Angelo va a ver a su madre prácticamente un día sí y otro no. Por consiguiente, es usted la que, los días en que no, viene a verlo aquí. ¿Es así?

—Bueno... pues sí, pero no con esa regularidad.

—Muy bien. Pero ¿por qué necesitan ustedes verse sin la presencia de su madre?

—Por Dios, comisario, dicho de esa manera... Es una costumbre que tenemos desde pequeños... entre Angelo y yo siempre ha habido una especie de...

—¿... complicidad?

—Bueno, podría definirse así. —Y soltó una risita.

Montalbano decidió cambiar de tema.

—¿Quiere ver si falta alguna maleta? ¿Si están todos sus trajes?

La siguió al dormitorio de matrimonio. Michela abrió el armario y examinó uno por uno los trajes. Montalbano observó que se trataba de prendas de sastrería hechas a medida, caras y de excelente calidad.

—Está todo. Hasta el traje gris que llevaba cuando fue a vernos la última vez, hace tres días. Creo que solo faltan unos vaqueros.

Encima del armario, envueltas en plástico, había dos maletas de piel muy elegantes, una grande y otra más pequeña.

—Las maletas están todas aquí.

—¿Tiene una de fin de semana?

—Sí, por regla general la guarda en el estudio.

Entraron en el estudio. La maletita se encontraba al lado del escritorio. Una pared estaba cubierta con una alacena como de farmacia, cerrada por una puerta corredera de cristal transparente. Y, en efecto, en los estantes interiores había una variada serie de medicamentos, cajas, cajitas y frasquitos.

—Pero ¿usted no me había dicho que su hermano trabajaba como informador?

—Pues sí. Es informador médico-científico.

Y Montalbano lo comprendió. Angelo era lo que antiguamente se llamaba visitador médico. Pero su oficio, como el de los barrenderos llamados ahora agentes ecológicos o las sirvientas elevadas al rango de empleadas del hogar, se había ennoblecido con un nombre distinto, más adecuado a la elegancia de los tiempos. Sin embargo, la esencia seguía siendo la misma.

—Era... es médico, pero ejerció muy poco tiempo —se sintió obligada a explicar Michela.

—Muy bien. Como verá, señorita, su hermano no está aquí. Si quiere, ya podemos irnos.

—Vámonos. —Lo dijo a regañadientes, mirando alrededor como si creyera poder descubrir en el último momento que Angelo se había ocultado en el interior de un frasco de píldoras para el hígado.

Esta vez Montalbano la precedió, esperando a que ella apagara diligentemente las luces y volviera a cerrar la puerta con las dos llaves. Bajaron la escalera en silencio, en medio del gran silencio de la casa. Pero ¿estaba vacía o se habían muerto todos? En cuanto salieron, al ver a Michela tan desconsolada, Montalbano experimentó una punzada de pena.

—Ya verá como su hermano da muy pronto señales de vida —murmuró, tendiéndole la mano.

Ella la tomó y sacudió la cabeza, más desconsolada si cabe.

—Dígame una cosa... su hermano ¿sale con alguien o mantiene alguna relación?

—No, que yo sepa.

Y lo miró. Y mientras lo hacía y Montalbano nadaba desesperadamente para no ahogarse, las aguas del lago se tornaron de un color muy oscuro, casi

como si se hubiera hecho de noche.

—¿Qué ocurre?

Ella no contestó, pero abrió desmesuradamente los ojos. Y el lago se transformó en mar abierto.

Sigue nadando, Salvo, sigue nadando.

—¿Qué ocurre? —volvió a preguntar entre una y otra brazada.

Ella tampoco contestó. Dio media vuelta, abrió de nuevo el portal, subió la escalera y llegó al último piso, pero no se detuvo. Entonces el comisario vio que de una concavidad de la pared arrancaba una escalera de caracol que terminaba delante de una cristalera. Michela introdujo la llave, pero no consiguió abrir.

—Déjeme a mí.

Abrió y se encontró con una azotea que abarcaba todo el tejado. Michela lo apartó de un empujón y echó a correr hacia un cuarto, una especie de dado que se encontraba casi en el centro de la terraza. Tenía puerta y ventana, pero ambas estaban cerradas.

—No tengo la llave —dijo Michela.

—Pero ¿por qué quiere...?

—Esto era antes un lavadero. Angelo lo alquiló junto con la azotea y lo reformó. Sube aquí alguna vez a leer o tomar el sol.

—Muy bien, pero si no tiene la llave...

—Derribe la puerta, por el amor de Dios.

—Pero, señorita, yo no puedo de ninguna manera...

Ella lo miró. Fue suficiente. De un empujón, Montalbano hizo saltar la puerta, que era de conglomerado. Entró, pero antes de buscar a tientas el interruptor y encender la luz, gritó:

—¡No entre!

Porque en el interior de la estancia había inspirado el hedor de la muerte.

Pero Michela, a pesar de la oscuridad, debió de entrever algo, pues Montalbano primero la oyó emitir una especie de ahogado gemido y después caer al suelo desmayada.

—¿Y ahora qué hago? —se preguntó y soltó un juramento.

Se agachó, la tomó en brazos y la llevó hasta la cristalera. Pero de esa manera, como lleva el novio a la novia en las películas, jamás conseguiría

bajar por la escalera de caracol. Demasiado estrecha. Entonces incorporó a la mujer, la sujetó por la espalda y la levantó. De aquella manera y con prudencia, podría hacerlo. En algún momento se vio obligado a estrecharla todavía más fuerte y pudo percibir que, debajo de aquel vestido que parecía un camisón, Michela ocultaba un firme cuerpo de buena moza. Al final, llegó ante la puerta del otro apartamento del rellano del último piso y llamó al timbre, confiando en que hubiera alguien vivo o a quien el timbrado despertara del sarcófago.

—¿Quién es? —preguntó una voz de varón cabreado.

—Soy el comisario Montalbano. ¿Puede abrir, por favor?

Se abrió la puerta y apareció el rey Víctor Manuel III de Saboya en persona, los mismos bigotes, la misma nariz. Solo que vestido de paisano. Al ver a Montalbano abrazado a Michela, lo interpretó todo al revés y se ruborizó.

—Déjeme entrar, por favor —dijo el comisario.

—¿Cómo?! ¿Quiere que lo deje entrar? ¡Usted está loco! ¿Pretende venir a follar a mi casa?

—No, verá usted, majestad...

—¡Vergüenza debería darle! ¡Ahora mismo llamo a la policía!

Y cerró de un portazo.

—¡Grandísimo cabrón! —se desahogó Montalbano, soltando un fuerte puntapié contra la puerta.

Poco faltó para que cayera al suelo con Michela, pues el peso de esta lo desequilibraba. Volvió a sujetarla y empezó a bajar cuidadosamente los peldaños. Llamó a la primera puerta que tuvo delante.

—¿Quién es? —Voz de chiquillo de unos diez años.

—Soy un amigo de tu papá. ¿Me puedes abrir?

—No.

—¿Por qué?

—Porque mamá y papá me han dicho que no abra a nadie cuando ellos no están.

Solo entonces Montalbano se dio cuenta de que, antes de levantar a Michela del suelo, se había colgado su bolso del brazo. Ya tenía la solución. Volvió a cargar con la mujer, subió unos peldaños, la apoyó contra la pared,

la mantuvo de pie apretándole el cuerpo con el suyo, cosa en modo alguno desagradable, sacó el llavero del bolso, abrió la puerta del apartamento de Angelo, arrastró a su hermana hasta el dormitorio de matrimonio, la tumbó en la cama, fue al cuarto de baño, tomó una toalla, la mojó bajo el grifo, la colocó sobre la frente de la mujer y cayó en la cama, muerto de cansancio por el esfuerzo. Respiraba afanosamente y estaba empapado de sudor.

¿Y ahora qué? No podía dejar sola a la mujer y subir a la azotea a ver cuál era la situación. El problema quedó inmediatamente resuelto.

—¡Aquí lo tenemos! —dijo su majestad, apareciendo de súbito en la puerta—. ¿Lo ve? ¡Se dispone a violarla!

A su espalda, Fazio, pistola en mano, se puso a soltar palabrotas.

—Vuelva a su casa, señor.

—Pero ¿qué hace que no lo detiene?

—¡Vuelva ahora mismo a su casa!

Víctor Manuel III tuvo otra ocurrencia.

—¡Es un cómplice! ¡Usted es un cómplice! —exclamó, abandonando a toda prisa la estancia.

Fazio salió tras él. Regresó a los cinco minutos.

—Lo he convencido. Pero ¿qué ha pasado?

Montalbano se lo contó. Y observó que Michela empezaba a volver en sí.

—¿Has venido solo?

—No; abajo en el coche está Gallo.

—Dile que suba.

Fazio lo llamó al móvil y Gallo se presentó enseguida.

—Tú atiende a esta mujer. Cuando se recupere, no permitas de ninguna manera que suba a la azotea. ¿Entendido?

Seguido por Fazio, volvió a subir por la escalera de caracol. En la azotea estaba todo a oscuras. Ya se había hecho de noche.

Entró en el cuarto y encendió la luz. Una mesa cubierta de periódicos y revistas. Una nevera. Un sofá cama de una sola plaza. Cuatro largos estantes empotrados en la pared del fondo servían de librería. Un pequeño mueble con vasos y botellas. Un lavabo en un rincón. Un sillón de piel tipo despacho, como los de antes. Angelo, que se hallaba hundido en el sillón, se lo había montado todo muy bien. El disparo que lo había matado le había arrancado

también la mitad de la cara. Vestía camisa y tejanos. La cremallera de los tejanos estaba abierta y la polla le colgaba entre las piernas.

—¿Qué hago, llamo? —preguntó Fazio.

—Llama. Yo voy abajo.

¿Qué estaba haciendo allí? Total, dentro de poco llegaría el círculo ecuestre al completo, el ministerio público, el forense, la Policía Científica, el nuevo jefe de la brigada móvil Giacobazzo, que se encargaría de la investigación... En caso de que lo necesitaran, ya sabían dónde encontrarlo.

Cuando entró en el dormitorio de matrimonio, Michela estaba incorporada en la cama, tan pálida que hasta daba miedo. Gallo permanecía de pie a dos pasos del lecho.

—Tú ve a la azotea a echarle una mano a Fazio. Yo me quedo aquí.

Lanzando un suspiro de alivio, Gallo se retiró.

—¿Está muerto?

—Sí.

—¿Cómo?

—Le pegaron un tiro.

—Oh, Dios mío, Dios mío —exclamó ella, escondiendo el rostro entre las manos. Pero era una mujer fuerte. Bebió un poco de agua de un vaso que evidentemente le había llevado Gallo—. ¿Por qué? —preguntó.

—¿Por qué?

—¿Por qué lo han matado? ¿Por qué?

Montalbano extendió los brazos. Pero Michela tuvo otro pensamiento.

—¡Mamá! ¡Oh, Dios mío! ¿Cómo se lo digo?

—No se lo diga.

—¡Pero es que tengo que decírselo!

—Escúcheme. Llámela por teléfono. Dígale que hemos descubierto que Angelo ha sufrido un desagradable accidente de tráfico. Que está ingresado en estado grave. Que usted pasará la noche en el hospital. No le diga cuál. ¿Su madre tiene algún otro familiar?

—Sí, una hermana.

—¿Vive en Vigàta?

—Sí.

—Llame a su tía y dígame lo mismo. Y pídale que vaya a hacerle compañía a su madre. Ya verá como mañana encuentra la fuerza y las palabras adecuadas para decirle la verdad a su madre.

—Gracias.

Se levantó, y Montalbano la oyó dirigirse al estudio, donde había un teléfono.

Él también abandonó la habitación, se fue al saloncito, se sentó en un sofá y encendió un cigarrillo.

—¿*Dottore*? ¿Dónde está?

Era Fazio.

—Estoy aquí. ¿Qué hay?

—*Dottore*, ya he dado aviso. Dentro de media hora como máximo estarán aquí. Pero el *dottor* Giacobozzo no vendrá.

—¿Y eso?

—Ha hablado con el jefe superior y el jefe superior lo ha dispensado de la obligación. Parece que el *dottor* Giacobozzo tiene entre manos un asunto delicado. En resumen, que de esta investigación, tatachín, habrá de encargarse usted.

—Muy bien. Cuando lleguen, me llamas.

Oyó que Michela salía del estudio y se encerraba en el cuarto de baño situado entre los dos dormitorios. La oyó regresar al cabo de unos diez minutos. Se había lavado y vestía una bata de mujer. Michela reparó en la mirada del comisario.

—Es mía —explicó—. Algunas veces me quedaba a dormir aquí.

—¿Ha hablado con su madre?

—Sí. Se lo ha tomado bien, dadas las circunstancias. Y tía Jole ya va para allá. Verá, es que mamá no anda muy bien de la cabeza. Algunas veces está muy lúcida y otras, en cambio, parece como ausente. Cuando se lo he dicho, ha sido como si le hablara de un simple conocido. Mejor así. ¿Le apetece un café?

—No, gracias. Si tuviera un poco de *whisky*...

—Pues claro. Yo también tomaré.

Salió y regresó con una bandeja con vasos y una botella sin abrir.

—Voy a ver si hay hielo.

—Yo lo bebo solo.

—Yo también.

Si en la azotea no hubiese un muerto por disparo de arma de fuego, la escena habría podido parecer un prelude amoroso. Solo faltaba la música de fondo. Michela lanzó un profundo suspiro, apoyó la cabeza en el respaldo del sillón y cerró los ojos. Fue entonces cuando Montalbano decidió descargar el golpe.

—Su hermano murió durante o al final de una relación sexual. O bien de un acto de autoerotismo.

Ella se levantó de un salto, hecha una furia.

—Pero ¿qué dice, imbécil?

Montalbano fingió no oír el insulto.

—¿De qué se sorprende? Su hermano era un hombre de cuarenta y dos años. Y usted, a pesar de que lo veía casi a diario, me ha dicho que Angelo no tenía amistades femeninas. Pues entonces, le reformulo la pregunta: ¿tenía amistades masculinas?

Fue peor. Michela empezó a estremecerse, extendió un brazo y apuntó con el índice al comisario como con un revólver.

—Usted es un... es un...

—¿A quién quiere proteger, Michela?

Se dejó caer llorando en el sillón y se cubrió el rostro con las manos.

—Angelo... pobre hermano mío... Angelo mío...

A través de la puerta, que permanecía abierta, se oyó ruido de gente subiendo por la escalera.

—Yo tengo que irme —dijo Montalbano—. Pero usted no se vaya a la cama. Vuelvo dentro de poco y seguimos hablando.

—No.

—Oiga, Michela, no puede negarse. Su hermano ha sido asesinado y nosotros debemos...

—Yo no me niego. He dicho no a que usted vuelva a hacerme preguntas quién sabe cuándo, mientras yo, en cambio, necesito ducharme, tomarme un somnífero e irme a dormir.

—Muy bien. Pero se lo advierto, mañana será un día muy duro para usted. Entre otras cosas, deberá identificar el cadáver.

—Oh, Dios mío, Dios mío. ¿Por qué?

Hacía falta tener más paciencia que un santo con aquella mujer.

—Michela, ¿ha reconocido con toda certeza a su hermano cuando yo he echado la puerta abajo?

—¿Con toda certeza? Estaba demasiado oscuro. He visto fugazmente, me ha parecido ver su cuerpo en el sillón y...

—Y por consiguiente, no puede afirmar que se trata de su hermano. Teóricamente, yo tampoco podría decirlo. ¿Me explico?

—Sí. —Unos lagrimones le resbalaban por las mejillas. Murmuró algo que el comisario no comprendió.

—¿Qué ha dicho?

—Elena —repitió con más claridad.

—¿Quién es?

—Una mujer que mi hermano...

—¿Por qué quería protegerla?

—Está casada.

—¿Desde cuándo mantenían una relación?

—Desde hace seis meses, no más.

—¿Se llevaban bien?

—Angelo me dijo que de vez en cuando se peleaban... Elena era... es muy celosa.

—¿Usted lo sabe todo acerca de esa mujer: cómo se llama su marido, dónde vive...?

—Sí.

—Dígamelo.

Se lo dijo.

—¿Usted qué trato mantiene con esa Elena Sclafani?

—La conozco solo de vista.

—Por tanto, ¿no tiene ninguna razón para comunicarle lo ocurrido a su hermano?

—No.

—Bien. Váyase a dormir. Mañana por la mañana pasaré a recogerla sobre las nueve y media.

Tres

Alguien debía de haber descubierto dónde estaba el interruptor de las dos bombillas que alumbraban una parte de la azotea, la más cercana al antiguo lavadero. El juez Tommaseo se paseaba arriba y abajo por la zona iluminada, evitando traspasar la frontera de la oscuridad circundante; sentados en la barandilla con sendos cigarrillos había dos hombres con bata blanca: debían de ser los de la ambulancia, esperando a que los autorizaran a recoger el cadáver para llevárselo al depósito.

Fazio y Gallo permanecían de pie cerca de la entrada del cuarto. Habían sacado la puerta de los goznes y la habían apoyado contra la pared. Montalbano vio que el doctor Pasquano había terminado el reconocimiento del cuerpo y se estaba lavando las manos. Parecía más enfurruñado que de costumbre; a lo mejor se había visto obligado a interrumpir la partida de tresillo y brisca que jugaba todos los jueves por la noche.

Tommaseo se acercó al comisario.

—¿Qué le ha dicho la hermana?

Por lo visto, Fazio le había explicado dónde estaba y qué hacía.

—Nada. No la he interrogado.

—¿Por qué?

—Jamás me habría permitido hacer tal cosa sin su presencia, *dottor* Tommaseo.

El fiscal se echó hacia atrás, hinchándose con vano y autoritario orgullo, como un pavo.

—¿Pues qué ha estado haciendo tanto rato con usted?

—La he ayudado a acostarse.

Tommaseo echó un breve vistazo alrededor y se inclinó con aire de conspirador hacia el comisario.

—¿Guapa?

—No es el adjetivo apropiado, pero yo diría que sí.

Tommaseo se relamió los labios.

—¿Cuándo podré... interrogarla?

—Mañana sobre las diez y media la acompaño a su despacho de Montelusa. ¿Le parece bien? Yo, por desgracia, a las once estoy citado con el jefe superior.

—No se preocupe, vaya tranquilo. —Y volvió a relamerse. Se acercó Pasquano—. ¿Y bien? —le preguntó.

—¿Y bien qué? ¿Acaso no lo ha visto usted mismo? Le pegaron un tiro en la cara. Uno solo. Fue suficiente.

—¿Sabe cuánto tiempo lleva muerto? —preguntó el comisario. Pasquano lo miró con expresión ceñuda y no contestó—. A ojo —puntualizó.

—¿A qué día estamos hoy?

—A jueves.

—Pues a ojo yo diría que le pegaron el tiro el lunes a primera hora de la noche.

—¿Y nada más? —terció Tommaseo, decepcionado.

—No creo que haya heridas de lanza o bumerán —replicó Pasquano en tono desabrido.

—No, no; yo me refería al hecho de que su miembro...

—Ah, ¿eso? Quiere saber por qué lo tenía fuera, ¿no? Acababa de terminar un acto sexual.

—¿Dice que lo sorprendieron cuando acababa de masturbarse y lo mataron?

—Yo no he hablado de masturbación. Pudo ser un acto de sexo oral.

Los ojos de Tommaseo empezaron a brillar como los de un gato. Con esas cosas se divertía, disfrutaba, se lo pasaba bomba.

—¿Usted cree? Pues entonces, la asesina le pegó un tiro nada más terminar de...

—¿Por qué una asesina? —preguntó Pasquano, que ya no parecía enfadado y empezaba a divertirse—. Pudo ser muy bien una relación homosexual.

—Es cierto —admitió a regañadientes Tommaseo. Era evidente que la hipótesis masculina no le gustaba.

—Además, no está claro que fuese solo una relación oral.

Pasquano había arrojado el anzuelo y el otro picó enseguida.

—¿Usted cree?

—Pues sí. Puede que la mujer, admitamos como hipótesis que fuera una mujer, estuviese sentada a horcajadas sobre él.

Los ojos de Tommaseo se habían vuelto completamente gatunos.

—¡Es cierto! Y la mujer, mientras le daba placer y lo miraba a los ojos, ya tenía en la mano el arma que...

—Perdone, pero ¿por qué ella miraba a los ojos a su víctima? —lo interrumpió Pasquano con cara de serafín.

Montalbano pensó que no conseguiría aguantar aquella tomadura de pelo y tendría que echarse a reír.

—¡No podría ser de otra manera, dada la posición! —replicó Tommaseo.

—Pero es que no estamos seguros de que la posición fuera esa.

—Pero si usted mismo acaba de decir que...

—Mire, *dottor* Tommaseo, la mujer pudo colocarse perfectamente a horcajadas, pero no sabemos cómo, si de cara o de espaldas a él.

—Muy cierto.

—En el segundo caso, no habría podido mirarlo a los ojos, ¿no le parece? Y entre otras cosas, en semejante posición el único problema del hombre habría sido el de la elección. Bueno, yo me voy. Buenas noches. Ya les diré algo.

—¡Pues no! ¡Usted tiene que explicarse mejor! ¿Qué significa el problema de la elección? —preguntó Tommaseo, apretando el paso tras él.

Se perdieron en medio de la oscuridad. Montalbano se acercó a Fazio.

—¿Los de la Científica se han extraviado?

—Están a punto de llegar.

—Oye, yo me marchó a Marinella. Tú quédate aquí. Nos vemos mañana en el despacho.

Llegó a tiempo para los últimos telediarios locales. Como es natural, nadie sabía aún nada acerca de la muerte de Angelo Pardo. Pero ambas

cadenas, Televigata y Retelibera, seguían informando acerca de otra muerte, esta sí excelente.

Hacia las ocho de la tarde de la víspera, miércoles, el honorable Armando Riccobono fue a ver a su compañero de partido el senador Stefano Nicotra, que llevaba cinco días en su casa de campo, entre Vigàta y Montereale, disfrutando de un pequeño descanso después de una intensa actividad política. Habían hablado por teléfono el domingo por la mañana y acordado reunirse el miércoles por la tarde.

Septuagenario, viudo y sin hijos, el senador Nicotra era una especie de gloria local y patriótica. Una vez ministro de Agricultura y dos veces subsecretario, había navegado hábilmente entre todas las corrientes de la antigua Democracia Cristiana, consiguiendo permanecer a flote incluso en medio de las más espantosas tempestades. Durante el desbarajuste del huracán de Manos Limpias se transformó en un submarino, navegando bajo el agua a nivel de periscopio. Emergió a la superficie solo cuando vislumbró la posibilidad de echar el ancla en un puerto seguro: el recién construido por un exespeculador inmobiliario milanés convertido en propietario de las tres principales cadenas de televisión privadas italianas y después diputado, jefe de un partido personal y primer ministro. A Nicotra lo acompañaron otros supervivientes del gran naufragio: Armando Riccobono era uno de ellos.

Al llegar al chalet, el honorable se pasó un buen rato llamando a la puerta sin obtener respuesta. Alarmado, porque sabía que el senador estaba solo, rodeó la casa y, a través de una ventana, vio a su amigo en el suelo, muerto o desmayado. Puesto que la edad no le permitía saltar por la ventana y entrar, pidió ayuda a través del móvil.

En resumen, el senador había sido, tal como se dice en estilo periodístico, «abatido por un infarto» la misma noche del domingo en que habló con el honorable Riccobono. Nadie fue a verlo el lunes y tampoco el martes: él mismo le había dicho a su secretario que quería estar tranquilo y que, de todos modos, pensaba desconectar el teléfono. En caso de que necesitara algo, ya daría señales de vida. Televigata, a través de la boca de culo de gallina de su comentarista político Pippo Ragonese, estaba explicando a la ciudad y al mundo la gran conmoción que había provocado en toda Italia la desaparición del eminente político. El jefe de Gobierno, el mismo a cuyo

partido el senador se había pasado tras liar el petate, había enviado un telegrama de condolencia a la familia.

—¿A cuál? —se preguntó Montalbano.

Era bien sabido que el senador no tenía familia. Y habría sido excesivo suponer, mejor aún, cabía descartarlo sin más, que el jefe de Gobierno hubiera enviado un telegrama de condolencia a la familia mafiosa de los Signara, con la cual el senador parecía haber mantenido y seguir manteniendo unos largos y provechosos pero jamás demostrados vínculos.

Pippo Ragonese terminó diciendo que el solemne funeral se celebraría al día siguiente, viernes, en Montelusa.

Cuando apagó el televisor, el comisario se dio cuenta de que no le apetecía comer nada. Se sentó un rato en la galería a disfrutar de la fresca brisa del mar y después se fue a dormir.

A las siete y media sonó el despertador y Montalbano se levantó de un salto, como disparado por un muelle. No eran ni siquiera las ocho cuando sonó el teléfono.

—¡*Dottori*, ah, *dottori*! ¡Ahora mismo lo ha llamado el *dottor* Latte con ese al final!

—¿Qué quería?

—Dice que, como esta mañana se *cilebra* la *cirimimonia funibria* por el senador que murió y como el *siñor jefe superior* tiene que estar presente personalmente en persona en la *susudicha funibria*, el *siñor jefe superior* no podrá recibir a usía como había quedado. ¿Lo he dicho claro?

—Clarísimo, Catarè.

El día era bueno, pero al colgar se le antojó auténticamente celestial. La perspectiva de no tener que reunirse con Bonetti-Alderighi casi lo idiotizó de alegría, hasta el extremo de inducirlo a componer un dístico absolutamente indigno tanto desde el punto de vista de la inteligencia como de la métrica:

Un senador muerto al día
te quita al jefe de encima.

Michela le había dicho que Emilio Sclafani, profesor de Griego, enseñaba en el Liceo de Letras de Montelusa; por consiguiente, a diario se iba con su coche a dar clase. Por tanto, cuando hacia las ocho cuarenta llamó al timbre del sexto piso del número 18 de via Autonomia Siciliana, Montalbano tenía la razonable certeza de que la señora Elena, la esposa del profesor y amante del difunto Angelo Pardo, estaría sola en casa. Pero el caso fue que a su llamada no contestó nadie. Volvió a intentarlo. Nada. Empezó a preocuparse, a ver si la señora le había pedido a su marido que la llevara a Montelusa. Llamó por tercera vez. Soltando maldiciones, dio media vuelta en dirección a la escalera cuando, de pronto, una voz femenina procedente del interior del apartamento preguntó:

—¿Quién es?

Esa no es una pregunta a la cual siempre resulte fácil contestar. En primer lugar, porque puede ocurrir que quien deba responder sea víctima en ese instante de una momentánea pérdida de identidad, y, en segundo, porque no siempre el hecho de decir quién se es facilita las cosas.

—Administración —contestó.

«En las llamadas sociedades civiles siempre hay un administrador que te administra», pensó Montalbano. Puede ser el administrador de la comunidad de propietarios o el de la justicia; esencialmente es lo mismo porque lo importante es que existe, que está ahí, y que te administra con más o menos cuidado o disimulo, listo para obligarte a pagar el error que tal vez ignoras haber cometido. Algo sabía de eso Joseph K., el de Kafka.

Se abrió la puerta y apareció una guapa y rubia treintañera envuelta en un absurdo quimono, con un enojado mohín en los labios rojo fuego sin asomo de carmín y unos adormilados ojos azul claro. Se había levantado para ir a abrir y conservaba todavía el penetrante olor de la cama. El comisario se sintió ligeramente incómodo, pues, por si fuese poco, la mujer era más alta que él incluso a pesar de ir descalza.

—¿Qué quiere? —Su tono reflejó que no tenía intención de perder el tiempo y estaba deseando regresar a la cama.

—Policía. Soy el comisario Montalbano. Buenos días. ¿Es usted la señora Elena Sclafani?

Ella palideció y se echó hacia atrás.

—Oh, Dios mío, ¿le ha pasado algo a mi marido?

Montalbano se sorprendió; no se lo esperaba.

—¿A su marido? No. ¿Por qué?

—Porque cada mañana que sube al coche para ir a Montelusa, yo... Es que no sabe conducir... Desde que nos casamos hace cuatro años ha sufrido unos diez accidentes de poca importancia, y entonces...

—Señora, no he venido para hablarle de su marido sino de otro hombre. Y tengo muchas cosas que preguntarle. Quizá será mejor que entremos.

Ella se apartó y lo condujo a un saloncito pequeño pero bastante elegante.

—Siéntese, vuelvo enseguida.

Tardó diez minutos en vestirse. Regresó con blusa y falda ligeramente por encima de la rodilla, zapatos de tacón y cabello recogido en un moño. Se sentó en una butaca de cara al comisario. No daba muestras de curiosidad ni de la menor preocupación.

—¿Le apetece un café?

—Si lo tiene preparado...

—No, pero lo hago ahora mismo. Lo necesito; yo, si por la mañana no me bebo una taza de café, no conecto.

—La comprendo muy bien.

La oyó trajinar en la cocina. Sonó el teléfono y ella contestó. Regresó con el café, cada cual puso azúcar en su taza y no hablaron hasta que terminaron de beber.

—Me ha llamado mi marido. Para decirme que estaba a punto de empezar la clase. Lo hace todos los días para tranquilizarme, para que sepa que todo ha ido bien.

—¿Puedo fumar? —preguntó Montalbano.

—Claro. Yo también fumo. Bueno, pues —dijo Elena, apoyando la espalda contra el respaldo de la butaca, con el cigarrillo encendido entre los dedos—. ¿Qué lío ha montado ahora Angelo?

Montalbano la miró estupefacto. Llevaba un cuarto de hora tratando de encontrar la mejor manera de plantear el tema del amante de la mujer, ¿y esta le salía ahora con una pregunta tan explícita?

—¿Cómo ha adivinado que...?

—Mire, comisario, en mi vida hay dos hombres actualmente. Usted ha puntualizado que no ha venido para hablarme de mi marido, por consiguiente, solo puede estar aquí por Angelo. ¿Es así?

—En efecto, es así. Pero, antes de seguir adelante, quisiera que me explicara un adverbio: actualmente. ¿Qué significa?

Elena sonrió. Tenía unos dientes blanquísimos, de joven animal salvaje.

—Significa que ahora mismo tengo a Emilio, mi marido, y a Angelo. Pero, por regla general, solo tengo a uno: Emilio.

Mientras Montalbano reflexionaba acerca del sentido de aquellas palabras, Elena preguntó:

—¿Conoce a mi marido?

—No.

—Es una persona extraordinaria, buena, inteligente, comprensiva. Yo tengo veintinueve años y él sesenta. Podría ser mi padre. Lo amo. Y procuro serle fiel. Procuro, pero no siempre lo consigo. Como ve, le estoy hablando con absoluta sinceridad, aun antes de conocer el motivo de su visita. Por cierto, ¿quién le ha hablado de mí y de Angelo?

—Michela Pardo.

—Ah.

Apagó el cigarrillo en el cenicero y encendió otro. Ahora una arruga le fruncía la hermosa frente. Estaba pensando con gran concentración. Aparte de guapa, debía de ser muy inteligente. De pronto, junto a los labios aparecieron dos arrugas.

—¿Qué le ha ocurrido a Angelo?

Lo había adivinado.

—Ha muerto.

Vibró como por efecto de una fuerte descarga eléctrica y cerró los ojos.

—¿Lo han matado?

Estaba llorando muy quedo, sin sollozos.

—¿Por qué piensa en un crimen?

—Porque si hubiera sido un accidente o una muerte natural, un comisario no se habría presentado a las ocho y media de la mañana para interrogar a la amante del muerto.

Para quitarse el sombrero.

—Sí, lo han matado.

—¿Anoche?

—Lo descubrimos ayer, pero el fallecimiento se remonta al lunes por la noche.

—¿Cómo?

—De un disparo.

—¿Dónde?

—En la cara.

Ella se sobresaltó y tembló como a causa de un escalofrío.

—No; quería decir que dónde ocurrió.

—En su casa. ¿Usted conoce el cuarto que tenía en la azotea?

—Sí. Una vez me lo enseñó.

—Mire, señora, tengo que hacerle algunas preguntas.

—Estoy a su disposición.

—¿Su marido lo sabía?

—¿Lo de mi relación con Angelo? Sí.

—¿Se lo había dicho usted?

—Sí. Jamás le he ocultado nada.

—¿Estaba celoso?

—Por supuesto que sí. Pero sabía dominarse. Por otra parte, Angelo no era el primero.

—¿Dónde se veían ustedes?

—En su casa.

—¿En el cuarto de la azotea?

—No, allí jamás. Una vez me lo enseñó, ya se lo he dicho. Me dijo que a veces subía a leer y tomar el sol.

—¿Con qué frecuencia se veían ustedes?

—Variaba. En realidad, cuando a uno de los dos le apetecía, telefoneaba al otro. Algunas veces nos pasábamos incluso cuatro o cinco días sin vernos, porque yo tenía compromisos o porque él se iba a hacer sus recorridos por la provincia...

—¿Usted era celosa?

—¿De Angelo? No.

—Sin embargo, Michela me ha dicho que sí. Y que últimamente había habido muchas peleas entre ustedes.

—Yo a Michela no la conozco, jamás tuve ocasión. Angelo me hablaba de ella. Creo que está equivocada.

—¿En qué?

—Acerca de las peleas. No eran por celos.

—¿Por qué entonces?

—Porque yo quería dejarlo.

—¿Usted?

—¿Por qué se sorprende tanto? Se me estaba pasando el capricho, eso es todo. Y además...

—¿Y además...?

—Y además, me daba cuenta de que Emilio sufría demasiado, aunque no lo expresara. Era la primera vez que lo veía tan mal.

—¿Y Angelo no quería que usted lo dejara?

—No. Creo que estaba empezando a experimentar por mí un sentimiento que, al principio, no había tomado en consideración. ¿Sabe una cosa? Angelo era muy inexperto en cuestión de mujeres.

—Disculpe la pregunta. ¿Dónde estaba usted el lunes por la noche?

Ella esbozó una sonrisa.

—Me estaba preguntando cuándo iba a preguntármelo. No tengo coartada.

—¿Puede decirme qué hizo? ¿Se quedó en casa? ¿Se vio con amigos?

—Salí. Había acordado con Angelo que nos veríamos en su apartamento el lunes sobre las nueve. Salí de casa, pero mientras circulaba con el coche, casi de manera inconsciente tomé otro camino. Seguí adelante, obligándome a no volver atrás. Quería ver si conseguía renunciar verdaderamente a Angelo, que me estaba esperando para hacer el amor. Me pasé dos horas dando vueltas sin rumbo y después regresé a casa.

—¿Y no se sorprendió de que Angelo no diera señales de vida ni a la mañana siguiente ni en los días sucesivos?

—No; pensé que no llamaba por despecho.

—¿No intentó llamarlo usted?

—Jamás lo habría hecho. Habría sido un error. Quizá todo había terminado entre nosotros. Y eso era un alivio para mí.

Cuatro

Volvió a sonar el teléfono.

—Perdone —dijo Elena, levantándose. Pero antes de abandonar la estancia, inquirió—: ¿Le quedan todavía muchas preguntas? Porque seguro que es una amiga con la que tengo que...

—Unos diez minutos como máximo.

Elena fue a contestar al teléfono, regresó y se sentó de nuevo. Por su manera de andar y hablar, parecía completamente relajada. Había metabolizado rápidamente la mala noticia; quizá fuera cierto que aquel hombre ya no le importaba un carajo. Mejor, de esa manera no tendría pudores ni reticencias.

—Hay algo que me resulta, no sé cómo decirlo, curioso, perdone, pero es que yo con los adjetivos no me aclaro, o puede que solo me resulte curioso a mí, que soy... que no podría... —Se sentía cohibido, no sabía cómo plantear la cuestión en presencia de aquella guapa moza que daba gusto solo de verla.

—Dígame —lo animó ella con una sonrisa.

—Bueno. Usted me ha dicho que el lunes por la noche salió para ir a casa de Angelo, que la esperaba para hacer el amor. ¿Es así?

—Es así.

—¿Pensaba pasar la noche con él?

—¡No, por Dios! ¡Jamás lo he hecho! Habría regresado a casa hacia medianoche.

—Por consiguiente, habría pasado unas tres horas con Angelo.

—Aproximadamente. Pero ¿por qué...?

—¿Alguna vez había llegado con retraso a una cita con él?

—De vez en cuando.

—Y en tales ocasiones, ¿cómo se comportaba Angelo?

—¿Cómo quiere que se comportara? Lo veía nervioso, irritado, pero poco a poco se iba calmando y... —Sonrió de una manera totalmente distinta, una sonrisa medio escondida, secreta, como para sus adentros, mientras los ojos le brillaban con expresión burlona—. Y procuraba recuperar el tiempo perdido.

—¿Y si yo le dijera que aquella noche Angelo no la esperaba?

—¿En qué sentido, perdone? No creo que saliera porque usted me ha dicho que lo encontraron en la azotea...

—Lo mataron inmediatamente después de una relación sexual.

O era una gran actriz tipo Eleonora Duse o se trastornó de verdad. Hizo una serie de gestos sin sentido, se levantó y volvió a sentarse, se acercó a los labios la tacita de café vacía, la dejó como si hubiera bebido, sacó un cigarrillo de la cajetilla pero no lo encendió, se levantó y volvió a sentarse, volcó un pequeño estuche de madera que había sobre la mesita, lo miró, lo dejó en su sitio.

—Es absurdo —dijo al final.

—Verá, Angelo actuó como si tuviera la absoluta certeza de que aquel lunes por la noche usted ya no iría a su casa. Por una especie de resentimiento contra usted, por despecho, como ofensa, pudo haber llamado a otra mujer. Ahora usted tiene que contestarme con toda sinceridad: aquella noche mientras daba vueltas con el coche, ¿llamó a Angelo para decirle que no iría a su casa?

—No. Por eso digo que es absurdo. Una vez me presenté con dos horas de retraso, ¿sabe? Y él estaba fuera de sí, pero esperándome. El lunes por la noche él no estaba en condiciones de conocer mi decisión, ¡yo habría podido dejarme caer por su casa en cualquier momento y sorprenderlo!

—Eso no.

—¿Por qué no?

—De alguna manera Angelo había tomado sus precauciones, había subido a la azotea. Y la cristalera que da acceso a la azotea estaba cerrada con llave. ¿Usted tiene esa llave?

—No.

—¿Lo ve? Aunque usted se hubiera presentado de repente, no podía sorprenderlo. ¿Tiene llaves del apartamento?

—Tampoco.

—Por consiguiente, usted solo habría podido llamar a la puerta sin que nadie fuera a abrir. Al cabo de un rato, habría pensado que Angelo no estaba en casa, que había salido, tal vez para que se le pasara la rabia, y habría desistido de seguir llamando. Y en el cuarto de la azotea, Angelo habría estado a salvo de usted.

—Pero no del asesino —dijo Elena, casi con furia.

—Eso es otra cosa. Y aquí usted puede ayudarme.

—¿En qué sentido?

—¿Desde cuándo mantenía esta relación con Angelo?

—Desde hace seis meses.

—Durante ese período, ¿él tuvo ocasión de presentarle a algún amigo o alguna amiga?

—Comisario, quizá no me he explicado muy bien. Nuestros encuentros tenían, ¿cómo diría?, un propósito muy concreto. Yo iba a su casa, bebíamos *whisky*, nos desnudábamos, nos íbamos a la cama. Nunca fuimos al cine o a un restaurante. En los últimos tiempos él habría querido, pero yo no. Y eso incluso nos hizo discutir.

—¿Por qué no quería salir con él?

—Para no dar ocasión a que la gente se burlara de Emilio.

—Pero Angelo debió de hablarle de alguna amiga o algún amigo.

—Eso sí. Cuando nos conocimos, mantenía una relación con una tal Paola, la Roja la llamaba, por el color de su cabello, y me habló también de un tal Martino con quien solía ir a comer y cenar, pero sobre todo me hablaba de su hermana Michela. Estaban muy unidos desde pequeños.

—¿Le hablaba de su trabajo?

—No. Una vez me comentó que era muy rentable pero aburrido.

—¿Sabe que durante cierto tiempo ejerció como médico, pero después lo dejó?

—Sí, pero no lo dejó; la única vez que me habló de eso, me contó una historia un poco confusa que no entendí, aunque no profundicé en ella porque no me interesaba, por la cual se vio obligado a abandonar la profesión.

Esa era una novedad absoluta. Acerca de la cual convendría averiguar algo más.

Montalbano se levantó.

—Le agradezco su disponibilidad. Muy insólita, puede creerme. Pero me parece que necesitaré volver a reunirme con usted.

—Como quiera, comisario. Pero hágame un favor.

—Estoy a su disposición.

—La próxima vez no se presente tan temprano. También puede venir por la tarde. Mi marido, tal como le he dicho, lo sabe todo. Perdome, pero es que soy una dormilona.

Llegó al domicilio de Angelo Pardo con una media hora larga de retraso. Podía tomárselo con calma, total, la convocatoria del jefe superior se había aplazado. Llamó al portero electrónico y le abrió Michela. Mientras subía por la escalera, el edificio le pareció más muerto que nunca, ni una sola voz, ni un solo ruido. Quién sabe si Elena, cuando iba allí a reunirse con Angelo, se habría cruzado alguna vez con algún inquilino. Michela lo esperaba en la puerta.

—Llega con retraso.

Montalbano observó que llevaba un vestido distinto, pero confeccionado también de tal manera que ocultara lo ocultable. Los zapatos también eran distintos.

Pero ¿es que en el apartamento de su hermano guardaba un vestuario completo?

Michela le leyó el pensamiento.

—Esta mañana temprano fui a mi casa —explicó—. Quería saber qué tal había pasado la noche mamá. Y aproveché para cambiarme.

—Mire, ahora tiene que ir a ver al fiscal Tommaseo. Yo pensaba acompañarla, pero considero inútil mi presencia.

—¿Qué quiere de mí ese señor?

—Hacerle algunas preguntas acerca de su hermano. ¿Puedo utilizar el teléfono? Avisaré a Tommaseo que usted ya va para allá.

—Pero ¿adónde tengo que ir?

—A Montelusa, al Palacio de Justicia.

Entró en el estudio e inmediatamente advirtió que había algo raro, que algo había cambiado. Llamó a Tommaseo y le dijo que no podría estar presente en la reunión con la señorita Pardo. Naturalmente, el fiscal se alegró, aunque no lo expresó. En el pasillo, Michela ya estaba lista.

—¿Me entrega las llaves de este apartamento, por favor? —pidió Montalbano.

Por espacio de un instante, ella titubeó, pero después abrió el bolso y le tendió el llavero.

—¿Y si necesito regresar aquí?

—Vaya a la comisaría y yo le daré las llaves. Esta tarde ¿dónde podrá encontrarla?

—En mi casa.

Él cerró la puerta detrás de Michela y corrió al estudio.

El comisario tenía desde siempre una especie de ojo fotográfico incorporado: cuando entraba, por ejemplo, en una estancia desconocida, de una sola mirada era capaz de fotografiar no solo la disposición del mobiliario, sino también la de los objetos que había encima. Y de recordarlo, aunque hubiera transcurrido mucho tiempo.

Se detuvo en el umbral con el hombro derecho apoyado en la jamba, miró con atención, y enseguida descubrió lo que no encajaba.

La maleta de fin de semana.

La víspera, la maletita estaba colocada en el suelo al lado del escritorio, y ahora, en cambio, se encontraba debajo del escritorio. No había ningún motivo para desplazarla, ni siquiera en caso de que alguien hubiera tenido que utilizar el teléfono. Por consiguiente, Michela la había cogido para ver lo que contenía y después no había vuelto a dejarla en el mismo sitio.

Soltó un juramento. ¡Qué gran error había cometido! No tendría que haberla dejado sola en casa del asesinado. Le había ofrecido todas las facilidades para que se deshiciera de cualquier cosa que pudiese resultar comprometedor para su hermano.

Tomó la maletita, la colocó encima del escritorio y la abrió; no estaba cerrada con llave. Dentro había una serie de papeles con membretes de distintos laboratorios farmacéuticos, hojas de información de medicamentos, folletos publicitarios, pedidos y recibos. Había también dos agendas, una

grande y otra más pequeña. Examinó primero la grande. La sección de las direcciones estaba llena de nombres y números de teléfono de médicos de toda la provincia, hospitales y farmacias. Además, Angelo Pardo anotaba cuidadosamente todas sus citas de trabajo.

La apartó y hojeó la más pequeña. Esa era la agenda particular. Estaban el nombre y el teléfono de Elena Sclafani, de su hermana Michela y de muchas otras personas. Miró la página correspondiente al lunes anterior. En ella se leía: «21 horas E». Por consiguiente, la información que le había facilitado Elena sobre su cita con Angelo coincidía. Dejó también a un lado la agenda pequeña y cogió el teléfono.

—Catarè, soy Montalbano. Pásame a Fazio.

—Ahora mismito, *dottori*.

—Fazio, ¿puedes reunirte inmediatamente conmigo en casa de Angelo Pardo?

—¿En la azotea?

—No, abajo, en su apartamento.

—Voy para allá.

—Ah, oye, que venga también Catarella.

—¿Catarella?!

—¿Qué pasa, es que es inamovible?

El escritorio disponía de tres cajones. Abrió el de la derecha. También papeles y documentos relacionados con su oficio de, ¿cómo se llamaba ahora?, ah, sí, «informador médico-científico». El del medio no se abrió, estaba cerrado con llave y la llave no estaba a la vista. Probablemente se la habría llevado Michela. ¡Menudo capullo había sido! Fue a abrir el cajón de la izquierda, pero el teléfono que había encima del mueble sonó tan fuerte y repentino que le pegó un susto. Levantó el auricular.

—¿Sí? —dijo, apretándose las ventanas de la nariz entre el índice y el pulgar para modificar su timbre de voz.

—¿Estás resfriado?

—Sí.

—¿Por eso no viniste anoche, hijoputa? Te espero esta noche. Y procura venir aunque pilles una pulmonía.

Fin de la llamada. Una voz de hombre de escasas y peligrosas palabras, una voz de ordeno y mando. Está claro que un médico que no recibe la esperada visita de un informador médico-científico no lo llama hijoputa. Montalbano tomó la agenda grande y consultó la página correspondiente a la víspera, jueves. La tarde estaba en blanco, mientras que en la mañana figuraba una cita en Fanara con un tal doctor Caruana.

Estaba a punto de abrir el cajón de la izquierda cuando volvió a sonar el teléfono. Le entró la sospecha de que el cajón y el teléfono estuvieran en cierto modo conectados.

—¿Sí? —contestó, cometiendo el mismo fraude con las ventanas de la nariz.

—¿El doctor Angelo Pardo? —Voz femenina de cincuenta severa.

—Sí, soy yo.

—Tiene una voz muy rara.

—Es que estoy resfriado.

—Ah. Soy la enfermera del doctor Caruana de Fanara. Ayer por la mañana el doctor lo estuvo esperando y usted ni siquiera nos avisó que no pasaría por aquí.

—Presente mis disculpas al doctor, pero es que este resfriado... Daré señales de vi... —Se interrumpió. Si hablaba en nombre de un muerto, ¿cómo podía ese muerto dar señales de vida?

—¿Oiga?

—En cuanto pueda, llamo. Buenos días.

Colgó. Algo muy distinto del tono utilizado por el desconocido en la primera llamada. Lo cual era muy interesante, por cierto. Pero ¿es que conseguiría alguna vez abrir aquel cajón? Desplazó cuidadosamente la mano, manteniéndola fuera de la vista del teléfono.

Esa vez lo logró.

Estaba lleno a rebosar de papeles. Todos los recibos posibles e imaginables acerca de todo lo necesario para atender los requerimientos de una casa, el alquiler, la luz, el gas, el teléfono, la comunidad de propietarios. Pero nada que guardara relación con él, Angelo, personalmente en persona tal como habría dicho Catarella. Puede que los papeles y las cosas que más directamente lo afectaban los guardara en el cajón del medio.

Cerró el cajón y sonó el teléfono. Quizá el aparato había advertido con retraso que lo había engañado y ahora se tomaba el desquite.

—¿Sí? —Con las ventanas de la nariz apretadas, claro.

—Pero ¿se puede saber dónde coño te has metido, cabrón? —Voz de cuarentón enfurecido. El comisario fue a contestar, pero el otro añadió—: Espera un momento que tengo una llamada en la otra línea.

Montalbano aguzó el oído, pero solo pudo oír un confuso murmullo. Después solo una palabra con toda claridad:

—¡Coño!

Y colgaron. ¿Qué significaba todo aquello? Hijoputa y cabrón. Cualquiera sabía cómo calificarían a Angelo a la tercera llamada anónima. Entonces sonó el portero automático, que estaba al lado de la puerta de entrada. Fue a abrir. Eran Fazio y Catarella.

—¡*Dottori*, ah, *dottori*! ¡Fazio *mi* ha dicho que *mi* necesita a mí personalmente en persona!

Estaba emocionado y sudoroso a causa del alto honor que le estaba dispensando el comisario llamándolo a participar en la investigación.

—Venid conmigo.

Los condujo al estudio.

—Tú, Catarè, toma el ordenador portátil que hay encima del escritorio y a ver si puedes decirme todo lo que hay dentro. Pero no lo hagas aquí, vete al salón.

—*Dottori*, ¿puedo llevarme también la *imprisona*?

—Coge lo que necesites.

En cuanto Catarella se retiró, Montalbano se lo explicó todo a Fazio, desde el error de haber dejado a Michela sola en casa de Angelo hasta lo que le había contado Elena Sclafani. Y le habló también de las llamadas telefónicas. Fazio adoptó un aire pensativo.

—Cuénteme otra vez lo de la segunda llamada anónima —pidió al cabo.

Montalbano se lo repitió.

—Es una simple hipótesis —dijo Fazio—. Supongamos que el hombre de la segunda llamada se llama Giacomo. Eso quiere decir que este Giacomo no sabe que a Angelo le han pegado un tiro. Llama y oye que le contestan. Giacomo está enfadado porque hace varios días que no consigue ponerse en

contacto con Angelo. Y cuando está a punto de hablar con él, le dice que espere un momento al aparato porque tiene una llamada en la otra línea. ¿Fue así?

—Fue así.

—Habla por la otra línea y le dicen algo que no solo lo impresiona sino que lo impulsa a cortar la comunicación. La pregunta es: ¿qué le han dicho?

—Que han matado a Angelo.

—Yo pienso lo mismo.

—Oye, Fazio, ¿la noticia ha llegado a la prensa?

—Bueno, algo se está filtrando. Pero volviendo a nuestro tema, cuando Giacomo se da cuenta de que está hablando con un falso Angelo, cuelga enseguida.

—Exacto. Y la pregunta es: ¿por qué colgó? Supongamos una cosa. Giacomo es alguien que no tiene nada que esconder, un amigo inocente, compañero de comidas y aventuras femeninas. Mientras cree estar hablando con Angelo, le comunican que este ha sido asesinado. Un verdadero amigo no habría colgado, sino que le habría preguntado al falso Angelo quién era en realidad y por qué razón se hacía pasar por Angelo. En tal caso, hay que pensar en una segunda posibilidad. Es decir, la de que Giacomo, nada más enterarse de la muerte de Angelo, dice coño y cuelga porque teme traicionarse, teme que lo identifiquen si sigue hablando. Por consiguiente, no se trata de una amistad inocente, sino de algo un tanto ambiguo. Y la primera llamada tampoco me convence mucho.

—¿Qué podemos hacer?

—Tratar de averiguar la procedencia de las llamadas. Pide autorización y ponte en contacto con las compañías telefónicas. No es seguro que sea posible, pero hay que intentarlo.

—Ahora mismo me encargo de ello.

—Espera, la cosa no ha terminado. Hay que averiguarlo todo acerca de Angelo Pardo. Según lo que me ha insinuado la Sclafani, lo habrían expulsado del colegio de médicos o lo que sea. Y esa medida no se toma por cualquier bobada.

—Muy bien pues, voy a ello.

—Espera. ¿Se puede saber a qué vienen tantas prisas? También quiero conocer la vida y milagros del profesor Emilio Sclafani, que enseña Griego en el liceo de Montelusa. La dirección la encontrarás en la guía telefónica.

—De acuerdo —dijo Fazio sin hacer el menor ademán de ponerse en marcha.

—Oye una cosa. ¿Y el billetero de Angelo?

—Lo tenía en el bolsillo posterior de los tejanos. Se lo llevó la Policía Científica.

—¿La Científica se llevó alguna otra cosa?

—Sí. Un manojito de llaves y el móvil que se encontraba encima del escritorio.

—Hoy mismo quiero que nos devuelvan las llaves, el móvil y el billetero.

—Muy bien. ¿Puedo irme?

—No. Intenta abrir el cajón central del escritorio. Está cerrado con llave. Tienes que procurar abrirlo y volver a cerrarlo como si nadie le hubiera metido mano.

—Eso exige un poco de tiempo.

—Pues dispones de todo el tiempo que quieras.

Mientras Fazio ponía manos a la obra, el comisario se dirigió al salón. Catarella había encendido el ordenador y también estaba manos a la obra.

—*Dottori*, esto es difícilísimo.

—¿Por qué?

—Porque hay un guardia en los pasos.

Montalbano se quedó estupefacto. ¿Qué guardia? ¿Qué pasos?

—Catarella, ¿qué coño estás diciendo?

—*Dottori*, ahora si lo explico. Cuando uno no quiere que nadie meta las narices en las cosas íntimas que hay aquí dentro, pone un guardia en los pasos.

Montalbano lo comprendió.

—¿Un *password*, una contraseña?

—¿Y qué he dicho? Eso es lo que he dicho. Y si uno no dice el santo y seña, el guardia no *ti* deja pasar.

—¿Pues entonces estamos jodidos?

—No está dicho, *dottori*. Él necesita una hoja donde esté escrito el nombre y *apillido* del propietario, fecha de nacimiento, nombres de la mujer o de la novia y del *hirmano* y la *hirmana* y de la madre y el padre, del hijo si lo tiene, de la hija si la tiene.

—Muy bien, esta tarde te lo facilitaré todo. Entretanto, llévate el ordenador a la comisaría. ¿A quién le entregarás la hoja?

—¿Pues a quién *si* la voy a entregar, *dottori*?

—Catarè, tú has dicho «él necesita». ¿Quién es ese él?

—Ese él soy yo, *dottori*.

Fazio lo llamó desde el estudio.

Cinco

—Ha habido suerte, *dottore*. He encontrado una de mis llaves que parece hecha a propósito. Nadie se dará cuenta de que lo hemos abierto.

El cajón estaba perfectamente ordenado.

Pasaporte cuyos datos el comisario copió para Catarella; contratos en los que se establecían los porcentajes de los productos vendidos; dos documentos notariales de los cuales Montalbano copió, siempre para uso de Catarella, los nombres y la fecha de nacimiento de Michela y su madre, que se llamaba Assunta; el pergamino de la licenciatura que se remontaba a dieciséis años atrás, doblado en cuatro, la carta del colegio médico de hacía diez años en que se comunicaba al exdoctor Angelo Pardo su expulsión sin explicar el cómo ni el porqué, un sobre con mil euros en billetes de cincuenta; dos álbumes de fotografías, recuerdos de un viaje a la India y otro a Rusia; tres cartas de la señora Assunta a su hijo en las que se quejaba de su convivencia con Michela y cosas por el estilo, todas ellas personales, pero todas, ¿cómo se diría?, absolutamente inútiles para Montalbano. Había también una antigua notificación por el hallazgo en la casa de un revólver que había pertenecido al padre. Pero del arma no quedaba ni rastro; puede que Angelo se hubiera deshecho de ella.

—Pero ¿este señor no tenía una cuenta corriente? —inquirió Fazio—. ¿Cómo es posible que no haya ningún talonario de cheques y tampoco matrices de los talonarios usados o un extracto de la clase que sea?

La pregunta no obtuvo respuesta porque Montalbano también se la estaba haciendo y no sabía qué contestar, ni a sí mismo ni a Fazio.

Algo que, por el contrario, sorprendió al comisario, y mucho, y que también desconcertó a Fazio, fue el descubrimiento de un gastado librito titulado *Las más bellas canciones italianas de todos los tiempos*. En el salón

había un televisor, pero no se veían ni discos ni reproductores, ni siquiera una radio.

—¿En el cuarto de la azotea había discos, auriculares, aparatos?

—Nada, *dottore*.

Pues entonces, ¿por qué guardar en un cajón cerrado con llave un librito de letras de canciones? Por si fuera poco, parecía que el librito se consultaba a menudo: dos páginas desprendidas se habían vuelto a pegar cuidadosamente en su sitio con cinta adhesiva transparente. Además, en los estrechos márgenes figuraban escritos unos números. Montalbano los estudió y tardó muy poco en comprender que Angelo también había anotado la métrica de los versos.

—Ya puedes cerrar. Por cierto, ¿has dicho que en el cuarto de arriba encontrasteis un manojo de llaves?

—Sí, señor *dottore*. Se lo llevó la Científica.

—Te lo repito: esta misma tarde quiero el billetero, el móvil y las llaves. ¿Qué estás haciendo?

Fazio, en lugar de volver a cerrar el cajón, estaba vaciándolo y colocando en orden encima del escritorio todo lo que había dentro.

—Solo un momento, *dottore*. Quiero ver una cosa.

Cuando el cajón estuvo completamente vacío, Fazio lo sacó de las guías y lo colocó boca abajo. En la parte inferior del fondo había una llave cromada, tosca y dentada, sujeta con dos tiras de cinta adhesiva cruzadas en X.

—Bravo, Fazio.

Mientras el comisario examinaba la llave, Fazio lo metió todo en el cajón en el mismo orden de antes y lo cerró con su propia llave, que se guardó luego en el bolsillo.

—En mi opinión, esta llave abre una pequeña caja fuerte empotrada en la pared —dijo el comisario.

—En la mía también.

—¿Y tú sabes lo que eso significa?

—Que hay que ponerse a trabajar —contestó Fazio, quitándose la chaqueta y remangándose.

Tras pasarse dos horas desplazando cuadros y espejos, muebles y alfombras, medicamentos y libros, la lapidaria conclusión de Montalbano fue:

—Aquí no hay una puta mierda.

Se sentaron exhaustos en el sofá del salón. Se miraron. Y a ambos les acudió el mismo pensamiento:

—El cuarto de arriba.

Subieron por la escalera de caracol. Montalbano abrió y salieron a la azotea. La puerta del cuarto no se había vuelto a colocar en sus goznes, la habían dejado simplemente apoyada en su sitio con un papel pegado en el cual se decía que estaba prohibido el paso y que todo se había incautado por orden judicial. Fazio desplazó la puerta y entraron.

Tuvieron dos suertes. La primera, que el cuarto era pequeño; por consiguiente, no hubieron de pegarse una paliza moviendo demasiados muebles. La segunda, que la mesa carecía de cajones. De esa manera, no perdieron demasiado tiempo. Pero el resultado fue el mismo que el obtenido en el apartamento y que el comisario había definido con pocas y lapidarias palabras, aunque no demasiado correctas. Solo que sudaron a mares porque el sol golpeaba de lleno sobre el cuarto.

—¿Y si fuera la llave de una caja de seguridad de un banco? —apuntó Fazio cuando regresaron al apartamento.

—No creo. Esas llaves llevan un número, una sigla, algo que a la gente del oficio le permite identificarlas.

—Pues entonces, ¿qué vamos a hacer?

—Irnos todos a comer —contestó Montalbano en un poético arrebató.

Después de haber comido a base de bien y dar un lento paseo meditativo-digestivo adelantando primero un pie y después el otro hasta llegar al faro y volver, el comisario regresó al despacho.

—*Dottori*, ¿me ha traído la hoja que él necesita? —le preguntó Catarella nada más verlo.

—Sí, dásela. —Según el complejo lenguaje catarelliano, el dativo se refería a él mismo, el propio Catarella.

Se sentó, se sacó del bolsillo la llave encontrada por Fazio, la dejó encima del escritorio y se puso a mirarla fijamente como si quisiera hipnotizarla. Pero ocurrió lo contrario, que la llave lo hipnotizó a él. En efecto, poco después empezaron a cerrársele los ojos, vencido por un profundo arrebató de sueño. Se levantó para ir a lavarse la cara y fue entonces cuando se le ocurrió la sensacional idea. Llamó a Galluzzo.

—Oye, ¿tú sabes dónde vive Orazio Genco?

—¿El ladrón? Pues claro que sí, yo mismo he ido a detenerlo un par de veces.

—Has de ir a verlo, preguntarle cómo está y transmitirle mis saludos. ¿Sabes que desde hace un año Orazio ya no se levanta de la cama? No tengo valor para ver el estado en que se encuentra.

Galluzzo no se sorprendió, sabía que el comisario y el viejo ladrón de viviendas se tenían simpatía y eran amigos a su manera.

—¿Solo he de transmitirle sus saludos?

—No; enséñale también esta llave. —La cogió y se la entregó—. Pregúntale de qué clase es, qué abre según él.

—Pues no sé —dudó Galluzzo—. Esta es una llave moderna.

—¿Y qué?

—Orazio es viejo y hace años que no ejerce.

—No te preocupes, sé que se mantiene al día.

Mientras el sueño volvía a apoderarse de él, apareció inesperadamente Fazio con una bolsita de plástico en la mano.

—¿Has ido a hacer la compra?

—No, señor *dottore*, he ido a Montelusa a pedirle a la Científica lo que usted quería. Está todo aquí dentro. —Dejó la bolsa encima de la mesa—. Y también he hablado con la compañía telefónica. Me han concedido autorización. Dicen que intentarán identificar desde qué aparatos se efectuaron las llamadas.

—¿Y las noticias acerca de Angelo Pardo y Emilio Sclafani?

—*Dottore*, por desgracia no soy Dios. Solo consigo hacer las cosas de una en una. Ahora empezaré a buscar información. Ah, quería decirle una cosa. Tres. —Y le mostró el pulgar, el índice y el dedo medio de la mano derecha.

Montalbano lo miró perplejo.

—¿Ahora empiezas a soltar números? ¿Qué significa tres? ¿Quieres jugar a la morra?

—¿Recuerda aquel chaval que murió por sobredosis, y recuerda que le dije que el ingeniero Fasulo también había muerto a causa de la droga, aunque la cosa se hizo pasar por infarto?

—Sí, lo recuerdo. ¿Y el tercero quién es?

—El senador Nicotra.

La boca de Montalbano formó una O.

—¿Estás de guasa?

—No, señor *dottore*. Era bien sabido que el senador consumía droga esporádicamente. De vez en cuando se encerraba en su chalet y hacía un solitario viaje de tres días. Esta vez se ve que olvidó comprar el billete de vuelta.

—Pero ¿eso es seguro?

—Tan seguro como el Evangelio.

—¡Hay que ver! ¡Uno que no hacía más que hablar de moral y moralidad! Tengo una curiosidad: cuando fuisteis a casa del muchacho, ¿encontrasteis las cosas de costumbre: la cinta elástica, la jeringa...?

—Sí, señor *dottore*.

—En el caso de Nicotra debió de ser otra cosa, a lo mejor droga mal cortada. Pero yo de eso no entiendo nada. Sea como fuere, descansen en paz.

Al salir, Fazio por poco choca con Augello.

—¡Mimì! ¡Qué maravilla! ¡Dichosos los ojos!

—¡Déjame en paz, Salvo, hace dos noches que no duermo!

—¿El chiquillo se encuentra mal?

—No, pero no para de llorar. Sin motivo.

—Eso lo dices tú.

—Pero si los médicos...

—Déjate de médicos. Se ve que el chiquillo no está de acuerdo con vosotros sobre que lo hayáis puesto en este mundo. Y teniendo en cuenta cómo está el mundo, me siento incapaz de llevarle la contraria.

—Oye, por lo que más quieras, no me vengas ahora con guasas. Quería decirte que hace cinco minutos me ha llamado el jefe superior.

—¿Y a mí qué coño me importan tus llamadas amorosas? A estas alturas, tú y Bonetti-Alderighi ya sois uña y carne, solo que todavía no se sabe quién es la uña y quién la carne.

—¿Ya te has desahogado? ¿Puedo hablar? ¿Sí? El jefe superior me ha dicho que mañana sobre las once vendrá a visitarnos el comisario Liguori.

A Montalbano se le nubló el entendimiento.

—¿Ese cabrón de la lucha contra la droga?

—Ese cabrón de la lucha contra la droga.

—¿Y qué quiere?

—No lo sé.

—Pues no quiero verlo ni en pintura.

—Precisamente por eso he venido a decírtelo. Tú mañana a partir de las once procura no estar por aquí. Yo hablaré con él.

—Te lo agradezco. Saludos de mi parte a Beba.

Llamó a Michela Pardo. Quería verla no solo para hacerle unas preguntas, sino también para averiguar si se había deshecho de algunas cosas del apartamento de su hermano. Le dolía en el alma la estupidez que había cometido al permitirle que se quedara a dormir en casa de Angelo.

—¿Qué tal le ha ido esta mañana con el fiscal Tommaseo?

—Me ha tenido esperando media hora en la antesala y después ha mandado decirme que la convocatoria se aplazaba a mañana a la misma hora. Comisario, ha hecho bien en llamarme, de lo contrario lo habría llamado yo a usted.

—¿Qué ocurre?

—Quería saber cuándo podremos recuperar a Angelo. Para el entierro.

—Sinceramente, no puedo decírselo. Lo preguntaré. Oiga, ¿podría pasarse por la comisaría?

—*Dottor* Montalbano, he pensado que era mejor decirle a mamá que Angelo había muerto. Le he contado que ha sido un accidente de tráfico. Ha experimentado una reacción muy fuerte, y he tenido que llamar a nuestro médico. Le he administrado unos sedantes y está descansando. No me atrevo a dejarla sola. ¿No podría pasarse usted por mi casa?

—De acuerdo. ¿Cuándo?

—Cuando quiera; total, no puedo moverme de aquí.

—Estaré en su casa sobre las siete de la tarde. Deme la dirección.

Al cabo de media hora apareció Galluzzo.

—¿Cómo está Orazio?

—*Dottore*, más allá que aquí. Espera su visita. —Se sacó la llave del bolsillo y se la entregó—. Según Orazio, es la llave de una caja blindada portátil marca Exeter de cuarenta y cinco por treinta centímetros y de veinticinco de altura. Dice que son cajas que no se abren ni con una mina anticarro. A no ser que se tenga la llave.

Él y Fazio habían registrado el apartamento y el cuarto de la azotea en busca de una caja fuerte empotrada en la pared. Pero una caja blindada de semejantes dimensiones la habrían visto con toda seguridad. Lo cual significaba que alguien se la habría llevado. Pero ¿para hacer qué, si no tenía la llave? ¿O acaso quien se la había llevado tenía un duplicado? ¿Y Michela no sabía nada? Cada vez resultaba más necesario hablar con aquella mujer. Le había prometido obtener información acerca del entierro y por eso llamó a Pasquano.

—¿Lo molesto, doctor?

Con Pasquano convenía andarse con mucho cuidado, pues tenía un carácter endemoniado e inestable.

—Pues claro que me molesta. Es más, voy a puntualizar: me rompe los cojones. Está haciendo que manche de sangre el auricular.

—Me importa un carajo, doctor.

—¿Qué?

—Que lo haya molestado o no.

Acertó. Pasquano soltó una sonora risotada.

—¿Qué quiere?

—La familia de Angelo Pardo desea saber cuándo le devolveremos el cadáver para el entierro.

—Cinco.

Pero ¿qué les había dado a Fazio y al médico? ¿Se habían convertido de pronto en sibilas cumanas? ¿Por qué se ponían a soltar números?

—¿Y eso qué significa?

—Le explico lo que significa. Significa que, antes de la de Pardo, he de practicar cinco autopsias. Por eso los familiares tendrán que seguir

esperando. Dígales que su querido allegado no se lo pasa mal en el frigorífico. Ah, y ya que estamos, le digo que yo estaba equivocado.

¡Virgen santísima, la paciencia que había que tener!

—¿A propósito de qué, doctor?

—A propósito de la suposición de que Pardo había mantenido una relación sexual poco antes de que lo mataran. Lamento decepcionar al *dottor* Tommaseo, que ya se había excitado.

—¡Pues entonces es que ya lo ha examinado!

—Solo por encima y solo en la parte que había despertado mi curiosidad.

—Pues entonces ¿por qué...?

—¿Por qué la tenía fuera, quiere decir?

—Exactamente.

—Vaya usted a saber, puede que hubiera ido a mear a un rincón de la azotea y no le diera tiempo de volver a metérsela. O quizá tenía intención de disfrutar de un poco de placer solitario, pero se le adelantaron pegándole un tiro. Además, no es cosa que me corresponda. Es usted, señor comisario, el que hace la investigación, ¿no?

Colgó sin despedirse.

Pensándolo bien, quizá Elena tuviera razón al no dar crédito a la posibilidad de que Angelo se hubiese reunido con otra mujer mientras la esperaba a ella. Pero la hipótesis del doctor Pasquano tampoco se sostenía.

En el lavadero transformado en cuarto no había escusado, solo un lavabo. En caso de que a Angelo le hubiesen entrado ganas y no le hubiera apetecido bajar al apartamento, no tenía ninguna necesidad de ir a mear a un oscuro rincón de la azotea, podía usar el lavabo como taza.

Y tampoco lo convencía la hipótesis de la masturbación.

Pero en ambos casos resultaba muy extraño que no hubiera tenido tiempo de arreglarse. No; la explicación debía de ser otra.

Volvió a aparecer Mimì Augello en la puerta.

—¿Qué quieres?

Presentaba unas marcadas ojeras, peor que cuando se iba de parranda por ahí.

—Siete —dijo Mimì.

De repente fue como si Montalbano se hubiese vuelto loco. Se levantó de un salto con la cara congestionada y gritó con tal fuerza que debieron de oírlo hasta en el puerto:

—¡Dieciocho, veinticuatro, treinta y seis! ¡Coño! ¡E incluso setenta!

Augello se pegó un susto mientras en la comisaría se desencadenaba un estruendo descomunal de portazos y carrerillas. En un instante se presentaron Gallo, Galluzzo y Catarella.

—¿Qué ha sido?

—¿Qué ha pasado?

—¿Qué fue?

—Nada, nada —contestó Montalbano, sentándose—. Regresad a vuestros puestos, he sufrido un ataque de nervios. Ya se me ha pasado.

Los tres se retiraron. Mimì seguía mirándolo, perplejo.

—¿Qué te ha dado? ¿Qué significan los números que cantabas?

—Ah, ¿conque yo cantaba números? ¿Yo? ¿Y tú no has entrado aquí diciendo siete?

—¿Acaso es pecado mortal?

—Dejémoslo correr. ¿Qué querías decirme?

—Pues que, como mañana llega Liguori, me he documentado. ¿Sabes cuántos muertos ha habido en la provincia a causa de la droga en los últimos diez días?

—Siete.

—Exactamente. ¿Cómo lo sabes?

—Mimì, me lo has dicho tú. No tengamos un diálogo de besugos.

—¿Qué besugos?

—Dejémoslo correr, Mimì, de lo contrario me da otro ataque de nervios.

—¿Y tú sabes lo que se dice del senador Nicotra?

—Que ha muerto de la misma enfermedad que los otros seis.

—Y eso explica por qué la brigada antidroga de Montelusa ha decidido empezar a moverse. ¿No tienes ninguna idea al respecto?

—No. Y tampoco quiero tenerla.

Mimì se marchó y sonó el teléfono.

—¿*Dottor* Montalbano? Soy Lattes. ¿Todo bien?

—Todo bien, *dottore*, gracias a la Virgen.

—¿Los cachorros?

Pero ¿de qué coño estaba hablando? ¿De los hijos? ¿Cuántos creía que tenía? Y en cualquier caso, ¿qué pintaba eso de cachorros?

—Creciendo, *dottore*.

—Bien, bien. Quería decirle que el señor jefe superior lo espera mañana por la tarde entre las diecisiete y las dieciocho horas.

—Allí estaré sin falta.

Ya era la hora de salir para ir a casa de Michela. Al pasar por delante del trastero de Catarella, lo vio con la cabeza pegada al ordenador de Angelo Pardo.

—¿En qué punto estamos, Catarè?

Catarella experimentó un sobresalto y se levantó de golpe.

—¡*Dottori*, ah, *dottori*! Con el agua al cuello estamos, *dottori*. ¡El guardia de los pasos no *mi* deja entrar! ¡Esto es impenetrabilísimo!

—¿Crees que no vas a conseguirlo?

—*Dottori*, si me quedo toda la noche en vela sin cerrar el ojo, ¡yo la palabra *sicreta* del primero *siguro* que la encuentro!

—Catarè, ¿por qué dices del primero?

—*Dottori*, los *fails* con guardia de los pasos son tres.

—A ver si lo entiendo. Si tú tardas unas diez horas en encontrar la contraseña de un archivo, ¿eso significa que necesitas como mínimo unas treinta horas para encontrar las tres?

—Justo como dice usía, *dottori*.

—Felicidades. Ah, si encuentras la primera, llámame a cualquier hora de la noche, no tengas reparo.

Seis

Subió al coche, se puso en marcha, y al cabo de unos cien metros se pegó un manotazo en la frente, soltó un juramento e inició una peligrosa maniobra en curva cerrada mientras tres automovilistas que circulaban detrás de él le daban a entender a gritos que:

primero, era un grandísimo cabrón,
segundo, su madre había sido una mujer de costumbres disolutas,
tercero, su hermana era peor que su madre.

Al regresar a la comisaría, pasó por delante de Catarè sin que este lo advirtiera por lo muy enfrascado que estaba en el ordenador. Prácticamente todo un regimiento de facinerosos habría podido ocupar los despachos sin derramamiento de sangre.

En su oficina, abrió la bolsa que le había llevado Fazio y sacó el manojito de llaves de Angelo. Vio una llave idéntica a la que él tenía en el bolsillo y que estaba destinada a la caja blindada. Por regla general, esas cajas se vendían con solo dos llaves. Por consiguiente, la que encontraron debajo del cajón era la de repuesto, que Angelo guardaba escondida.

Lo cual significaba que se había equivocado con respecto a Michela: no era ella la que había cogido la caja, pues no habría tenido ninguna posibilidad de abrirla.

A lo mejor, la caja blindada no había desaparecido del apartamento de Angelo porque jamás había estado allí; la tenía en otro sitio.

En otro sitio, ¿dónde?

Y se dio otro fuerte manotazo en la frente. Estaba llevando a cabo la investigación como si fuese un auténtico viejo chocho, de esos que se olvidan de las cosas más elementales. Angelo era viajante de comercio y recorría toda

la provincia, ¿no? ¿Cómo era posible que no se le hubiese ocurrido primero que Angelo tendría necesariamente un coche y quizá también un garaje?

Vació la bolsa de plástico sobre la mesa. El móvil. El billetero. Y las llaves de un coche. Sí, sin duda era un gilipollas.

Volvió a guardarlo todo en la bolsa y se la llevó consigo. Esa vez Catarella tampoco se enteró.

Michela vestía una holgada bata informe con un flojo nudo que la convertía en una especie de uniforme de reclusa, y unas pantuflas. Mantenía hacia el suelo su peligrosa mirada. Pero ¿qué pecados, mejor dicho, qué malas intenciones tenía su cuerpo para que lo castigara escondiéndolo de aquella manera?

Lo hizo pasar al salón. Muebles de buena calidad pero viejos, seguro que eran de la familia, heredados de padres a hijos.

—Disculpe que lo reciba vestida de cualquier forma, pero como siempre tengo que estar pendiente de mi madre...

—¿Faltaría más! ¿Cómo está la señora?

—Por suerte, en este momento descansa. Es el efecto de los sedantes. El médico lo quiere así. Pero es un sueño muy agitado, como si tuviera pesadillas, se queja.

—Lo siento —dijo Montalbano, que en esos casos no sabía qué decir y prefería quedarse en el plano de las generalidades.

Fue ella quien abordó la cuestión. Directamente.

—¿Ha encontrado algo en casa de Angelo?

—¿Algo en qué sentido?

—Algo que pueda ayudarlo a comprender quién...

—No, todavía nada.

—Usted me hizo una promesa.

Montalbano lo comprendió al vuelo.

—He llamado a Montelusa. Necesitarán por lo menos tres días más antes de conceder la autorización para la entrega del cadáver. Quédese tranquila, la mantendré informada.

—Gracias.

—Me ha preguntado si hemos encontrado algo en el apartamento de su hermano y yo he contestado que nada. Ni siquiera hemos encontrado lo que tendría que haber habido.

Había arrojado el anzuelo. Pero ella no picó. Solo se quedó un poco sorprendida, como era lógico.

—¿Por ejemplo? —preguntó.

—¿Su hermano ganaba lo suficiente?

—Lo suficiente. Pero no se confunda, comisario. Quizá sería mejor matizar: suficiente para sus necesidades y las nuestras.

—¿Dónde guardaba el dinero?

Michela lo miró, afortunadamente solo un instante, extrañada por la pregunta.

—En el banco.

—¿Y cómo explica que no hayamos encontrado un talonario de cheques, un extracto de cuenta, nada?

Michela sonrió y se levantó.

—Vuelvo enseguida.

Cuando regresó, traía una carpeta de gran tamaño que depositó encima de la mesita. La abrió, sacó un talonario de cheques de la Banca dell'Isola, siguió buscando, sacó una hoja y se la entregó junto con el talonario.

—Angelo tiene una cuenta corriente en este banco, le he dado también el último extracto.

Montalbano contempló la cifra correspondiente al apartado «saldo»: noventa y un mil euros. Devolvió ambas cosas a Michela, quien las guardó de nuevo en la carpeta.

—Este dinero no son solo ganancias de Angelo. Unos cincuenta mil euros son míos, una herencia de un tío que me tenía un cariño especial. Como ve, con mi hermano compartía una sola cuenta corriente de doble titularidad.

—¿Y cómo es que lo tiene todo usted?

—Verá, es que Angelo se ausentaba a menudo de Vigàta por motivos de trabajo, y, por consiguiente, no podía atender el pago de algunos plazos. Yo me encargaba de hacerlo y después le daba los recibos. ¿Los ha encontrado?

—Esos sí. Aparte del apartamento y el cuarto de la azotea, ¿tenía también garaje?

—Pues claro. En la parte de atrás de la casa hay tres garajes. El primero de la izquierda es el suyo.

«¿Ves como eres un viejo chocho, mi querido Montalbano?».

—¿Por qué ha dicho que a menudo Angelo no podía estar en Vigàta para atender el pago de ciertos plazos? ¿Acaso no hacía viajes cortos, limitados a los confines de la provincia?

—No es así exactamente. Por lo menos una vez cada tres meses viajaba al extranjero.

—¿Adónde?

—Pues a Alemania, Suiza, Francia... donde por regla general están los grandes laboratorios farmacéuticos. Lo llamaban.

—Comprendo. ¿Permanecía fuera mucho tiempo?

—Según. De tres días a una semana. No más.

—Entre las llaves de su hermano hemos encontrado una muy curiosa. — Sacó la que guardaba en el bolsillo y se la entregó—. ¿La reconoce?

Ella la miró con curiosidad.

—Lo que se dice reconocerla, más bien diría que no. Pero debo de haber entrevisto una casi igual entre sus llaves.

—¿No le preguntó para qué servía?

—No.

—Esta llave abre una caja de seguridad portátil.

—¿De veras?

Lo miró. Aguas claras, incitantes, aparentemente nada peligrosas. Pero cuidado, Montalbano, debajo, escondidos, es probable que haya revoltijos de algas gigantes de los cuales nunca conseguirás sacar los pies.

—No sabía que Angelo tuviera una caja blindada. Nunca me lo dijo y yo jamás la vi en su apartamento.

Montalbano se empeñó en seguir mirándose la punta del zapato izquierdo.

—¿La han encontrado?

—No. Las llaves sí, pero no la caja. ¿No le parece extraño?

—Pues sí.

—Y esa es otra de las cosas que tendrían que haber estado en el apartamento y, sin embargo, no estaban.

Michela entendió adónde quería ir a parar. Echó la cabeza atrás, tenía un cuello precioso, modiglianesco, y lo miró con los ojos entornados.

—¿No estará pensando que me la llevé yo?

—Bueno, verás, es que yo cometí un error.

—¿Cuál?

—La dejé sola una noche en casa de su hermano. No tendría que habérselo permitido. De esa manera, usted tuvo todo el tiempo del mundo para...

—¿Ocuparme de que desaparecieran ciertas cosas? ¿Y eso por qué?

—Porque usted sabe mucho más que nosotros acerca de Angelo.

—Pues claro. ¡Menudo descubrimiento! Crecimos juntos. Somos hermanos.

—Y por eso tiende a protegerlo, incluso de manera inconsciente. Usted me ha dicho que su hermano, en determinado momento, decidió abandonar el ejercicio de la medicina. Pero las cosas no fueron exactamente así. A su hermano lo echaron.

—¿Quién se lo ha dicho?

—Elena Sclafani. He hablado con ella esta mañana.

—¿Le ha explicado el motivo?

—No. Porque lo ignora. Angelo se lo comentó, pero a ella la cuestión no le interesaba y por eso no preguntó más.

—¡Pobre angelita! No le interesaba la cuestión, pero se encarga de sembrar la sospecha. Arroja la piedra y esconde la mano. —Lo dijo con una voz que el comisario no le conocía, una voz que parecía surgir no de unas cuerdas vocales sino de dos hojas de papel de lija restregadas la una contra la otra.

—Dígame usted el motivo.

—Aborto.

—Dígame algo más.

—Angelo dejó embarazada a una menor de edad que, entre otras cosas, era paciente suya. La chica, que pertenecía a una familia de cierta clase, no se atrevía a decir nada en casa y tampoco podía recurrir a la sanidad pública. Solo le quedaba el aborto clandestino. Lo malo fue que, al regresar a casa,

sufrió una fuerte hemorragia. Su padre la acompañó al hospital, y de esa manera se descubrió la verdad. Angelo asumió toda la responsabilidad.

—¿Qué significa que asumió toda la responsabilidad? ¡Yo diría que era enteramente suya!

—No, no toda. Él le pidió a un colega y amigo suyo que conocía de la universidad, que le practicara el aborto a la chica. El amigo no quería, pero Angelo consiguió convencerlo. Pero cuando la cosa se supo, mi hermano declaró que era él quien había practicado el aborto y por eso fue condenado y expulsado.

—Dígame el nombre y el apellido de la chica.

—¡Pero, comisario, ya han pasado más de diez años! Sé que se casó, que ya no vive en Vigàta... ¿Para qué quiere...?

—No he dicho que vaya a interrogarla, pero en caso necesario seré muy discreto, se lo prometo.

—Teresa Cacciatore. Se casó con un empresario, Mario Sciacca. Vive en Palermo. Tiene un niño.

—La señora Sclafani me ha dicho que se veía con su hermano en el apartamento de este.

—Sí, en efecto.

—¿Y cómo es posible que usted jamás se haya cruzado con ella?

—Porque no quería verla. Le pedí a Angelo que me avisara cuando ella fuera a su casa.

—¿Por qué?

—Antipatía. Aversión. Elija usted lo que prefiera.

—¡Pero si solo la conocía de vista!

—Eso me bastaba. Además, Angelo me hablaba a menudo de ella.

—¿Qué le decía?

—Que era insuperable en la cama, pero demasiado ávida de dinero.

—¿Su hermano le pagaba?

—Le hacía regalos muy caros.

—¿Por ejemplo?

—Una sortija. Un collar. Un dos plazas.

—Elena me ha confesado que ya tenía decidido dejar a Angelo.

—No lo crea. Aún no lo había exprimido del todo. Le montaba constantes escenas de celos para mantenerlo atado.

—¿Paola la Roja también le caía mal?

Michela saltó literalmente de su sillón.

—¿Quién... quién le ha hablado de Paola?

—Elena Sclafani.

—¡La muy guarra! —De nuevo la voz de papel de lija.

—Disculpe, ¿a quién se refiere? —preguntó angélicamente el comisario —. ¿A Paola o a Elena?

—A Elena, que la ha metido en medio. Paola era... es una persona de bien que se enamoró de verdad de Angelo.

—¿Por qué la abandonó su hermano?

—La historia con Paola ya duraba demasiado... El encuentro con Elena se produjo en un momento de cansancio... Para Angelo fue una novedad, una curiosidad a la que no supo resistirse, a pesar de que yo...

—Dígame el nombre y la dirección de Paola.

—¡Comisario! Pero ¿usted pretende que yo le facilite los datos de todas las mujeres que se relacionaron con Angelo? ¿De Maria Martino? ¿De Stella Lojacono?

—No de todas. De las que usted ha mencionado.

—Paola Torrisi-Blanco vive en Montelusa, via Millefiori veintiséis. Es profesora de Lengua italiana en el liceo.

—¿Casada?

—No. Habría sido una esposa ideal para mi hermano.

—Por lo visto, usted conoció muy bien a Paola.

—Sí. Nos hicimos amigas. Y seguí tratándola incluso después de que mi hermano la dejara. Esta mañana la he llamado y le he dicho que lo han asesinado.

—Por cierto, ¿algún periodista se ha puesto en contacto con usted?

—No. ¿Se han enterado?

—La noticia está empezando a filtrarse. Niéguese a contestar.

—Por supuesto.

—Deme la dirección, si la tiene, o el número de teléfono de las otras dos mujeres de quienes me ha hablado.

—No los recuerdo de memoria, tengo que buscar en antiguas agendas.
¿Le parece bien que se los pase mañana?

—De acuerdo.

—Comisario, ¿puedo hacerle una pregunta?

—Hágala.

—¿Por qué concentra la investigación en las amistades femeninas de Angelo?

«Porque tú y Elena no hacéis más que ofrecerme nombres de mujer en bandeja, mejor dicho, en una cama», habría querido contestar, pero no lo hizo.

—¿Cree que es un error? —preguntó en cambio.

—No sé si es un error o no. Pero seguro que hay muchas otras hipótesis acerca del posible móvil del crimen.

—¿Cuáles?

—Pues no sé... algo relacionado con sus negocios... un competidor que quizá le tenía envidia...

En ese momento, el comisario decidió hacer trampa, arrojando sobre la mesa una carta marcada. Adoptó una actitud cohibida, como de alguien que desea decir algo pero no se atreve.

—El hecho de... ejem... ejem... de que hayamos prestado más interés a la pista femenina... —Se felicitó a sí mismo, le habían salido las palabras adecuadas, incluso los ejem, ejem tipo policía inglés le habían brotado de la garganta a la perfección. Siguió adelante con su obra maestra de interpretación teatral—: se ha debido precisamente... ejem... ejem... a un detalle que... ejem... pero quizá sería mejor que yo no...

—Diga, diga —lo animó Michela, asumiendo a su vez el aire de alguien dispuesto a escuchar lo peor.

—Pues verá, su hermano, cuando lo mataron, acababa de mantener... ejem... ejem... una relación sexual.

Era una trola, el doctor Pasquano la había desmentido. Pero él quería ver qué efecto ejercía en Michela. Y efecto hubo.

Se levantó de un brinco y se le abrió la bata. Debajo iba en pelota picada, ni bragas ni sujetador, un cuerpo espléndido, sólido y compacto. Con el movimiento, hasta el cabello se le soltó sobre los hombros. Apretó los puños,

los brazos colgando a los costados, los ojos enormemente abiertos. Por suerte, no los dirigió hacia el comisario. Este, como de soslayo desde una ventana, vio desencadenarse en aquellos ojos una marejada agitada por el temporal; olas de rabia de fuerza ocho se levantaban en vertical, caían de nuevo en avalanchas de espuma, volvían a formarse y a caer. El comisario se asustó, le acudió a la mente un recuerdo de la escuela, el de las tres terribles Erinias. Pero pensó que era un recuerdo equivocado, pues las Erinias eran feas y viejas. En cualquier caso, se mantuvo aferrado a los brazos del sillón. Michela hizo un esfuerzo para hablar, la furia la impelía a apretar los dientes.

—¡Ha sido ella!

Las dos hojas de papel de lija se habían convertido en dos muelas de piedra.

—¡Elena lo ha matado!

Su pecho se había transformado en un fuelle. De repente Michela cayó hacia atrás, se golpeó la cabeza contra el sillón y rebotó con violencia antes de desplomarse desmayada.

Perlado de sudor a causa de la escena que había presenciado, Montalbano abandonó el salón, vio una puerta entreabierta, la de un cuarto de baño, entró, mojó una toalla, regresó, se arrodilló al lado de Michela y empezó a pasarle la toalla por la cara. Ahora ya se había convertido en una costumbre. Poco a poco la mujer pareció calmarse. Abrió los ojos, y lo primero que hizo fue cubrirse con la bata.

—¿Ya está mejor?

—Sí. Perdone. —Su capacidad de recuperación parecía increíble. Se levantó—. Voy a beber agua.

Regresó y se sentó muy fría y tranquila, como si momentos antes no hubiera padecido un incontrolable y temible arrebato de furia, casi al límite de un auténtico ataque epiléptico.

—¿Usted sabía que el lunes por la noche su hermano y Elena tenían que verse?

—Sí, Angelo me llamó para avisarme.

—Elena dice que el encuentro entre ambos no se produjo.

—¿Qué historia le ha contado?

—Que efectivamente salió de casa, pero que mientras conducía, decidió no acudir a la cita. Quería ver si conseguía abandonar para siempre a su hermano.

—¿Y usted lo cree?

—Tiene una coartada comprobada.

Era otra solemne trola, pero quería evitar que a Michela le diera otro ataque de rabia delante de cualquier periodista y soltara el nombre de Elena.

—Seguramente es falsa.

—Usted me ha dicho que Angelo le hacía a Elena regalos muy caros.

—Así es. ¿Cree usted que su marido, con el sueldo que gana, podría permitirse el lujo de regalarle un coche deportivo?

—Pues entonces, si esa era la situación, ¿qué motivo tenía Elena para matarlo?

—Comisario, el que quería cortar la relación era Angelo. Ya no podía más. Elena lo agobiaba con sus celos. Angelo me dijo que una vez ella le escribió amenazándolo de muerte.

—¿Le envió una carta?

—Dos o tres.

—¿Usted las leyó?

—No.

—No hemos encontrado cartas de Elena en el apartamento de su hermano.

—Angelo debió de tirarlas.

—Creo que ya la he molestado demasiado —dijo levantándose.

Michela también se levantó. De repente dio la impresión de estar exhausta, se pasó una mano por la frente como si estuviera profundamente cansada y se tambaleó un poco.

—Una última cosa. ¿A su hermano le gustaban las canciones ligeras?

Tal vez Michela se sentía demasiado agotada para sorprenderse de aquella pregunta.

—De vez en cuando las escuchaba.

—Pero en la casa no había nada para escuchar música.

—En efecto, no las escuchaba en casa.

—¿Pues dónde?

—En el coche, cuando viajaba. Le hacían compañía. Tenía varias cintas.

Siete

Michela había dicho que el garaje de su hermano era el primero de la izquierda. Había cerraduras a ambos lados de la persiana metálica, y Montalbano tardó muy poco en dar con la llave adecuada en el manajo que llevaba consigo.

Abrió, y después introdujo una llavecita en otra cerradura situada junto a la persiana metálica, la cual empezó a levantarse despacio, demasiado despacio para la curiosidad del comisario. Cuando la persiana estuvo arriba, él entró y localizó el interruptor. La luz de neón era muy fuerte. El garaje era espacioso y estaba perfectamente ordenado. Con una rápida mirada alrededor, comprobó que no había ninguna caja blindada ni ninguna posibilidad de esconderla.

El coche era un Mercedes bastante nuevo, de esos que suelen alquilarse con chófer. En el portaobjetos entre el asiento del conductor y el del copiloto había una docena de cintas de música. En la guantera, los documentos del vehículo y una serie de mapas de carreteras. Para más seguridad abrió también el maletero, que estaba impecablemente limpio: la rueda de recambio, el gato, el triángulo reflectante.

Un poco decepcionado, repitió en sentido inverso todo el jaleo que había armado para entrar y regresó a Marinella en su coche.

Eran las nueve de la noche y no tenía apetito. Se quitó la ropa, se puso una camisa y unos tejanos y, descalzo, bajó de la galería a la playa.

La luz de la luna era muy débil; en efecto, las luces de su casa brillaban como si cada habitación estuviera iluminada no por bombillas sino por proyectores cinematográficos. Al llegar a la orilla, se quedó un rato así, con el mar mojándole los pies y el frescor que le iba subiendo por el cuerpo hasta la cabeza.

En la línea del horizonte, la luz de alguna que otra lámpara dispersa. Muy lejana, una quejumbrosa voz de mujer llamando un par de veces:

—¡Stefanu! ¡Stefanu!

Le contestó perezosamente un perro.

Inmóvil, Montalbano esperaba que la resaca le penetrara en el cerebro y, chapaleando, se lo limpiara. Y finalmente le llegó la primera ola, tan ligera como una caricia, chaf, y al retirarse se llevó consigo, glu glu glu, a Elena Sclafani con su belleza, chaf, glu glu glu, y desaparecieron las tetas, el vientre, el cuerpo arqueado y los ojos de Michela Pardo. Una vez borrado el hombre Montalbano, solo habría tenido que quedar el comisario Montalbano, una función casi abstracta, aquel destinado a resolver el caso sin sentimientos personales. Pero mientras lo pensaba, supo muy bien que jamás sería capaz de hacerlo.

Regresó a la casa y abrió el frigorífico. Adelina debía de haber sufrido un ataque agudo de vegetarianismo. *Caponatina* de berenjenas fritas, aceitunas y hierbas aromáticas, y un sublime pastel de alcachofas y espinacas. Preparó la mesita de la galería y se zampó la *caponatina* mientras el pastel de alcachofas se calentaba. Después se deleitó con el pastel. Quitó la mesa y sacó el billetero de Angelo de la bolsa de plástico. Lo vació poniéndolo boca abajo e introduciendo los dedos entre los compartimentos. Carnet de identidad. Permiso de conducir. Número de identificación fiscal. Tarjeta de crédito de la Banca dell'Isola («¿Ves como chocheas? ¿Por qué no has mirado enseguida en el billetero? Te habrías ahorrado el numerito con Michela»). Dos tarjetas de visita, una del doctor Benedetto Mammuccari, médico cirujano de Palma, y otra de Valentina Bonito, tocóloga de Fanara. Tres sellos, dos normales y uno de correo urgente. Una fotografía de Elena en *topless*. Doscientos cincuenta euros en billetes de cincuenta. El recibo de un llenado del depósito en una gasolinera.

Y basta. *Stop*. Aquí te quedas.

Todo obvio, todo normal. Todo demasiado obvio, demasiado normal para un hombre que aparece con un disparo en la cara y la polla fuera, tanto si esta le había servido para una cosa como para otra. El caso es que la tenía fuera. Claro que hoy por hoy el hecho de que a uno lo sorprendan con la polla al aire ya no asombra a nadie, e incluso se había dado el caso de un diputado —

más tarde fue nombrado para un cargo de alta responsabilidad del Estado— que la había exhibido *urbi et orbi*, a la ciudad y al mundo, en una fotografía publicada en algunos periódicos, de acuerdo, pero ambas cosas juntas, el asesinato y la exhibición, daban al caso una dimensión particular.

O la particularidad del caso. O mejor: la particularidad de la polla. Absorto en tan complejas variaciones sobre el mismo tema, el comisario, que estaba volviendo a guardarlo todo en el billetero, se detuvo en seco al llegar a los billetes de cincuenta.

¿Cuánto había en la cuenta corriente que le había mostrado Michela? Aproximadamente noventa mil euros, de los cuales, sin embargo, cincuenta mil le pertenecían a ella. Por consiguiente, en el banco Angelo solo tenía cuarenta mil euros. Ochenta millones escasos de las antiguas liras. Allí había algo que no encajaba. Probablemente los ingresos de Angelo Pardo estaban constituidos por los porcentajes sobre los productos farmacéuticos que conseguía vender. Y Michela había asegurado que su hermano ganaba lo suficiente para vivir sin agobios. De acuerdo, pero ¿lo suficiente para pagar los costosos regalos que, según su hermana, le hacía a Elena? Seguro que no. Actualmente, ir al mercado para hacer la compra de una semana equivale a lo que antes se gastaba en todo un mes. ¿Pues entonces? ¿Cómo se las arreglaba uno que no tenía demasiado dinero para comprar joyas y automóviles deportivos? O Angelo estaba vaciando la cuenta del banco, y eso habría podido justificar el resentimiento de Michela, o contaba con otros ingresos de los que no había ni rastro y que Michela desconocía. ¿O fingía desconocerlos?

Entró en la casa y encendió el televisor justo a tiempo para el último telediario de Retelibera. Su amigo periodista Nicolò Zito habló primero de un accidente entre un camión y un automóvil, cuatro muertos, y después se refirió al homicidio de Angelo Pardo, cuya investigación, dijo, se había encomendado al jefe de la brigada móvil de Montelusa. Lo cual explicaba por qué ningún periodista había ido todavía a tocarle las pelotas a Montalbano. Estaba claro que el pobre Nicolò apenas sabía nada del asunto; en efecto, hilvanó un par de frases y pasó a otro asunto. Mejor así.

Apagó el televisor, llamó a Livia para el habitual intercambio nocturno, que no acabó en discusión, al contrario, todo transcurrió como una seda, y fue

a acostarse. Sin duda por efecto de la consoladora llamada, se hundió en el sueño como un chiquillo.

Un chiquillo que despertó de golpe a las dos de la madrugada y, en lugar de echarse a llorar como hacen todos los chiquillos de este mundo, se puso a pensar.

Le había vuelto a la mente la visita al garaje. Estaba seguro de haber pasado por alto un detalle. Una particularidad que antes no le había parecido importante, pero que ahora, en cambio, intuía que era importante, y mucho.

Repasó todo lo que había hecho desde el momento que entró en el garaje hasta el momento que salió. Nada.

—Mañana regreso —se dijo.

Y se tumbó de lado para dormirse de nuevo.

Al cabo de menos de un cuarto de hora, vestido de cualquier manera, ya estaba en el coche rumbo a casa de Angelo, soltando maldiciones como un loco.

Si los ocupantes de los dos pisos, o tres, teniendo en cuenta la planta baja, parecían muertos durante el día, imagínate a las tres de la madrugada o casi. A pesar de todo, procuró hacer el menor ruido posible.

Encendió la luz del garaje y se puso a examinarlo todo, bidones vacíos, viejas latas de aceite de motor, pinzas y llaves inglesas, como si tuviera una lupa. No descubrió nada que pudiera tomarse mínimamente en consideración. Un bidón vacío era, por desgracia, un simple bidón vacío que aún olía a gasolina.

Entonces pasó al Mercedes. En los mapas de carreteras de la guantera no había ningún recorrido especial subrayado, la documentación del coche estaba en regla. Bajó el parasol, examinó una por una las cintas de música, introdujo las manos en los bolsillos laterales, sacó el cenicero, bajó, abrió el capó: solo estaba el motor. Fue a la parte de atrás, abrió el maletero: la rueda de recambio, el gato y el triángulo. Cerró.

Experimentó una especie de descarga eléctrica muy ligera y volvió a abrir el maletero. Ahí estaba el detalle que había pasado por alto. Por debajo de la alfombrilla de goma asomaba un triángulo de papel. Se inclinó para ver mejor: era la esquina de un sobre acolchado. Lo sacó utilizando dos dedos. Estaba dirigido al señor Angelo Pardo, y el señor Angelo Pardo, tras haberlo

abierto, lo había aprovechado para guardar en su interior tres cartas, todas escritas a él. Montalbano sacó la primera y miró la firma. Elena. Volvió a guardarla en el sobre, cerró el coche, cerró el garaje, bajó la persiana metálica y, con el sobre en la mano, se encaminó hacia su coche, que había dejado aparcado a pocos metros.

—¡Quieto, ladrón! —gritó una voz que parecía bajada del cielo.

Se detuvo y miró. En el último piso había una ventana abierta y, a contraluz, el comisario reconoció a S. M. Víctor Manuel III, apuntándolo con una escopeta de caza.

¿Vas a discutir a la distancia de dos pisos y a esa hora de la noche con un loco de atar? Además, cuando aquel sujeto empezaba a desvariar, no había manera. Montalbano le dio la espalda y reanudó su camino.

—¡Quieto o disparo!

Montalbano siguió adelante como si tal cosa y su majestad disparó. Por otra parte, es bien sabido que los últimos Saboyas tenían el gatillo fácil. Por suerte, Víctor Manuel no tenía buena puntería. El comisario se apresuró a subir al coche y salir derrapando como en las películas americanas, mientras un segundo disparo iba a parar a treinta metros de distancia.

Nada más llegar a Marinella, leyó las cartas de Elena a Angelo. Las tres seguían la misma pauta dividida en dos tiempos.

El primer tiempo era una especie de delirio erótico-pasional; estaba claro que Elena había escrito las cartas justo después de un encuentro especialmente fogoso, pues recordaba con todo detalle lo que ambos habían hecho y lo mucho que había disfrutado ella mientras Angelo le practicaba un prolongado tric-troc.

Ahí Montalbano se detuvo, perplejo. Con lo que sabía de su experiencia personal y de la lectura de algún clásico del erotismo, no logró comprender en qué consistía el tric-troc. Tal vez era una expresión de la jerga secreta que siempre se crea entre dos amantes.

En cambio, el segundo tiempo era de un tono muy distinto. Elena suponía que Angelo, en sus recorridos por los pueblos de la provincia, tenía amantes a tutiplén en todas partes, de la misma manera que de los marineros se dice que tienen una novia en cada puerto, y ella se volvía loca de celos. Y lo

amenazaba: como consiguiera reunir pruebas de que la traicionaba, lo mataría.

Es más, en la primera carta afirmaba haberlo seguido con su coche hasta Fanara y le formulaba una pregunta concreta: ¿por qué se había detenido una hora y media en una casa de via Libertà 82, siendo que allí no había ninguna farmacia ni ningún consultorio médico? ¿Vivía allí otra amante? En cualquier caso, que Angelo lo tuviera bien en cuenta: el descubrimiento de la traición equivaldría a una muerte inmediata y violenta.

Al término de la lectura, Montalbano se sintió más perplejo que convencido. Ciertamente que aquellas cartas le daban la razón a Michela, pero no correspondían a la idea que él se había hecho de Elena. Parecían escritas por otra persona.

Y, además, ¿por qué Angelo las tenía escondidas en el Mercedes? ¿No quería que su hermana las leyera? A lo mejor se avergonzaba de la primera parte de las misivas, en que se hablaba de sus acrobacias entre las sábanas con Elena. Podía ser una explicación. Pero ¿era explicable que Elena, tan aficionada al dinero, matara al que con tanta abundancia se lo facilitaba, aunque fuera en forma de regalos?

Sin apenas darse cuenta, tomó el teléfono.

—Hola, Livia. Soy Salvo. Quería preguntarte una cosa. ¿A tu juicio es lógico que una mujer mate por celos a un amante que le hace valiosos regalos? ¿Tú qué harías?

Hubo una larga pausa.

—Livia, ¿estás ahí?

—Yo no sé si mataría a un hombre por celos, pero sí por despertarme a las cinco de la madrugada.

Y colgó.

Llegó al despacho con un poco de retraso, pues solo había conseguido dormirse hacia las seis; estuvo dándole vueltas a un pensamiento que no lo abandonaba, el de que, según las reglas más elementales, debería haber informado al fiscal Tommaseo de la situación de Elena Sclafani. Sin

embargo, no le apetecía hacerlo. Y eso le provocaba cierta inquietud que le impedía dormir.

Toda la comisaría, solo con verle la cara, comprendió que aquel día el horno no estaba para bollos.

En el trastero, en lugar de Catarella se encontraba Minnitti, un calabrés.

—¿Dónde está Catarella?

—*Dottore*, se ha quedado toda la noche en la comisaría y esta mañana se ha derrumbado.

A lo mejor se había llevado el ordenador de Angelo, pues no se veía por ninguna parte. Acababa de sentarse cuando entró Fazio.

—Dos cosas, *dottore*. La primera es que esta mañana ha venido el *commendatore* Ernesto Laudadio.

—¿Y quién es el *commendatore* Ernesto Laudadio?

—*Dottore*, usía lo conoce bien. ¡Es el que nos llamó porque se le había metido en la cabeza que usted quería abusar de la hermana del muerto!

¡Así se llamaba su majestad Víctor Manuel III! Y mientras loaba a Dios, que eso significaba literalmente su apellido, se dedicaba a tocarle los cojones al prójimo.

—¿Qué ha venido a hacer?

—Presentar una denuncia contra un desconocido. Parece que anoche alguien intentó entrar en el garaje de Pardo, pero el *commendatore* lo evitó pegándole un par de tiros de escopeta y obligándolo a huir.

—¿Lo hirió?

Fazio contestó con otra pregunta.

—*Dottore*, ¿usía está herido?

—No.

—Pues entonces el *commendatore* no hirió a nadie, gracias a Dios. ¿Me explica qué fue a hacer al garaje?

—Pasé primero en busca de la caja blindada, porque tanto tú como yo nos habíamos olvidado de ir a buscarla allí.

—Muy cierto. ¿La encontró?

—No. Después regresé porque recordé un detalle. —No dijo de qué se trataba y Fazio no lo preguntó—. ¿Y lo segundo que querías decirme?

—He obtenido alguna información acerca de Emilio Sclafani, el profesor.

—Ah, dime.

Fazio se introdujo una mano en el bolsillo y el comisario lo fulminó con una mala mirada.

—Como ahora saques un papelito con el nombre del padre del profesor, el nombre del abuelo del profesor, el nombre del tatarabuelo del profesor, te...

—Que haya paz —dijo Fazio sacando la mano del bolsillo.

—¿Cuándo se te pasará ese vicio de funcionario del registro civil?

—Jamás, *dottore*. Bueno pues, el profesor es reincidente.

—¿En qué sentido?

—Ahora me explico. El profesor se ha casado dos veces. La primera, cuando tenía treinta y nueve años y enseñaba en Comisini, se casó con una chica de diecinueve, exalumna suya del liceo. Se llamaba Maria Coxa.

—¿Qué apellido es ese?

—Albanés, *dottore*. Pero su padre había nacido en Italia. El matrimonio duró exactamente un año y tres meses.

—¿Qué ocurrió?

—Ocurrió que no ocurría nada. Eso dicen por lo menos. Después de un año de matrimonio, la flamante esposa empezó a pensar que era muy raro que todos los días su marido se acostara a su lado, le dijera buenas noches amor mío, la besara en la frente y se quedara dormido. ¿Me he explicado?

—No.

—*Dottore*, el profesor no consumaba.

—¿De veras?!

—Eso dicen. Entonces la jovencísima esposa, que necesitaba consumir como otros necesitan consumir...

—Se buscó otro bar.

—Exactamente, *dottore*. Un profesor de Gimnasia, compañero de su marido, no sé si me explico. Parece que Sclafani se enteró, pero no reaccionó. Pero un día que regresó a casa fuera del horario habitual, encontró a la mujer probando con su compañero un ejercicio especialmente difícil. La cosa terminó de mala manera, pero al revés.

—¿Qué significa al revés?

—Que nuestro profesor no tocó a la mujer, sino que la tomó con su colega y lo machacó. Tenga en cuenta que el profesor de Gimnasia era más fuerte y estaba entrenado, pero aun así Emilio Sclafani lo envió al hospital. Se desató, algo lo hizo transformarse, de cornudo y complaciente que era, en una bestia feroz.

—¿Cómo acabó todo?

—El profesor de Gimnasia no lo denunció, él se separó de la mujer, pidió el traslado a Montelusa y obtuvo el divorcio. Y ahora, con el segundo matrimonio, vuelve a hallarse en la misma situación que con el primero. Por eso he dicho que es reincidente.

Entró Mimì Augello y Fazio se retiró.

—¿Qué haces aquí todavía? —preguntó Mimì.

—¿Por qué, dónde tendría que estar?

—Donde quieras, pero no aquí. Dentro de un cuarto de hora llega Liguori. ¡El cabrón de la lucha antidroga!

—¡Lo había olvidado! Hago un par de llamadas y me largo.

La primera a Elena Sclafani.

—Soy Montalbano. Buenos días, señora. Tengo que hablar con usted.

—¿Esta mañana?

—Sí. ¿Podría pasar por su casa dentro de media hora?

—Comisario, estoy ocupada hasta la una. Si quiere, podemos vernos esta tarde.

—Podría solo a última hora. Pero ¿su marido estará en casa?

—Ya le he dicho que no hay ningún problema. De todos modos, él regresa por la noche. Ah, oiga, se me ocurre una idea. ¿Por qué no me invita a comer?

Se pusieron de acuerdo.

La segunda llamada fue para Michela Pardo.

—Disculpe, comisario, estoy a punto de salir a Montelusa para ver al *dottor* Tommaseo. Por suerte, mi tía ha podido... Dígame.

—¿Usted conoce Fanara?

—¿El pueblo? Sí.

—¿Sabe quién vive en via Libertà ochenta y dos?

Silencio.

—¿Oiga, Michela?

—Sí, estoy aquí. El caso es que me ha pillado desprevenida... sí, sé quién vive en via Libertà ochenta y dos.

—Dígame.

—Tía Anna, la otra hermana de mi madre. Está paralítica. Angelo está... estaba muy unido a ella. Cuando pasaba por Fanara, siempre iba a verla. Pero ¿cómo se ha enterado?

—Simple investigación, puede creerme. Como es natural, tengo otras cosas que preguntarle.

—Puede pasar esta tarde.

—Me ha convocado el jefe superior. Mañana por la mañana, si no tiene nada en contra.

Salió a toda prisa del despacho, subió al coche y se fue. Decidió echar otro vistazo al apartamento de Angelo. ¿Por qué? Porque sí, el instinto se lo ordenaba.

Cruzó el portal, subió por la silenciosa escalera del edificio muerto y abrió con cuidado y sigilo la puerta de Angelo, temiendo que su majestad Víctor Manuel III apareciera de repente empuñando un enorme cuchillo y lo apuñalara por la espalda. Se dirigió al estudio, se sentó al escritorio y se puso a pensar.

Como de costumbre, presentía que algo no encajaba, pero no conseguía identificarlo. Entonces se levantó y empezó a recorrer la casa de acá para allá. En determinado momento, abrió la persiana del balcón del salón y salió.

En la calle, justo delante del portal, se había detenido un descapotable, y un chico y una chica se estaban besando. Tenían puesta la radio a todo volumen.

Montalbano dio un respingo hacia atrás. No porque se escandalizara de lo que estaba viendo, sino porque finalmente había comprendido qué lo había hecho regresar al apartamento.

Entró de nuevo en el estudio, se sentó, en el manajo de llaves de Angelo buscó la que necesitaba, la introdujo en el cajón central, lo abrió, sacó el librito *Las más bellas canciones italianas de todos los tiempos* y lo hojeó.

«Dulce señorita pálida / tú, vecina de enfrente del quinto piso...».

«Hoy el vagón puede parecernos / curiosas sobras de la antigüedad...».

«No olvides mis palabras, niña / tú no sabes lo que es el amor...».

Eran canciones de los años cuarenta-cincuenta. A lo mejor él, Montalbano, ni siquiera había nacido en la fecha de aparición de aquellas composiciones ligeras que algunos todavía recordaban. Y lo más importante, o por lo menos eso le pareció, no tenían nada que ver con las cintas que había en el Mercedes, todas de música *rock*.

Ocho

En el estrecho margen de cada página del librito figuraban escritos unos números. La primera vez que los vio, el comisario había pensado que se trataba de una especie de análisis de la métrica, pero ahora se dio cuenta de que los números se referían solo a los dos primeros versos de cada canción. Al lado de «Dulce señorita pálida / tú, vecina de enfrente del quinto piso» figuraban respectivamente los números 19 y 31, al lado de «Hoy el vagón puede parecernos / curiosas sobras de la antigüedad» los números 25 y 28, mientras que «No olvides mis palabras, niña / tú no sabes lo que es el amor» correspondían al 24 y 22. Y así sucesivamente en las restantes noventa y siete canciones contenidas en el volumen. La solución se le ocurrió con demasiada facilidad: aquellos números eran la suma de las letras que componían las palabras de los versos. Más complicado era en cambio llegar a comprender para qué servía todo aquello. Se guardó el librito en el bolsillo.

Montalbano estaba a punto de entrar en la *trattoria* Da Enzo cuando oyó que lo llamaban. Se detuvo y se volvió. Elena Sclafani bajó de una especie de torpedo rojo descapotable que acababa de aparcar. Vestía mono y zapatillas de deporte, y llevaba el largo cabello suelto sobre los hombros y una cinta azul sobre la frente. Los ojos azul claro sonreían, y los labios, que parecían pintados de rojo, habían perdido la expresión enfurruñada.

—Jamás he comido aquí. Vengo del gimnasio y el ejercicio me abre el apetito.

Un animal salvaje, joven y peligroso. Como todos los animales salvajes.

«Y en el fondo, como todos los jóvenes», pensó el comisario con una punta de nostalgia.

Enzo los condujo a una mesa un tanto apartada a pesar de que aún no había mucha gente.

—¿Qué desean?

—¿No hay menú? —preguntó Elena.

—Aquí no es costumbre —respondió Enzo, mirándola de mala manera.

—¿Le apetecen unos entremeses de marisco? Los hacen estupendos —aseguró el comisario.

—Yo me lo como todo —declaró Elena.

La mirada que le estaba dirigiendo Enzo cambió de golpe, y no solo se tornó benévola, sino casi cariñosa.

—Entonces déjeme hacer a mí.

—Hay un problema —dijo Montalbano, que deseaba curarse en salud.

—¿Cuál?

—Usted me ha propuesto comer juntos y yo he estado encantado de aceptar. Pero...

—Ánimo, suelte el problema. Su mujer...

—No estoy casado.

—¿Alguna historia seria?

—Sí. Una. —¿Por qué le contestaba?—. El problema es que, mientras como, no me gusta hablar.

Ella esbozó una sonrisa.

—El que tiene que hacer las preguntas es usted. Si no me las hace, yo no tengo nada que contestar. Además, si se empeña en saberlo, cuando hago una cosa, me gusta dedicarme solo a esa cosa.

La conclusión fue que se zamparon los entremeses, los espaguetis con almejas y los crujientes salmonetes fritos, intercambiando solo sonidos inarticulados como am, em, om y um, que solo variaban de intensidad y registro. Y algunas veces hicieron om om juntos, mirándose. Al final, Elena extendió las piernas por debajo de la mesa, entornó los ojos y lanzó un profundo suspiro. Después, como una gata, sacó la punta de la lengua y se lamió los labios. Poco faltó para que se pusiera a ronronear.

El comisario había leído un relato de un autor italiano que hablaba de un país donde el hecho de hacer el amor en público no solo no era motivo de escándalo, sino que se consideraba la cosa más natural del mundo, mientras

que el hecho de comer en presencia de los demás se consideraba contrario a la moral por tratarse de algo demasiado íntimo. Le entraron ganas de reír por una pregunta que le pasó por la cabeza: ¿y si la edad lo llevara en poco tiempo a disfrutar de una mujer conformándose con comer con ella a la misma mesa y sobre el mismo mantel?

—¿Y ahora dónde hablamos? —preguntó Montalbano.

—¿Usted tiene algo que hacer?

—No inmediatamente.

—Le haré otra proposición. Vamos a mi casa y lo invito a un café. Emilio está en Montelusa, me parece que ya se lo he dicho. ¿Lleva coche?

—Sí.

—Pues entonces sígame, así podrá irse cuando quiera.

Seguir de cerca el torpedo rojo no fue nada fácil. En determinado momento, Montalbano decidió perderlo de vista, total, se conocía el camino. En efecto, cuando llegó, Elena lo estaba esperando delante del portal con una bolsa deportiva al hombro.

—Tiene usted un coche francamente bonito —dijo él mientras subían en el ascensor.

—Me lo regaló Angelo —repuso casi con indiferencia mientras abría la puerta, como si estuviera hablando de una cajetilla de tabaco o de algo nimio.

«¡Esta se me come el terreno!», pensó Montalbano, furioso tanto por el hecho de que se le hubiera ocurrido un tópico como por el de que el tópico obedeciera en definitiva a la verdad.

—Debió de costarle mucho dinero.

—Supongo que sí. Tendré que venderlo cuanto antes.

Lo hizo pasar al salón.

—¿Por qué?

—Porque resulta demasiado caro para mi bolsillo. A ratos consume casi tanto como un avión. ¿Sabe una cosa? Cuando Angelo me lo regaló, para aceptarlo le puse una condición: que cada mes me abonara los gastos de la gasolina y el garaje. El seguro ya lo había pagado.

—¿Y él lo hizo?

—Sí.

—Tengo una curiosidad: ¿cómo se lo pagaba? ¿Con cheques?

—No; en efectivo.

Maldita sea, había perdido una buena ocasión de averiguar si Angelo tenía cuentas en otros bancos.

—Oiga, comisario, voy a preparar el café y después me cambio. Si usted entretanto quiere refrescarse un poco...

Lo acompañó a un cuartito de baño para invitados justo al lado del comedor.

Montalbano se lo tomó con calma, se quitó la chaqueta y la camisa y colocó la cabeza bajo el grifo. Cuando regresó al salón, ella todavía no estaba. Volvió cinco minutos después con el café. Se había duchado rápidamente y puesto una especie de bata que le llegaba hasta medio muslo. Y nada más. Iba descalza. Las piernas, ya largas de por sí, parecían interminables saliendo directamente de aquella bata roja. Piernas nerviosas, ágiles, de bailarina o deportista. Y lo bueno era, de eso Montalbano se dio cuenta enseguida, que en ella no había el menor deseo, la menor intención de seducir. No le parecía en modo alguno inconveniente presentarse de aquella manera ante un hombre al que apenas conocía. Como si le estuviera leyendo el pensamiento, Elena le dijo:

—Estoy a gusto con usted. Me encuentro a mis anchas. Sin embargo, no debería ser así.

—Ya.

Él también se sentía a gusto. Demasiado. Y no era por el caso. Fue Elena la que una vez más insistió en el tema.

—¿Y bien? ¿Esas preguntas?

—Aparte del coche, ¿Angelo le hizo otros regalos?

—Sí, y también bastante caros, por cierto. Joyas. Si quiere se las enseño.

—No hace falta, gracias. ¿Su marido lo sabía?

—¿Lo de los regalos? Sí. Por otra parte, una sortija habría podido esconderla, pero un coche como ese...

—¿Por qué?

Ella lo comprendió al vuelo. Era de una inteligencia peligrosa.

—¿Usted jamás le ha hecho regalos a su novia?

Montalbano se molestó. Livia no tenía que entrar ni por equivocación en las sórdidas y mezquinas historias sobre las cuales él investigaba.

—Olvida un detalle.

—¿Cuál?

Quiso ser deliberadamente ofensivo.

—Que esos regalos eran una forma de pagar sus servicios.

Había tenido en cuenta las posibles reacciones de la mujer, pero no que se echara a reír.

—A lo mejor Angelo sobrevaloraba mis servicios, tal como usted dice. Puede creerme, no soy una fuera de serie.

—Pues entonces, vuelvo a preguntarle por qué.

—Comisario, hay una explicación y es muy sencilla. Los regalos me los hizo en los últimos tres meses, empezando por el coche. Me parece que la otra vez le dije que en los últimos tiempos en Angelo se había producido... bien, se había enamorado de mí. No quería perderme.

—¿Y usted?

—Me parece que también se lo dije. Cuanto más posesivo se mostraba, tanto más tendía yo a alejarme. Entre otras cosas, no soporto las bridas.

¿No había escrito un antiguo poeta griego una poesía de amor por una yegua de Tracia que precisamente no soportaba las bridas? Pero no era momento de pensar en poesías. Casi a regañadientes, metió una mano en el bolsillo, sacó las tres cartas y las depositó encima de la mesita.

Elena las miró, las reconoció y no dio la menor señal de turbación.

—¿Las ha encontrado en el apartamento de Angelo?

—No.

—¿Dónde?

—Escondidas en el portamaletas del Mercedes.

De repente, tres arrugas: una en la frente, dos a ambos lados de la boca. Por primera vez, pareció sinceramente sorprendida.

—¿Por qué escondidas?

—Pues no sé. Podría aventurar una explicación. A lo mejor Angelo no quería que las leyera su hermana por ciertos detalles que podían colocarlo en una situación embarazosa, ¿comprende?

—Pero ¡¿qué dice, comisario?! ¡Entre ambos reinaba una confianza absoluta!

—Mire, dejemos correr los porqués y los cómo. Las he encontrado en un sobre acolchado debajo de la alfombrilla del maletero. Esa es la situación. Pero la pregunta es otra y usted lo sabe.

—Comisario, estas cartas las escribí prácticamente al dictado.

—¿De quién?

—De Angelo.

Pero ¿qué se había creído aquella mujer? ¿Que podía hacerle tragar la primera chorrada que le pasara por la cabeza? Se levantó, dominado por la furia.

—Mañana a las nueve la espero en la comisaría.

Elena también se levantó. Había palidecido y el sudor le brillaba en la frente.

—No, por favor, en la comisaría no.

Tenía la cabeza inclinada, los puños apretados, los brazos colgando; semejaba una niña que hubiera crecido demasiado y temiera un castigo.

—En la comisaría no vamos a comérnosla, ¿sabe?

—No, no, por lo que más quiera, no.

Una vocecita muy fina que se transformó en pequeños sollozos. Pero ¿es que aquella chica jamás terminaría de sorprenderlo? ¿Qué había de tan terrible en el hecho de presentarse en la comisaría? Tal como se hace con los niños, le colocó una mano bajo la barbilla y le alzó la cabeza. Elena tenía los ojos cerrados, pero el rostro estaba surcado por las lágrimas.

—Bueno, bueno, nada de comisaría, pero no me cuente historias absurdas.

Volvió a sentarse. Ella permaneció de pie, pero se acercó a él y se le puso delante hasta casi rozarle las rodillas con las piernas. ¿Qué esperaba? ¿Qué él le preguntara algo a cambio de no haberla obligado a ir a comisaría? De repente, aspiró el aroma de su piel y experimentó una leve sensación de embotamiento. Se asustó de sí mismo.

—Regrese a su sitio —le dijo severamente, sintiéndose convertido de pronto en un director de escuela.

Elena obedeció. Sentada, tiró con ambas manos de la bata en un vano intento de cubrirse un poco los muslos. Pero en cuanto lo soltó, el tejido subió de nuevo y fue todavía peor.

—Bueno, pues, ¿qué es esa increíble historia de que el propio Angelo, por lo visto, le dictó las cartas?

—Jamás lo seguí con el coche. Entre otras cosas, cuando empezamos a vernos, hacía más de un año que yo no tenía coche. Había sufrido un grave accidente que lo dejó inservible, una pura chatarra. Y no tenía dinero para comprarme otro, ni siquiera de segunda mano. La primera de estas tres cartas, esa donde le digo que lo he seguido hasta Fanara... puede comprobar la fecha, se remonta a hace cuatro meses, y por aquel entonces Angelo todavía no me había regalado el deportivo. Pero para que la historia resultara más verosímil, me dijo que pusiera que él había ido a determinada casa, ahora no recuerdo la dirección, y que yo me había escamado.

—¿Le dijo quién vivía en aquella casa?

—Sí, una tía suya, una hermana de su madre me parece.

Se había tranquilizado, volvía a ser la de siempre. Pero ¿por qué la idea de la comisaría la había asustado tanto?

—Supongamos por un momento que Angelo le hubiera sugerido escribir estas cartas.

—¡Pero si es verdad!

—Y yo la creo, provisionalmente. Está claro que él lo hizo para que otra persona las leyera. ¿Quién?

—Su hermana Michela.

—¿Cómo puede estar tan segura?

—Porque él mismo me lo dijo. Procuraría que cayeran bajo sus ojos, pero como por casualidad. Por eso me ha extrañado que las tuviera en el maletero del Mercedes. Allí difícilmente habría podido encontrarlas Michela.

—¿Qué pretendía obtener Angelo de Michela después de la lectura de las cartas? En resumen, ¿para qué tenían que servir? ¿Usted se lo preguntó?

—Claro.

—¿Qué explicación le dio?

—Me dio una explicación absolutamente estúpida. Me dijo que le servirían para demostrarle a Michela que yo lo amaba con locura, al contrario de lo que ella decía. Y yo fingí darme por satisfecha con esa explicación porque, en el fondo, aquella historia me importaba un bledo.

—¿Cree que el motivo era otro?

—Sí. Disponer de más espacio.

—¿Puede explicarse mejor?

—Lo intentaré. Verá, comisario, Michela y Angelo estaban muy unidos. Por lo que he conseguido saber, cuando su madre se encontraba bien, Michela se quedaba a dormir a menudo en casa de su hermano, iba a todas partes con él, sabía en todo momento dónde estaba. Lo controlaba. En determinado momento, él debió de cansarse, o bien sintió la necesidad de disponer de mayor libertad de movimientos. Y yo, con mis fingidos pero apremiantes celos, era una buena coartada para que él pudiera moverse sin tener que llevar a su hermana a remolque. Las otras dos cartas me las dictó antes de dos viajes que hizo, uno a Holanda y otro a Suiza. Tal vez fueron un pretexto para evitar que su hermana lo acompañara.

¿Cuadraba el motivo por el cual ambos se habían puesto de acuerdo a propósito de las cartas? Cuadraba, aunque de una manera torcida, más retorcida que el rabo de un cerdo. Pero la hipótesis de la verdadera finalidad apuntada por Elena resultaba convincente.

—Dejemos momentáneamente a un lado las cartas. Nosotros, desde luego, hemos llevado a cabo unas investigaciones en abanico y...

—¿Puedo? —lo interrumpió ella, señalando el sobre de la mesita.

—Claro.

—Siga, lo escucho —dijo Elena mientras sacaba una carta y empezaba a leer.

—... y de esa manera, hemos averiguado ciertas cosas acerca de su marido.

—¿Sobre lo que le ocurrió con su primer matrimonio? —preguntó ella sin dejar de leer.

¡Un cuerno pisar el terreno, aquella chica estaba haciendo que la tierra se abriera bajo sus pies!

De repente, Elena echó la cabeza atrás y rompió a reír.

—¿Qué le resulta tan gracioso?

—¡El tric-troc! ¡Cualquiera sabe lo que habrá pensado usted!

—No he pensado nada —replicó, ruborizándose levemente.

—Es que yo tengo el ombligo muy sensible y entonces...

Montalbano acabó de sonrojarse. ¡El ombligo sensible que a ella le encantaba que le besaran y lamieran! Pero ¿es que estaba loca? ¿No comprendía que aquellas cartas podían enviarla a la cárcel con una condena de treinta años? ¡Tric-troc un cuerno!

—Volviendo a su marido...

—Emilio me lo ha contado todo —dijo Elena, dejando la carta—. Perdió la cabeza por aquella antigua alumna suya, Maria Coxa, y se casó con ella esperando un milagro.

—¿Qué milagro, perdone?

—Comisario, Emilio siempre ha sido impotente.

La brutal sinceridad de la chica fue como una piedra caída del cielo, de esas que te golpean en mitad de la frente y tú no comprendes de dónde han salido. Montalbano abrió y cerró la boca sin conseguir pronunciar palabra.

—Emilio no le había dicho nada a Maria. Pero al cabo de algún tiempo, ya no pudo encontrar ninguna excusa para ocultar su desgracia. Y entonces llegaron a un pacto.

—Espere un momento, por favor. Pero ¿la señora no podía pedir la anulación, qué sé yo, el divorcio? ¡Todos le habrían dado la razón!

—Comisario, Maria era muy pobre, su familia había pasado hambre para darle estudios. Mejor el pacto.

—¿En qué consistía?

—En que Emilio le buscaría a un hombre con quien acostarse. Y la presentó a un compañero profesor de Gimnasia, con quien previamente se había puesto de acuerdo.

Montalbano alucinaba. Por muchas cosas que hubiera visto y vivido a lo largo de tantos años de policía, las historias de sexo y cuernos jamás dejaban de sorprenderlo.

—En pocas palabras, ¿le ofreció a su mujer?

—Sí, pero con una condición. Los encuentros entre Maria y el compañero debían serle comunicados con antelación.

—¡Virgen santísima! ¿Y eso por qué?

—Porque de esa manera, a sus ojos, la cosa ya no era una traición.

Pues sí. Desde cierto punto de vista, el razonamiento del profesor Emilio Sclafani discurría con más suavidad que la seda. Por otra parte, ¿no era de

Sclafani o de por allí un tal Luigi Pirandello?

—¿Cómo explica entonces que el compañero corriera el peligro de acabar asesinado?

—Emilio no había sido informado acerca de aquel encuentro. Era una reunión, cómo decirlo, de carácter clandestino. Y Emilio reaccionó como un marido que sorprende a la mujer en flagrante adulterio.

El juego de los papeles. ¿No era ese el título de una comedia del susodicho Pirandello?

—¿Puedo hacerle una pregunta personal?

—Con usted no tengo demasiado pudor.

—¿Su marido le confesó que era impotente antes del matrimonio o después?

—Antes. A mí me lo dijo antes.

—¿Y usted aceptó a pesar de todo?

—Sí. Me dijo también que podría tener otros hombres. Con discreción, naturalmente, y con la condición de que lo mantuviera siempre informado de todo.

—¿Y usted ha cumplido el compromiso?

—Sí.

Montalbano pensó que aquello sí era una trola. Pero la cosa no le pareció demasiado importante. Si Elena se veía clandestinamente con alguien sobre el cual no informaba a su marido, allá ella.

—Mire, Elena, me veo en la obligación de ser más explícito.

—Faltaría más.

—¿Por qué una espléndida muchacha como usted, sin duda muy cortejada y deseada, acepta casarse con un hombre que no es rico, es mucho mayor que ella y, encima, no puede...?

—Comisario, ¿se ha imaginado alguna vez azotado por las olas de un temporal porque su barca ha naufragado?

—Tengo muy poca imaginación.

—Haga un esfuerzo. Lleva mucho rato nadando, pero ya no puede más. Comprende que está a punto de ahogarse. Y de repente se encuentra con algo que flota y a lo que puede agarrarse. ¿Qué hace? Se agarra. Y no se pregunta si se trata de una tabla de madera mojada o de una balsa provista de radar.

Nueve

—¿A ese extremo había llegado?

—Sí.

Estaba claro que no quería hablar del tema, le resultaba molesto. Pero el comisario no podía pasarlo por alto, necesitaba conocer todo el pasado y el presente de las personas relacionadas con el crimen. Era su oficio, aunque en ciertas ocasiones especiales se sintiera como un inquisidor. Y la situación no le deparaba el menor placer.

—¿Cómo conoció a Emilio?

—Emilio, después del escándalo de Comisini, fue trasladado a Fela. Allí mi padre, que es primo segundo suyo, le habló de mí, de mi situación, del hecho de haberse visto obligado a enviarme a una comunidad especial para menores de edad.

—¿Se drogaba?

—Sí.

—¿Qué edad tenía?

—Dieciséis.

—¿Por qué empezó?

—Usted me hace una pregunta concreta a la que yo no puedo contestar con la misma concreción. Me cuesta explicar por qué empecé. Incluso a mí misma. Quizá fueron varias circunstancias las que contribuyeron a... En primer lugar, la muerte repentina de mamá cuando yo aún no había cumplido los diez años. Después, la absoluta incapacidad de mi padre de querer a nadie, incluida mi madre. Luego la curiosidad. Es la ocasión que se presenta en un momento de debilidad. El compañero de instituto, al que tú creías amar, te empuja a probar...

—¿Cuánto tiempo permaneció en la comunidad?

—Un año. Y Emilio fue a verme tres veces, la primera en compañía de mi padre para conocerme, después por su cuenta.

—¿Y después?

—Me escapé de la comunidad. Cogí un tren y me planté en Milán. Conocí a varios hombres. Al final me fui a vivir con uno de cuarenta años. La policía me detuvo un par de veces. La primera vez me enviaron de nuevo al pueblo y me entregaron a mi padre porque era menor de edad, pero si antes de eso la convivencia ya era dramática, entonces se convirtió en algo imposible. Luego volví a largarme. Regresé a Milán. Cuando me detuvieron por segunda vez...

Se bloqueó, palideció, experimentó un ligero temblor, tragó saliva.

—Ya basta —dijo Montalbano.

—No. Quiero explicarle por qué... La segunda vez, mientras los agentes me llevaban en coche a la comisaría, les propuse un trueque. Ya se puede imaginar cuál. Primero fingieron no aceptar, «tienes que venir a la comisaría», repetían. Yo seguía suplicándoles, y cuando comprendí que disfrutaban haciéndose de rogar porque sabían que podían disponer de mí a su gusto, monté el número, me eché a llorar, me arrodillé allí mismo, dentro del coche. Finalmente aceptaron y me llevaron a un lugar apartado. Fue... terrible. Me utilizaron durante varias horas a su antojo y como nunca. Pero lo peor fue su desprecio, su sádica voluntad de humillarme... Al final, uno de ellos me orinó en la cara.

—Se lo ruego, ya basta —repitió Montalbano en voz baja.

Experimentaba una profunda vergüenza por su condición de hombre. Sabía que la chica no se estaba inventando lo que decía; por desgracia, era algo que le había ocurrido. Pero al mismo tiempo, no comprendía del todo por qué, ante el simple hecho de oír la palabra comisaría, Elena por poco se había desmayado.

—¿Por qué la detenían?

—Prostitución. —Lo dijo con la mayor naturalidad, sin avergonzarse, sin dar la menor muestra de sentirse incómoda. Era una cosa que había hecho, como tantas otras—. Cuando andábamos escasos de dinero —añadió—, mi amigo me obligaba a prostituirme. Con discreción, naturalmente. No en la calle. Pero hubo redadas y dos veces me pillaron.

—¿Cómo volvió a encontrar a Emilio?

Ella esbozó una sonrisita que Montalbano no comprendió de inmediato.

—Comisario, ahora toda la historia se convierte en un cómic, un culebrón centrado en los buenos sentimientos. ¿De verdad quiere que se la cuente?

—Sí.

—Hacía unos seis meses que yo había regresado a Sicilia. Justo el día en que cumplía veinte años, entré en un supermercado con la intención de robar algo con que celebrarlo. Pero en cuanto miré alrededor, me crucé con la mirada de Emilio. No me veía desde la época de la comunidad y, sin embargo, me reconoció enseguida. Y lo más curioso fue que yo también lo reconocí a él. ¿Qué le voy a decir? Desde entonces, ya jamás me abandonó. Hizo que me desintoxicara y me cuidó. Durante años se ha ocupado de mí con una entrega y un afecto que no tengo palabras para describir. Hace cuatro años me pidió que me casara con él. Y eso es todo.

Montalbano se levantó y se guardó las cartas en el bolsillo.

—He de irme.

—¿No puede quedarse un poco más?

—Por desgracia, tengo un compromiso en Montelusa.

Elena se levantó, se acercó a él, inclinó ligeramente la cabeza y rozó un instante con sus labios los de Montalbano.

—Gracias —dijo.

Acababa de entrar en la comisaría cuando el repentino grito de Catarella lo dejó paralizado.

—¡*Dottori!* ¡Lo jodííííí!

—¿A quién jodiste, Catarè?

—¡Al guardia de paso, *dottori!*

En el interior de su trastero, Catarella parecía un oso bailarín, brincaba de alegría apoyando su peso alternativamente sobre un pie y sobre el otro.

—¡Encontré la palabra! ¡La escribí y el guardia *disapareció!*

—Ven a mi despacho.

—¡Ahora *inmediatísimamente*, *dottori!* Pero primero *tingo* que imprimir el *fail*.

Mejor quitarse de en medio; las personas que entraban y salían de la comisaría los estaban mirando un tanto desconcertadas.

Antes de dirigirse a su despacho, Montalbano se asomó al de Augello, quien, cosa rara, estaba allí. Se ve que el chiquillo se encontraba bien.

—¿Qué quería esta mañana Liguori?

—Sensibilizarnos.

—¿Y eso qué significa?

—Que tenemos que apuntar más arriba.

—¿O sea?

—Que tenemos que profundizar un poco más.

Montalbano perdió la paciencia.

—Mimì, como no hables claro, ¿sabes a qué profundidad te voy a hundir?

—Salvo, en las altas esferas de Montelusa parece que no están contentos con nosotros por lo que respecta a nuestra aportación a la lucha contra el trapicheo.

—Pero ¿qué están diciendo? ¡Pero si en el último mes hemos metido a seis camellos en chirona!

—No basta, según ellos. Liguori ha dicho que nosotros solo hacemos pequeño cabotaje.

—¿Y cuál sería el grande?

—No limitarse a detener de vez en cuando a algún camello, sino actuar siguiendo un plan concreto, facilitado naturalmente por él, que permita identificar a los mayoristas.

—Pero ¿eso no le corresponde a él? ¿No es el jefe de la lucha contra la droga? ¿Por qué viene a tocarnos los cojones a nosotros? Él se hace su plan y, en lugar de pasárnoslo a nosotros, lo pone en práctica con sus hombres.

—Salvo, parece que, basándose en sus investigaciones, uno de los mayoristas más importantes se encuentra entre nosotros, en Vigàta. Y quiere nuestra colaboración.

Montalbano se pasó un rato mirándolo con expresión pensativa.

—Mimì, esta historia me huele a chamusquina. Hemos de hablar de eso, pero ahora no tengo tiempo. Quiero ver una cosa con Catarella y después debo ir corriendo a Montelusa porque me ha convocado el jefe.

Catarella lo esperaba delante de la puerta de la estancia, bailando todavía como un oso. Entró detrás de él y depositó sobre la mesa dos hojas impresas. El comisario las examinó y no entendió nada. Eran una serie de números de seis cifras escritos el uno debajo del otro, y a cada número, correspondía otro número:

213452 136000
431235 235000

y así sucesivamente. Comprendió que para estudiar la cuestión tendría que quitarse de encima a Catarella; su danza tribal estaba empezando a atacarle los nervios.

—¡Muy bien! ¡Felicidades, Catarella!

El otro, de oso se transformó en pavo real: como no tenía cola para hacer la rueda, levantó y estiró los brazos, extendió los dedos y giró sobre sí mismo.

—¿Cómo encontraste la contraseña?

—¡Ah, *dottori, dottori!* Loco me volvió el muerto, ¡hay que ver lo listo que era el muerto! La palabra era de ella, de la *hirmana* del muerto, que se llama Michela, junto con el día, mes y año del nacimiento de la *hirmana* suya del muerto escrito sin números, todo letras.

Puesto que, a causa de la alegría de haber hallado la solución, Catarella dijo la frase de corrido, el comisario comprendió apenas lo suficiente.

—Me parece recordar que me dijiste que se necesitaban tres contraseñas...

—Sí, *siñor dottori*. El trabajo es continuado.

—Muy bien pues, ve a continuarlo. Y gracias una vez más.

Catarella se tambaleó visiblemente.

—¿Te da vueltas la cabeza?

—Un poquito, *dottori*.

—¿Te encuentras bien?

—Sí, *siñor*.

—Pues entonces, ¿por qué te da vueltas la cabeza?

—Porque usía *mi* ha dado las gracias, *dottori*.

Se retiró del despacho como si estuviera borracho. Montalbano echó otro vistazo a las dos hojas. Pero como ya era hora de irse a Montelusa, se las guardó en el bolsillo donde ya llevaba el librito de las canciones. El cual era, habría podido jurarlo, la clave para comprender algo acerca de todos aquellos números.

—¡Queridísimo amigo! ¿Qué tal, qué tal va todo? ¿En casa todos bien?

—Muy bien, *dottor* Lattes.

—Siéntese, por favor.

—Gracias, *dottore*.

Se sentó. Lattes lo miró y él miró a Lattes. Lattes le sonrió y él también lo hizo.

—¿A qué debemos el placer de su visita?

Montalbano se quedó de piedra.

—La verdad es que tenía... el señor jefe superior me había...

—¿Ha venido para la convocatoria? —preguntó sorprendido.

—Pues sí.

—Pero ¿cómo? ¿El responsable de la centralita, Cavarella...?

—Catarella.

—¿No lo ha advertido? Yo he llamado a última hora de la mañana para comunicarle que el señor jefe superior había tenido que irse a Palermo y que lo espera mañana a esta misma hora.

—No, no he sido advertido.

—¡Pero eso es gravísimo! ¡Tiene usted que tomar medidas!

—Las tomaré, no le quepa la menor duda, *dottore*.

¿Qué coño de medidas se podían tomar con Catarella? Era lo mismo que enseñar a un cangrejo a caminar recto.

Puesto que ya estaba en Montelusa, decidió visitar a su amigo el periodista Nicolò Zito. Aparcó delante de la sede de Retelibera, y en cuanto entró, la secretaria le dijo que Zito disponía de un cuarto de hora antes de salir en antena con el telediario.

—Hace un montón de tiempo que no das señales de vida —le dijo Nicolò en tono de reproche.

—Perdóname, pero he tenido mucho que hacer.

—¿Puedo ayudarte en algo?

—No, Nicolò. Simplemente me apetecía verte.

—Oye, ¿tú le estás echando una mano a Giacobuzzo en la investigación del asesinato de Angelo Pardo?

El jefe de la móvil había tenido la amabilidad de no desmentir que le habían confiado la investigación, y de ese modo le había ahorrado a Montalbano la molestia del acoso de los periodistas. Pero, aun así, al comisario le dolió decirle una trola a su amigo.

—Ninguna mano, tú ya sabes cómo es Giacobuzzo. ¿Por qué lo preguntas?

—Porque a Giacobuzzo no hay manera de arrancarle una palabra ni siquiera con tenazas.

Claro, el jefe de la Brigada Móvil no hablaba con los periodistas porque no tenía nada de que hablar.

—Sin embargo —añadió Zito—, creo que, teniendo en cuenta lo que ahora está ocurriendo, alguna idea tendrá.

—¿Qué está ocurriendo?

—Pero ¿es que no lees los periódicos?

—No siempre.

—Una investigación en toda Italia ha puesto bajo sospecha a más de cuatro mil profesionales, entre médicos y farmacéuticos.

—Sí, pero ¿eso qué tiene que ver?

—¡Piensa un poco, Salvo! ¿Cuál era el oficio del exmédico Angelo Pardo?

—Era informador médico-científico.

—Precisamente. Y se acusa a los médicos y farmacéuticos de compadreo.

—¿Y eso qué significa?

—Significa que se han dejado corromper por algunos informadores médico-científicos. A cambio de dinero u otros regalos, esos médicos y farmacéuticos elegían y recetaban los medicamentos que les indicaban los informadores. Y cuando tal cosa ocurría, eran generosamente recompensados. ¿Tienes claro el mecanismo?

—Sí. Los informadores no se limitaban a informar.

—Exacto. Claro que no todos los médicos son corruptos y no todos los informadores son corruptores, pero se ha descubierto que el fenómeno está muy extendido. Y como es natural, están implicadas poderosas industrias farmacéuticas.

—¿Y tú crees que Pardo puede haber sido asesinado por eso?

—Salvo, ¿te das cuenta de los intereses que hay detrás de un asunto como este? De todos modos, yo no creo nada. Digo simplemente que es un aspecto que merece la pena profundizar.

Bien mirado, pensó el comisario mientras regresaba a Vigàta circulando a diez kilómetros por hora, el desplazamiento a Montelusa no había sido inútil, pues la sugerencia de Nicolò era un camino en el que no había pensado en absoluto y que, sin embargo, convenía tomar en consideración. Pero ¿cómo actuar? No iba a abrir la agenda más grande de Angelo, aquella en que figuraban el nombre, la dirección y el teléfono de médicos y farmacéuticos, levantar el auricular y ponerse a preguntar: «Disculpe, ¿usted no se habrá dejado corromper por casualidad por el informador-médico Angelo Pardo?».

Semejante proceder no le habría permitido llegar a ningún resultado. Quizá debiera pedir que le echara una mano alguien con experiencia en esa clase de investigaciones.

Nada más llegar al despacho, llamó a la comandancia de la Policía Judicial.

—Soy el comisario Montalbano. Quisiera hablar con el capitán Aliotta.

—Le paso enseguida al mayor.

Se ve que lo habían ascendido.

—¡Querido Montalbano!

—Enhorabuena, no me había enterado del ascenso.

—Gracias. Ya hace un año.

Reproche implícito: hace un año que no das señales de vida.

—Quería saber si el comandante en jefe Laganà está todavía en activo.

—Por poco tiempo.

—Puesto que algunas veces me ha prestado una considerable ayuda, quería preguntarle si podía, con tu permiso, naturalmente...

—Pues claro. Te lo paso, estará encantado.

—¿Laganà? ¿Todo bien? ¿Dispondría de una media horita para mí? ¿Sí? No sabe cuánto se lo agradezco. No, no; puedo ir a verlo a Montelusa. ¿Mañana sobre las dieciocho treinta le iría bien?

En cuanto colgó, entró Mimì Augello con expresión sombría.

—¿Qué te pasa?

—Me ha llamado Beba y dice que cree que Salvuccio está un poco alterado.

—¿Sabes una cosa, Mimì? Los que estáis alterados sois tú y Beba, y de tanto alteraros, a ese chiquillo vais a volverlo loco. Para su cumpleaños, le regalo una camisa de fuerza chiquitita a medida para que se vaya acostumbrando desde pequeño.

A Mimì no le hizo gracia la ocurrencia, y su rostro, de sombrío que estaba, se puso decididamente negro.

—Vamos a cambiar de tema, ¿te parece? ¿Qué quería el jefe?

—No nos hemos visto; tuvo que irse a Palermo.

—Explícame la historia de por qué la venida de Liguori te huele a chamusquina y no te convence.

—Explicar una sensación resulta muy difícil.

—Inténtalo.

—Mimì, Liguori se presenta aquí a toda prisa a raíz de la muerte del senador Nicotra por droga en Vigàta, aunque eso no hay que decirlo. Creo que tú también lo has pensado. Antes que Nicotra habían muerto otros dos, pero ellos se presentan a toda prisa solo después de la muerte del senador. La pregunta es: ¿con qué propósito?

—No te he entendido —repuso Augello perplejo.

—Lo diré más claro. Esos quieren averiguar quién vendió al senador la sustancia, digamos adulterada, para evitar que otros del mismo nivel que el senador, gente importante como él, acaben de la misma manera. Es evidente que los están presionando.

—¿Y no crees que hacen bien?

—Hacen muy bien. Solo que hay un problema.

—¿Cuál?

—Que oficialmente Nicotra falleció por causas naturales. Por consiguiente, el que le vendió la droga no es responsable de su muerte. Si, en cambio, nosotros lo detenemos, se descubrirá que vendía droga no solo al senador, sino también a otros amiguitos suyos, políticos, empresarios, gente de las altas esferas. Un escándalo. Un follón de órdago.

—¿Y entonces?

—Entonces, cuando lo detengamos y se descubra todo el pastel, nosotros también nos veremos metidos en el jaleo. Nosotros que lo hemos detenido, no Liguori y compañía. Uno nos dirá que podríamos haber actuado con más prudencia, otro nos acusará de ser como los jueces de Milán, todos comunistas que querían destruir el sistema... Resumiendo, el jefe superior y Liguori se protegerán las espaldas y a nosotros nos harán un culo tan grande como el túnel del Simplón.

—Pues entonces, ¿qué tenemos que hacer?

—¿Tenemos? Mimì, Liguori ha hablado contigo, que eres el astro ascendente de la comisaría. Yo no pinto nada.

—Muy bien pues. ¿Qué tengo que hacer?

—Atente a la mejor tradición.

—¿O sea?

—Tiroteo. Vosotros estabais procediendo a la detención, el otro ha abierto fuego, vosotros habéis reaccionado y os habéis visto obligados a matarlo.

—¡Anda ya!

—¿Por qué?

—En primer lugar, porque esa manera de actuar no es propia de mí, y en segundo, jamás se ha visto que un camello, aunque sea de los gordos, intente impedir que lo detengan poniéndose a disparar.

—Tienes razón. Pues entonces, siguiendo también la tradición, tú lo detienes, pero no lo llevas enseguida ante el juez. Haces saber discretamente a todo el mundo que vas a tenerlo aquí dos o tres días. A la mañana del tercer día, lo mandas trasladar a la cárcel. Entretanto, los otros han tenido todo el tiempo del mundo para organizarse, y lo único que tú habrás de hacer es sentarte a esperar.

—Pero ¿a esperar qué?

—Que le lleven el café a la cárcel. Un café del bueno. Como el de Gaspare Pisciotta o el de Michele Sindona. Y de esta manera, es evidente que el detenido ya no podrá revelar la lista de sus clientes. Y todos fueron felices y comieron perdices. Y colorín colorado este cuento se ha acabado.

Mimì, que hasta ese momento había permanecido de pie, se sentó de golpe.

—Oye, vamos a hablar un poco.

—Ahora no. Piénsalo esta noche. Total, Salvuccio no te dejará dormir. Volveremos a hablar mañana cuando tengamos la cabeza más despejada. Es mejor. Y ahora vete, que he de hacer una llamada.

Augello se retiró perplejo y aturdido.

—¿Michela? Soy Montalbano. ¿La molesto si paso por su casa cinco minutos? No, ninguna novedad. Solo para... De acuerdo, dentro de un cuarto de hora estoy ahí.

Diez

Llamó al portero automático, entró y subió. Michela lo esperaba en la puerta, vestida como el día que Montalbano la conoció.

—Buenas tardes, comisario. Me había dicho que hoy no podría pasar por mi casa, ¿verdad?

—En efecto. Pero es que la reunión con el jefe superior se ha anulado y entonces... —¿Por qué no lo invitaba a entrar?—. ¿Su madre cómo está?

—Mejor, dadas las circunstancias. Hasta el punto de que la tía ha podido convencerla de que se fuera a dormir a su casa.

No se decidía a invitarlo a pasar.

—Quería decirle que, sabiendo que yo estaba sola, una amiga mía ha venido a verme. Está aquí. Puedo pedirle que se vaya, si usted quiere. Pero puesto que no tengo nada que ocultarle, usted puede comportarse como si ella no estuviera delante.

—¿Me está diciendo que puedo hablar abiertamente delante de esta amiga suya?

—Exacto.

—En tal caso, por mí no hay problema.

Solo entonces Michela se apartó para dejarlo pasar.

Lo primero que vio el comisario al entrar en el salón fue una gran mata de cabello pelirrojo.

«¡Paola la Roja!», la amante de Angelo sustituida por Elena.

Si se la miraba bien, Paola Torrisi-Blanco era una cuarentona, pero por su aspecto a primera vista, habría podido quitarse de encima tranquilamente diez años. Una guapa mujer, no cabía duda, estaba claro que a Angelo le gustaban las de primera categoría.

—Si estoy de más... —dijo Paola levantándose y tendiéndole la mano al comisario.

—¡No, por favor! —contestó él ceremoniosamente—. Además, me ahorra usted un viaje a Montelusa.

—Ah, ¿sí? ¿Y eso por qué?

—Porque pensaba mantener una charla con usted.

Los tres se sentaron e intercambiaron unas mudas sonrisas de complacencia. Una agradable reunión entre amigos. Transcurrido el tiempo necesario, Montalbano empezó por Michela.

—¿Qué tal ha ido con el fiscal Tommaseo?

—¡No me hable! Ese hombre es un... solo tiene una cosa metida en la cabeza... te hace cada pregunta... es muy violento.

—¿Qué te ha preguntado? —inquirió Paola con picardía.

—Después te lo digo.

Montalbano se imaginó la escena. Tommaseo, perdido en el mar de la mirada de Michela, con la cara colorada y la respiración afanosa, tratando de imaginar la forma de sus tetas bajo el vestido de penitente, que le pregunta: «¿Tiene usted alguna idea de por qué su hermano la tenía toda fuera mientras lo mataban?».

—¿Le ha dicho Tommaseo cuándo podrán celebrar el entierro?

—No antes de tres días. ¿Hay alguna novedad?

—¿En la investigación? En estos momentos todo está detenido. Y he venido precisamente para ver si adelantamos un poco.

—Estoy a su disposición.

—Michela, si lo recuerda, cuando le pregunté cuánto ganaba su hermano, usted me contestó que llevaba a casa lo necesario para mantener debidamente a tres personas y dos apartamentos. ¿Es así?

—Sí.

—¿Podría ser más concreta?

—No es fácil, comisario. No se trataba de ingresos fijos ni de sueldos mensuales, sino que eran variables. Él tenía un mínimo garantizado, el reembolso de los gastos y un porcentaje sobre los productos que conseguía que le aceptaran. De vez en cuando cobraba también primas de productividad. Pero eso no sabría traducirlo en cifras.

—Tengo que hacerle una pregunta delicada. Usted me ha dicho que Angelo le hacía a Elena regalos muy caros. Me lo ha confirmado la...

—¿La puta? —terminó Michela por él.

—¡Toma ya! —exclamó Paola, riendo.

—¿Y por qué no tendría que llamarla así?

—No me parece que venga al caso.

—¡Pero si durante algún tiempo lo hizo de verdad! Comisario, cuando Elena todavía era menor de edad se escapó a Milán...

—Lo sé todo —la cortó él.

Aunque Elena le hubiera confiado a Angelo sus andanzas juveniles, era difícil que él se lo hubiese revelado a su hermana. Por lo visto, Michela había tenido el valor de recurrir a alguna agencia para obtener información acerca de la amante de su hermano.

—En cualquier caso, a mí jamás me hizo un regalo —terció Paola—. Mejor dicho, una vez me regaló unos pendientes comprados en un tenderete callejero de Fela. Tres mil liras recuerdo que le costaron, el euro todavía no existía.

—Volvamos al tema que me interesa —dijo Montalbano—. Para hacerle esos regalos a Elena, ¿Angelo sacaba el dinero de la cuenta común de ustedes dos?

—No —contestó Michela con firmeza.

—Pues entonces, ¿de dónde lo sacaba?

—Cuando recibía alguna gratificación o alguna prima de productividad en cheques, las cobraba y se guardaba el dinero en efectivo en casa. En cuanto alcanzaban cierta suma, le compraba un regalo a esa...

—Por consiguiente, ¿usted descarta que tuviese una cuenta personal en algún banco que usted no conociera?

—Lo descarto.

Rápida, firme, decidida. Quizá demasiado rápida, demasiado firme, demasiado decidida.

¿Sería posible que jamás la hubiera asaltado la menor duda? O quizá sí la había asaltado, y de qué manera, pero puesto que con ello habría podido dar lugar a que surgiera alguna sospecha, alguna sombra acerca de su hermano, prefería negarlo.

Montalbano inició una maniobra de rodeo de aquella posición fortificada. Se dirigió a Paola.

—Acaba de decir que Angelo le compró un par de pendientes en Fela. ¿Por qué en Fela? ¿Acaso usted lo acompañaba?

Paola esbozó una leve sonrisa.

—A mí, a diferencia de lo que ocurría con Elena, me permitía acompañarlo a menudo en sus recorridos por la provincia.

—¡La otra no hacía falta que lo acompañara porque ella misma lo seguía!
—saltó Michela.

—En caso de que yo estuviera libre de mis compromisos escolares, naturalmente —terminó Paola.

—¿Lo vio entrar alguna vez en algún banco?

—Que yo recuerde, no.

—¿Mantén relaciones de amistad con algunos de los médicos o farmacéuticos a quienes iba a ver?

—No entiendo.

—Entre sus llamémoslos clientes, ¿había alguno con quien mantuviera relaciones más amistosas?

—Verá, comisario, yo no los conocía a todos. Angelo me presentaba como su novia. Y en cierto sentido, era verdad. Aunque tengo la impresión de que trataba así a todas.

—Cuando la llevaba consigo, ¿estaba usted presente en todas sus entrevistas?

—No. Algunas veces me decía que me quedara en el coche o que fuera a dar un paseo.

—¿Le explicaba por qué motivo?

—Pues no sé, bromeaba al respecto. Decía que debía entrevistarse con un médico joven y guapo y temía que... o bien me explicaba que se trataba de un médico ultracatólico y mojigato que no habría aprobado mi presencia...

—Comisario —terció Michela—. Mi hermano establecía una neta distinción entre los amigos y las personas con las cuales mantenía relaciones de negocios. No sé si ha observado que guardaba dos agendas en el cajón, una con las direcciones de los amigos y familiares y otra...

—Sí, lo he observado —respondió. Y se dirigió a Paola—: Me parece que usted enseña en el liceo de Montelusa, ¿verdad?

—Sí. Lengua y literatura italianas. —Esbozó otra sonrisita—. Ya entiendo adónde quiere ir a parar. Emilio Sclafani no solo es compañero mío sino que, además, somos en cierto modo amigos. Una vez invité a cenar a Emilio y su joven esposa. También estaba presente Angelo. Fue entonces cuando empezó todo entre ellos.

—Oiga, Elena me ha dicho que su marido lo sabía todo acerca de su relación con Angelo. ¿Usted estaría casualmente en condiciones de confirmarlo?

—Así es. A tal punto que ocurrió una cosa de lo más absurda.

—¿O sea?

—Me enteré de que Angelo se había convertido en el amante de Elena precisamente a través de Emilio; su mujer se lo había dicho unas horas antes. No podía creérmelo, pensé que Emilio quería gastarme una broma pesada. Al día siguiente, Angelo me llamó para decirme que, durante algún tiempo, no podríamos vernos. Entonces estallé y le repetí lo que me había dicho Emilio. Lo confirmó, tartamudeando. Sin embargo, me suplicó que tuviera paciencia, que se trataba de un capricho pasajero... Pero yo me mostré inflexible. Y ahí fue donde terminó mi historia con él.

—¿Ya no volvieron a verse?

—No. Y jamás volvimos a hablarnos.

—¿Usted conservó su amistad con el profesor Sclafani?

—Sí, pero no lo invité a cenar nunca más.

—¿Lo ha visto después de la muerte de Angelo?

—Sí. Precisamente esta misma mañana.

—¿Cómo lo ha encontrado?

—Trastornado.

Montalbano no esperaba una respuesta tan rápida.

—¿En qué sentido?

—Comisario, no vaya a hacerse una idea equivocada. Emilio está trastornado porque su mujer ha perdido a su amante, eso es todo. A lo mejor Elena le había revelado lo mucho que quería a Angelo, lo muy celosa que estaba de él...

—¿Quién le ha dicho que estaba celosa? ¿El profesor?

—Emilio jamás me ha hablado de los sentimientos de Elena por Angelo.

—He sido yo —intervino Michela.

—Me ha hecho también una especie de resumen de las cartas de Elena —añadió Paola.

—Por cierto, ¿las encontró? —preguntó Michela.

—No —mintió Montalbano.

Acerca de aquel tema, adivinaba instintivamente, por simple intuición, que cuanto más enturbiara las aguas, tanto mejor.

—Seguro que ella las destruyó —dijo Michela, convencida.

—¿Con qué objeto? —preguntó el comisario.

—¿Cómo con qué objeto? ¡Esas cartas pueden ser una prueba de cargo!

—Pero verá —dijo Montalbano con cara de angelito inocente—. Elena ha admitido haberlas escrito. Incluidas las expresiones de celos y las amenazas de muerte. Si lo admite, ¿qué razón podría tener para destruirlas?

—Pues entonces, ¿usted a qué espera? —preguntó Michela con su voz especial de papel de lija.

—¿Para qué?

—¡Para detenerla!

—Hay un problema. Elena dice que las cartas las escribió casi al dictado.

—¿De quién?

—De Angelo.

Las mujeres experimentaron dos reacciones completamente distintas.

—¡Guarra! ¡Infame! ¡Mentirosa! —gritó Michela, levantándose de un salto.

Paola, en cambio, se hundió más si cabe en el sillón.

—¿Y qué sacaba Angelo haciéndose escribir cartas de celos? —preguntó, más curiosa que perpleja.

—Eso ni siquiera Elena ha sabido explicármelo —contestó Montalbano, soltando otra trola.

—¡No ha sabido explicárselo porque no es cierto en absoluto! —dijo a voces Michela.

Del papel de lija estaba pasando peligrosamente al empleo de las dos ruedas de molino. Montalbano, que no tenía el menor interés en asistir a otra

escena de tragedia griega, pensó que, por aquella tarde, ya podía darse por satisfecho.

—¿Me ha preparado las direcciones? —le preguntó a Michela.

Ella lo miró desconcertada.

—¿No se acuerda? Las dos mujeres, una me parece que se llamaba Stella.

—Ah, sí. Un momento.

Abandonó la estancia.

Y entonces Paola, inclinándose ligeramente hacia delante, le dijo al comisario en voz baja:

—Tengo que hablar con usted. ¿Me llama a casa mañana por la mañana que no tengo clase? Estoy en la guía.

Michela regresó con una hoja que entregó a Montalbano.

—Aquí tiene la lista de los exámenes de Angelo.

—¿Hay alguna a la que yo no conozca? —preguntó Paola.

—Creo que Angelo no te ocultó nada acerca de su historia amorosa.

Montalbano se puso en pie. Pasaron a las despedidas.

* * *

Se había levantado una humedad tan grande que no era cuestión de permanecer en la galería, por más que estuviese cubierta. El comisario entró y se sentó a la mesa. Total, tanto dentro como fuera el cerebro le funcionaba igual. En efecto, desde hacía media hora se estaba desarrollando en su interior un animado debate centrado en el tema: «En el transcurso de una investigación, ¿un verdadero policía debe tomar apuntes o no?».

Él, por ejemplo, jamás lo había hecho. Y no solo eso, sino que le molestaban los que lo hacían y que, a lo mejor, eran mejores policías que él.

Eso, en el pasado. Porque ahora, desde hacía algún tiempo, experimentaba la necesidad de hacerlo. ¿Y por qué experimentaba esa necesidad? Elemental, querido Watson. Porque había comprendido que estaba empezando a olvidar ciertas cosas importantes. Ay, amigo mío, ilustre comisario, ya hemos llegado a las cinco de la tarde, el punto doloroso de toda aquella cuestión. Uno empieza a olvidar las cosas cuando el peso de la edad comienza a dejarse sentir. ¿Qué decía más o menos un poeta?

*Cómo pesa la nieve en las ramas,
cómo pesan los años en los hombros que amas,
los años de la juventud son años lejanos.*

Quizá fuera más apropiado cambiar ligeramente el título del debate: «En el transcurso de una investigación, ¿un viejo policía debe tomar apuntes o no?».

Teniendo en cuenta la vejez, el hecho de tomar apuntes le parecía a Montalbano menos indecoroso. Lo cual significaba una rendición sin condiciones al avance de la edad. Había que encontrar una solución de compromiso. Entonces se le ocurrió una ingeniosa idea. Tomó pluma y papel y se escribió una carta a sí mismo.

Querido comisario Montalbano:

Sé que en este momento las pelotas le están dando vertiginosas vueltas como consecuencia de cuestiones totalmente personales debidas a la idea de la vejez que llama testaruda a su puerta, pero tengo el gusto por la presente de exigirle el regreso al cumplimiento de sus deberes, exponiéndole algunas observaciones que se refieren a la actual investigación acerca del homicidio de Angelo Pardo.

Primero. ¿Quién era Angelo Pardo?

Un exmédico expulsado del Colegio de Médicos por la historia de un aborto practicado a una chica que él mismo había dejado embarazada (*hablar sin falta con Teresa Cacciatore, que vive en Palermo*).

Empieza a trabajar como informador médico-científico, y gana mucho más de lo que le dice a su hermana: en efecto, hace costosos regalos a su última amante, Elena Sclafani.

Es muy probable que tuviera una cuenta corriente en un banco que no se consigue identificar.

Seguro que tenía una caja blindada más bien grande que no se ha encontrado.

Ha sido asesinado de un disparo en la cara (*¿significa algo?*).

Además, en el momento de su muerte, tenía la polla fuera (*y eso seguro que significa algo, pero ¿qué?*).

Posibles móviles del homicidio:

a) asunto de faldas;

b) siniestro tráfico de compadreo, hipótesis no desdeñable formulada por Nicolò (*verificarlo con el comandante Laganà*).

Utiliza sin duda una clave (*¿para qué?*).

Tiene tres archivos con contraseña. El primero, que Catarella ha conseguido abrir, está todo en clave.

Lo cual significa que Angelo Pardo tenía algo que deseaba mantener cuidadosamente oculto.

Una última nota: ¿por qué las tres cartas de Elena se escondieron debajo de la alfombra del maletero del Mercedes? (*percibo que es un punto de cierta importancia, pero no sé explicarme el porqué*).

Le ruego me disculpe, mi querido comisario, en caso de que este pequeño párrafo dedicado al muerto resulte un tanto desordenado, pero es que he ido escribiéndolo sobre la marcha, a medida que se me iban ocurriendo las cosas, sin seguir una línea lógica.

Segundo. Elena Sclafani.

Se habrá preguntado, naturalmente, por qué escribo el nombre de Elena Sclafani en segundo lugar. Sé muy bien, mi queridísimo amigo, que a usted la chica le hace tilín, tal como suele decirse. Es guapa (guapísima, de acuerdo, no tengo el menor inconveniente en aceptar sus rectificaciones), y usted sería capaz de acuñar moneda falsa con tal de no tener que colocarla en el primer lugar de la lista de sospechosos. Le gusta la sinceridad con que habla acerca de sí misma, pero ¿no le ha pasado por la cabeza la duda de que a veces la sinceridad puede ser un método destinado a obstaculizar el descubrimiento de la verdad, tal como ocurre con el método aparentemente contrario, es decir, el de la mentira? ¿Dice usted que estoy haciendo filosofía?

Pues entonces seré brutalmente policía.

No cabe ninguna duda de que existen unas cartas en las cuales Elena, por celos, amenaza de muerte a su amante.

Elena sostiene que las escribió al dictado de Angelo. Pero no hay ninguna prueba de lo que dice, son tan solo afirmaciones que escapan a cualquier posibilidad de comprobación. Y las explicaciones que da acerca del motivo por el cual Angelo la habría obligado a escribir las cartas son muy, admítalo, mi querido comisario, muy confusas.

Para la noche del homicidio Elena no tiene coartada. (*Cuidado: usted tuvo la impresión de que ella ocultaba algo, ¡no lo olvide!*). Dice que fue a dar una vuelta con el coche, sin rumbo fijo, con el simple propósito de demostrarse que podía prescindir de Angelo. ¿Le parece poco la falta de una coartada precisamente aquella noche?

Acerca de los ciegos celos de Elena, aparte de las cartas, está también la declaración de Michela. Una declaración discutible, es cierto, pero que, delante del fiscal, tendría su peso.

¿Quiere, querido comisario, que le exponga un argumento que sin duda le resultará desagradable? Durante un instante déjeme interpretar el papel del fiscal Tommaseo.

Ya segura de que Angelo la traiciona, loca de celos, Elena se agencia aquella noche un arma, dónde y cómo lo aclararemos más adelante, y permanece al acecho bajo la casa de Angelo. Pero primero ha llamado a su amante, diciéndole que no podrá ir a verlo. Él cae en la trampa, llama a la otra mujer y, para mayor seguridad, sube con ella al cuarto de la azotea. Por razones que quizá descubriremos o quizá no, no hacen el amor. Pero eso Elena no lo sabe. Y en cualquier caso, la cosa es, en cierto sentido, irrelevante. Cuando la mujer se va, Elena entra en el edificio, sube al cuarto de la azotea, discute o no con Angelo y le pega un tiro. Y después, como último ultraje, le baja la cremallera de los tejanos y saca a la luz el objeto, llamémoslo así, de la contienda.

Esta reconstrucción, lo sé muy bien, hace aguas por todas partes. Pero ¿quiere que Tommaseo no moje en ellas el pan? Ese, en una historia así, se tira de cabeza.

La veo en muy mala situación a su Elena, distinguido amigo.

Y usted, permítame que se lo diga, no está cumpliendo con su deber, que sería el

de exponerle la situación al fiscal. Y lo peor es, puesto que me encuentro en la desafortunada circunstancia de conocerlo muy bien, que usted no tiene la menor intención de cumplir con su deber.

No me queda por tanto sino tomar nota de esta su deplorable y parcial manera de actuar.

Y a usted no le queda otro camino que descubrir cuanto antes qué representa la clave contenida en el librito de canciones, a qué se refiere y qué coño significa el primer archivo abierto por Catarella.

Tercero. Michela Pardo.

A pesar de la indudable propensión que manifiesta la mujer hacia la tragedia griega, usted no la considera, a la vista de los datos que obran en su poder, capaz de cometer un fratricidio. Pero no cabe duda de que Michela está dispuesta a lo que sea con tal que no resulte manchado el nombre de su hermano. Y ciertamente sabe mucho más de lo que dice acerca de sus negocios. Entre otras cosas, usted, distinguido amigo, sospecha que Michela ha hecho que desaparezca, aprovechando su simpleza, algo que quizá podría haber sido resolutorio para la investigación.

Y aquí me detengo.

Con mis mejores deseos de éxito, quedo de usted affmo.

SALVO MONTALBANO

Once

A la mañana siguiente sonó el despertador y Montalbano abrió los ojos, pero en lugar de levantarse a toda prisa para evitar malos pensamientos acerca de la vejez, la decrepitud, el Alzheimer y la muerte, permaneció tumbado.

Se había acordado del eximio profesor Emilio Sclafani, a quien todavía no tenía el gusto de conocer personalmente en persona, pero que, aun así, merecía una reflexión. Pues sí, seguro que se merecía un poco de consideración.

En primer lugar, porque era un impotente empeñado en casarse con adolescentes o casi (eso carecía de importancia) que habrían podido ser hijas suyas. Ambas esposas tenían algo en común, a saber, el hecho de que su encuentro con el profesor significó para ellas la posibilidad de salir de una situación cuando menos difícil: la primera pertenecía a una familia de muertos de hambre, la segunda se estaba hundiendo en un negro pozo de prostitución y droga. Casándose con ellas, lo primero que se aseguraba Sclafani era su gratitud. ¿Vamos a utilizar las palabras apropiadas, sí o no? El profesor les hacía una especie de chantaje indirecto: las salvaba de la pobreza y el desorden a condición de que se quedaran con él a pesar de saber cómo era. ¡Nada de la bondad y la comprensión de que hablaba Elena!

En segundo lugar, el hecho de ser él quien señalara con qué hombre podía su primera mujer satisfacer sus naturales necesidades no había sido para nada una señal de generosidad, sino, por el contrario, una refinada manera de sujetarla más fuerte con la correa. Era, entre otras cosas, un medio de cumplir, tal como suele decirse, con el débito conyugal por persona interpuesta, delegada por él para tal fin. Además, la mujer tenía que informarle de cada encuentro y describírselo con todo detalle una vez

finalizado. Tanto es así que, cuando el profesor descubrió un encuentro acerca del cual no había sido informado, la cosa acabó de mala manera.

En cambio, a la segunda mujer, tras su experiencia con la primera, le concedió libertad de elección de compañía masculina, pero siempre con la obligación de información previa acerca del día y la hora de la monta (¿es que la cosa habría podido calificarse de otra manera?).

Pero ¿por qué el ilustre profesor, conociendo el fallo absoluto de su naturaleza, había querido casarse dos veces?

La primera quizá había creído que podría producirse el milagro, para utilizar las palabras de Elena. Pero ¿y la segunda? ¿Cómo es posible que no hubiera sido más sagaz? ¿Por qué no se había casado, pongamos por caso, con una viuda de cierta edad y con los sentidos ya abundantemente satisfechos? ¿Necesitaba sentir a su lado en la cama el perfume de la carne joven? ¿Quién se creía que era, Mao Zedong?

Además, de la conversación mantenida la víspera con Paola la Roja (por cierto, recuerda que quiere que la llames) se desprendió una contradicción que quizá tuviese importancia y quizá no, y que era la siguiente: Elena afirmaba que jamás había querido ir al cine o al restaurante con Angelo para no dar ocasión a que la gente se riera de su marido a sus espaldas, mientras que Paola dijo, en cambio, que quien le había comunicado la noticia de la relación entre su mujer y Angelo era el propio profesor. O sea, que mientras la esposa intentaba evitar por todos los medios que el pueblo se enterara de que le ponía los cuernos a su marido, este no dudaba en proclamar a los cuatro vientos que su esposa se los ponía.

Y encima, según Paola, el profesor parecía trastornado por la muerte violenta del amante de su mujer. ¡Pero cómo se podía aguantar!

Se levantó, se bebió el café, se duchó y afeitó, pero cuando estaba a punto de salir, le entró un ataque de pereza. De repente se le pasaron las ganas de ir al despacho, ver gente y hablar.

Se asomó a la galería: el día era como de porcelana. Adoptó la decisión que le pedía el cuerpo.

—¿Catarella? Soy Montalbano. Esta mañana iré más tarde.

—*Dottori*, ah, *dottori*, quería decirle...

Colgó, cogió las dos hojas que le había imprimido Catarella y el librito de canciones y fue a depositarlo todo en la mesita de la galería.

Volvió a entrar, consultó la guía telefónica, encontró el número que buscaba, lo marcó. Mientras sonaba el teléfono, miró el reloj: las nueve, la hora adecuada para llamar a una profesora que no ha ido a clase.

El teléfono sonó un buen rato sin resultado, y cuando Montalbano ya estaba perdiendo la esperanza, oyó que levantaban el auricular.

—¿Diga? —contestó una voz masculina levemente irritada.

El comisario no lo esperaba y se sorprendió un poco.

—¿Diga? —repitió la voz masculina, esta vez no solo levemente irritada sino también levemente molesta.

—Soy el comisario Montalbano. Quisiera...

—¿Quiere hablar con Paola?

—Sí, si no es...

—Ahora mismo la llamo.

Transcurrieron tres minutos de silencio.

—¿Diga? —dijo una voz femenina que Montalbano no reconoció.

—¿Hablo con la profesora Paola Torrisi-Blanco? —preguntó en tono dubitativo.

—Sí, comisario, soy yo, gracias por llamar.

¡Pero no era la voz de la víspera! Esta era ligeramente ronca, baja, sensual, como de alguien que... Y de pronto comprendió que tal vez las nueve de la mañana no fuese la hora más indicada para una profesora que, estando libre aquel día, tenía otras cosas que hacer.

—Perdón si la he molestado...

Risita de ella.

—No es muy grave. Quería decirle una cosa. Pero por teléfono no me sale. ¿Podríamos vernos? Yo podría ir a la comisaría.

—Esta mañana no voy al despacho. Podríamos vernos a última hora de la mañana en Montelusa. Dígame usted dónde.

Acordaron reunirse en un café de la Passeggiata. A mediodía. De esa manera, la profesora podría terminar con toda comodidad lo que estaba empezando a hacer cuando la llamada la había interrumpido. Y puede que incluso disfrutar de un bis.

Y ya que estaba, Montalbano decidió enfrentarse, mejor por teléfono que en persona, con el doctor Pasquano.

—¿Qué me cuenta, doctor?

—Lo que usted quiera. La historia de Caperucita Roja o la de Blancanieves y los Siete Enanitos.

—No, doctor, yo me refería...

—Ya sé a qué se refería. Ya le he dicho a Tommaseo que he hecho lo que tenía que hacer y que mañana tendrá el resultado.

—¿Y yo?

—Pídale una copia a Tommaseo.

—Pero ¿no podría saber...?

—¿Qué? ¿No sabe que le pegaron un tiro a bocajarro en pleno rostro? ¿O quiere que utilice términos técnicos sobre los cuales usted no entiende un carajo? Y además, ¿no le dije ya que, a pesar de tenerla fuera, no la había utilizado?

—¿Ha encontrado la bala?

—Sí. Y la he enviado a la Científica. Penetró por el ojo izquierdo y provocó un desastre.

—¿Nada más?

—Si se lo digo, ¿promete no tocarme los cojones por lo menos durante diez días?

—Lo juro.

—Bueno pues, no lo mataron enseguida.

—¿Qué quiere decir?

—Le introdujeron un pañuelo de gran tamaño o un trapo blanco en la boca para impedir que gritara. He encontrado unos hilos de tejido blanco entre los dientes. Y tras pegarle el tiro, le sacaron el trapo de la boca y se lo llevaron.

—¿Puedo hacerle una pregunta?

—La última.

—¿Por qué ha utilizado el plural? ¿Cree que el asesino no estaba solo?

—¿De veras quiere saberlo? Pues para confundir las ideas, mi queridísimo amigo.

Pasquano era un cabrón y estaba encantado de serlo.

Pero la cuestión del trapo introducido en la boca de Angelo no era algo para tomarse a la ligera. Significaba que el asesinato no había sido improvisado. Vengo, te pego un tiro y me largo. Y adiós muy buenas. No. Quien fue a ver a Angelo tenía preguntas que hacerle, quería averiguar algo a través de él. Necesitaba disponer de cierto tiempo y por eso lo puso en condiciones de escuchar lo que le decía o le preguntaba; el trapo se lo quitaría de la boca cuando Angelo decidiera contestar.

Y a lo mejor Angelo contestó, pero igualmente lo mataron. O a lo mejor no quiso o no pudo contestar, y por eso se lo cargaron. Pero ¿por qué el asesino no le dejó el trapo en la boca? ¿Porque esperaba con ello desviar a la policía hacia una pista menos exacta? ¿O, mejor, porque intentaba crear una falsa pista de crimen pasional que, aunque avalada por el pájaro fuera de la jaula, habría quedado en cualquier caso desmentida si hubiera dejado el trapo en la boca? ¿O bien porque aquel trapo no era propiamente un trapo? ¿Y si se trataba de un pañuelo con unos números bordados que hubiera podido conducir al nombre y apellido del asesino?

Renunció a seguir y salió a la galería.

Se sentó y contempló con desconsuelo las dos hojas que le había imprimido Catarella. Con los números jamás se había entendido. En el liceo, cuando sus compañeros ya se ocupaban de accisas... no, un momento, las accisas son otra cosa, los impuestos sobre la gasolina o algo así, pero entonces ¿cómo se llamaban?, ah, sí, cuando sus compañeros se ocupaban de abscisas y coordenadas, él todavía tenía dificultades con la tabla del 8.

En la primera hoja, a la izquierda había una columna de treinta y ocho números a la cual correspondía, a la derecha, otra columna de treinta y ocho números.

En la segunda hoja los números de la izquierda eran treinta y dos, y treinta y dos también los de la derecha. Si las matemáticas no eran una opinión, sumando las dos hojas, los números de la izquierda llegaban a un total de setenta. Y setenta eran también los de la derecha. Montalbano se felicitó a pesar de reconocer a regañadientes que a la misma e idéntica conclusión habría podido llegar un chiquillo de primaria.

Al cabo de media hora hizo un descubrimiento que le deparó una satisfacción similar a la de Marconi cuando comprendió que había inventado

la telegrafía sin hilos o algo por el estilo: a saber, que los números de la columna de la izquierda no eran todos distintos, sino que se trataba de catorce números, cada uno de los cuales se repetía cinco veces. Las repeticiones no se presentaban una detrás de otra, sino repartidas como al azar en el interior de ambas columnas.

Tomó uno de los números de la columna izquierda y lo transcribió en el reverso de una de las dos hojas todas las veces que se repetía. A su lado escribió los números de la columna derecha.

213452	136000
213452	80000
213452	200000
213452	70000
213452	110000

Le pareció evidente que, mientras que el número de la izquierda estaba en clave, el de la derecha estaba muy claro y se refería a sumas de dinero. El total sumaba 596 000. Demasiado poco si fueran liras. Más de mil millones de liras si fueran euros, cosa más que probable. Por consiguiente, entre Angelo y el señor 213452 se hacían negocios de ese alcance. Ahora bien, puesto que señores en clave había otros trece y las cifras correspondientes de la derecha eran más o menos las mismas que las ya examinadas, eso significaba que Angelo tenía un volumen de negocios de más de doce o trece mil millones de las antiguas liras, el cual se mantenía cuidadosamente escondido. Siempre y cuando todo correspondiera a sus conjeturas, pues no se podía descartar que semejantes sumas significaran otra cosa.

Se dio cuenta de que empezaban a cerrársele los ojos, su vista ya no aguantaba la lectura de los números, se cansaba. A ese paso, necesitaría entre tres y cinco años para descifrar la clave de las canciones, y al final acabaría convirtiéndose en un ciego con bastón blanco, llevado de paseo por un perro.

Se lo llevó todo dentro, cerró la galería, salió de casa y se marchó en el coche. Era un poco pronto para su cita con Paola y, por consiguiente, decidió circular a una velocidad inferior a los diez kilómetros por hora, volviendo

locos a los que iban detrás. Todos, en cuanto conseguían adelantarlos, se sentían obligados a calificarlo de:

maricón, según un camionero;

cabrón, según un cura;

hijoputa, según una amable señora;

be... be... be, según un tartamudo.

Pero todos los insultos le entraban por una oreja y le salían por la otra. Solo uno de ellos lo indignó de verdad. Un elegante sexagenario se situó a su lado y le dijo:

—¡Burro!

¿Burro? Pero ¿cómo se atrevía? El comisario hizo un vano intento de perseguirlo pisando el acelerador hasta los treinta por hora, pero después prefirió regresar a su circunstancial velocidad de crucero.

Al llegar a la Passeggiata no encontró aparcamiento y tuvo que pasarse un rato dando vueltas hasta hallar un sitio muy alejado del lugar de la cita. En resumen, cuando llegó, Paola ya lo esperaba sentada a una mesita.

Ella pidió un espumoso *prosecco* y Montalbano se apuntó a lo mismo.

—Esta mañana Carlo, cuando ha oído que estaba al teléfono un comisario, se ha pegado un susto tremendo.

—Lo siento, no quería...

—¡Pero es que él es así! Es un chico muy bueno y simpático, pero la contemplación, qué sé yo, de un carabinero que pasa por su lado lo inquieta profundamente. Es un fenómeno inexplicable.

—Quizá podría explicarse analizando su ADN. Probablemente entre sus antepasados hubo algún forajido. Pregúnteselo.

Ambos rieron. O sea, que el que ocupaba el tiempo libre de la profesora cuando no tenía clase se llamaba Carlo. Una vez cerrado el tema, pasaron a la orden del día.

—Ayer por la tarde —dijo Paola—, cuando salió la historia de que Elena había escrito las cartas de Angelo al dictado de este, me sentí francamente incómoda.

—¿Por qué?

—Porque, a pesar de la opinión de Michela, creo que Elena ha dicho la verdad.

—¿Cómo lo sabe?

—Verá, comisario, durante nuestra relación le escribí muchas cartas a Angelo. Me gustaba escribirle.

—No las encontré al registrar su apartamento.

—Me fueron devueltas.

—¿Por Angelo?

—No, por Michela, cuando terminó mi historia con su hermano. No quería que cayeran en manos de Elena.

¡Pero esa Elena le estaba tocando en serio los cojones a Michela! Cosa que, siendo Michela mujer, Elena jamás habría podido hacer teóricamente.

—Aún no me ha explicado el motivo de su incomodidad.

—Una de las cartas me la dictó Angelo.

¡Buen punto a favor de Elena! Y que en modo alguno podía ponerse en duda, pues lo avalaba la rival derrotada.

—O mejor dicho, él me indicó las líneas generales. Y de ese complot, cuando rompí con Angelo, jamás le he hablado a Michela.

—Podría haberlo hecho ayer.

—¿Me creerá si le digo que me faltó valor? Michela estaba tan segura de que Elena mentía...

—¿Puede revelarme el contenido de la carta?

—Pues claro. Angelo tenía que irse a Holanda una semana. Y Michela había manifestado su intención de acompañarlo. Entonces él me hizo escribirle una carta en que le decía que había pedido diez días de permiso en la escuela para acompañarlo en ese viaje. No era verdad en aquel caso; estábamos en época de exámenes, imagínese cómo me habrían concedido diez días, pero él le enseñaría la carta a su hermana y eso le permitiría irse solo tal como quería.

—Pero, oiga, si Michela se hubiera cruzado con usted en Montelusa mientras Angelo se encontraba en Holanda, ¿qué explicación le habría dado?

—Lo habíamos pensado. Yo le diría que en el último momento la escuela no me había concedido el permiso.

—¿Y usted no tenía nada en contra de que él se fuera solo?

—Pues claro, me disgustaba un poco. Pero comprendía que para Angelo era importante librarse unos días de la agobiante presencia de Michela.

—¿Agobiante?

—No sabría calificarla de otra manera, comisario. Adjetivos como asidua, afectuosa y amorosa no transmiten bien la idea, quedan muy por debajo. Para Michela era una especie de deber absoluto vigilar a su hermano, como si Angelo fuese un chiquillo de pocos años.

—Pero ¿qué temía?

—Nada, creo. Yo me di una explicación que carece de base científica, pues no sé nada de psicoanálisis. A mi juicio, se trataba de una especie de maternidad soñada pero frustrada, y vertida por tanto enteramente y con profunda inquietud en el hermano. —Soltó la risita de costumbre—. Muchas veces he pensado que si me hubiera casado con Angelo, me habría sido muy difícil librarme de la presión, no de la suegra que, pobrecita, no pinta nada, sino de la cuñada.

Hizo una pausa. Montalbano comprendió que estaba buscando las palabras adecuadas para expresar lo que tenía en la cabeza.

—Cuando murió Angelo, pensé que Michela se hundiría. Pero ha ocurrido justo lo contrario.

—¿En qué sentido?

—Se desesperó, gritó, lloró, claro, pero al mismo tiempo he advertido en ella como una especie de liberación a nivel inconsciente. Es como si se hubiera librado de un peso y se sintiera más tranquila y más libre, ¿me explico?

—Se explica muy bien. —Y vete tú a saber por qué, al comisario se le ocurrió una idea—. ¿Michela ha tenido algún novio en el pasado?

—¿Por qué lo pregunta?

—Pues no sé, porque sí.

—Me contó que a los diecinueve años se enamoró de un chico de veintiuno. Fueron oficialmente novios tres años.

—¿Sabe por qué lo dejaron?

—No lo dejaron. Él murió. Le gustaba demasiado correr con la moto, y parece que era un motorista de una habilidad extraordinaria. Ignoro los detalles del accidente. Sea como fuere, a partir de entonces Michela ya no quiso volver a tener a su lado a otros hombres. Y creo que desde entonces multiplicó su vigilancia sobre el pobre Angelo hasta convertirla en asfixiante.

—Usted es una mujer inteligente, está absolutamente al margen de la investigación y ha tenido tiempo de sobra para analizar su ya terminada historia —empezó Montalbano, mirándola a los ojos.

—Esa premisa suya me preocupa —dijo Paola con su risita habitual—. ¿A qué apunta?

—A una respuesta. ¿Quién era Angelo Pardo?

No pareció sorprenderse de la pregunta.

—Yo también me lo he preguntado, comisario. Y no cuando me dejó por Elena. Porque hasta aquel momento yo sabía quién era. Un hombre ambicioso, por encima de todo.

—Jamás lo había considerado bajo ese aspecto.

—Porque no quería aparentarlo. Creo que sufrió mucho cuando le quitaron la licencia, se le truncó una carrera muy prometedora. Pero mire, con el trabajo que hacía... Por ejemplo, dentro de un año iban a concederle la representación exclusiva de dos multinacionales farmacéuticas para toda la isla, y no solo para la provincia de Montelusa.

—¿Se lo dijo él?

—No, pero escuché varias conversaciones telefónicas con Zúrich y Ámsterdam.

—¿Y cuándo empezó a preguntarse quién era Angelo Pardo?

—A raíz de su asesinato. Entonces ves en perspectiva algunas cosas sobre las cuales te habías dado una explicación que ahora, después de su muerte, ya no te explicas tan fácilmente.

—¿Por ejemplo?

—Por ejemplo, ciertas zonas de sombra. Angelo era capaz de desaparecer varios días y a la vuelta no te decía nada, no podías arrancarle ni una palabra. Impenetrable. Por eso acabé por convencerme de que se veía con otra mujer, que había tenido alguna aventura pasajera. Pero claro, después de que lo hayan matado de esa manera, ya no estoy tan segura de que fueran citas amorosas.

—Pues entonces, ¿qué?

Paola extendió los brazos con desconsuelo.

Doce

Antes de irse a comer, pasó por la comisaría. Catarella dormía delante del ordenador con la cabeza echada hacia atrás, la boca abierta y un hilo de saliva bajándole por la barbilla. No lo despertó, de eso ya se encargaría la siguiente llamada.

Encima de su mesa había una bolsa de tejido azul oscuro. Una tarjeta de cuero pegada en la parte anterior ponía «Salmón House». La abrió y se dio cuenta de que era una bolsa térmica. Contenía cinco recipientes redondos de plástico transparente en cuyo interior se distinguían unos grandes filetes de arenque a la vinagreta, navegando en salsitas variadas. Y un salmón ahumado, todavía entero. Y envuelto en celofán, un sobre.

Lo abrió.

Desde Suecia con amor. Ingrid.

Se ve que Ingrid había encontrado a alguien que bajaba a Italia y había aprovechado para enviarle un saludo. Experimentó una punzada de nostalgia tan grande por Ingrid que se le quitaron las ganas de abrir uno de aquellos recipientes y hacer una primera degustación. ¿Cuándo se decidiría la sueca a regresar?

Ya no era el caso de ir a la *trattoria*, tenía que regresar corriendo a Marinella y vaciar la bolsa en el frigorífico. La levantó y vio que debajo había dos hojas. La primera era una nota de Catarella.

Dottori, como no puedo saber si personalmente en persona pasará o no pasará en persona, *li* dejo el *sigundo fail* impreso, que me he pasado la noche *in vela* luchando contra *il* guardia de paso, pero al final se la he dado al guardia por aquel sitio.

La otra hoja era toda números. Las consabidas dos columnas. Las cifras de la derecha le parecieron idénticas a las del primer archivo. Se sacó del bolsillo las hojas con que había estado trabajando por la mañana y lo comprobó.

Sí, idénticas. Solo cambiaban los números de la segunda columna. Pero no le apetecía romperse la cabeza.

Dejó las hojas antiguas, las nuevas y el cancionero-clave encima de la mesa, tomó la bolsa y abandonó el despacho. Al pasar por delante del trastero de la entrada, oyó a Catarella hablando a gritos:

—¡No *signor*, no *signor*, lo siento, pero el *dottori* no está! Esta mañana ha dicho que no pasaba esta mañana. Sí *signor*, si lo digo seguro. Esté tranquilo, si lo diré.

—Catarè, ¿era para mí? —preguntó el comisario, plantándose delante de él.

El otro lo miró como si viera a Lázaro resucitado.

—Madre santísima, *dottori*, pero ¿de dónde sale?

Demasiado complicado explicarle que, al entrar, él dormía, agotado por su combate nocturno con el guardia del paso. Además, Catarella jamás de los jamases reconocería haberse quedado dormido en el desempeño de su tarea de solícito responsable de la centralita.

—¿Quién era?

—El *dottori* Latte con ese al final. Dice que el *signor* jefe *supirior* hoy, que sería el día que es, tampoco puede *ricibirlo* como si había estabilizado y que será para mañana, que sería el día que viene a la misma hora exacta de hoy que es el día que es.

—Catarè, ¿sabes que lo has hecho muy bien?

—¿Por cómo le he explicado la llamada del *dottor* Latte con ese al final?

—No; porque has conseguido abrir el segundo archivo.

—¡Ah, *dottori*, *dottori*! ¡Toda la noche sufrí! ¡Usía no puede comprender el esfuerzo que hice! Si trataba de un guardia de paso que parecía uno y que en cambio...

—Catarè, después me lo cuentas.

Temía perder tiempo; igual dentro de la bolsa los arenques y el salmón empezaban a estropearse.

Sin embargo, en cuanto llegó a Marinella y abrió el primer recipiente, el persuasivo aroma que le inundó las ventanas de la nariz le hizo comprender que tenía que proveerse enseguida de un plato, un tenedor y una rebanada de pan recién hecho.

Por lo menos la mitad del contenido de los recipientes no se guardaría en el frigorífico, sino que iría a parar directamente a su tripa. En el frigorífico guardó solo el salmón, lo demás se lo llevó a la galería tras haber puesto la mesa.

Los arenques, de grueso calibre, se habían preparado todos a la vinagreta con distintos ingredientes, desde la salsita agridulce a la mostaza. Se lo pasó en grande. Su intención era zampárselo todo, pero después pensó que se tiraría la tarde y la noche ansiando beber agua como alguien que llevara días perdido en el desierto. Guardó lo que quedaba en la nevera y sustituyó el paseo por el muelle por un largo paseo por la orilla del mar.

Después se duchó, dio unas vueltas por la casa y regresó a la comisaría pasadas las cuatro y media. Catarella no estaba en su sitio. Como compensación, se cruzó en el pasillo con Mimì Augello, cuyo rostro estaba más negro que el carbón.

—¿Qué hay, Mimì?

—Pero ¿tú dónde vives? ¿Qué haces? —le replicó muy nervioso Augello, siguiéndolo a su despacho.

—Vivo en Vigàta y hago de comisario —canturreó Montalbano sobre la melodía de *Señorita pálida*.

—Sí, sí, tú hazte el gracioso. Mira, Salvo, que no está el horno para bollos.

Montalbano se preocupó.

—¿Salvuccio no está bien?

—Salvuccio está perfectamente. Soy yo el que esta mañana ha tenido que aguantar la bronca de Liguori, que parecía haberse vuelto loco.

—¿Y eso por qué?

—¿Ves como tenía razón al preguntarte dónde vives? ¿Sabes qué ocurrió anoche en Fanara?

—No.

—¿No encendiste el televisor?

—No. Pero ¿qué pasó?

—Ha muerto el honorable Di Cristoforo.

¡Di Cristoforo! ¡El subsecretario de Comunicación! Astro ascendente del partido en el poder, amén, decían las malas lenguas, de muchacho muy apreciado en aquellos ambientes en que el aprecio corre parejo con la salvación de la vida.

—¡Pero si no había cumplido siquiera los cincuenta! ¿De qué ha muerto?

—Oficialmente de infarto. A causa del estrés provocado por los múltiples compromisos políticos a los que generosamente se entregaba... etcétera, etcétera. Oficiosamente, de la misma enfermedad que Nicotra.

—¡Coño!

—Exacto. Y ahora comprenderás que Liguori, sintiendo arder la silla bajo el culo, pretenda detener al camello antes de que se cobre otras víctimas ilustres.

—Dime una cosa, Mimì, pero ¿estos ilustres señores no se lo montaban con la cocaína?

—Pues claro.

—Yo siempre había oído decir que la cocaína no...

—Yo también lo creía. Pero Liguori, que ya es cabrón de por sí pero de los asuntos de su oficio sabe un rato, me ha explicado que la coca, cuando no se sabe cortar o cuando se corta con ciertas sustancias, se convierte en veneno. Y en efecto, tanto Nicotra como Di Cristoforo han muerto por envenenamiento.

—A ver si lo entiendo, Mimì. ¿Qué interés tiene un camello en perder clientes matándolos?

—Cierto, la cosa no ha sido deliberada. Sería una especie de incidente de ruta. Según Liguori, nuestro camello no se ha limitado a trapichear, sino que en privado y con medios no adecuados, ha cortado ulteriormente la mercancía, para duplicar la cantidad, y la ha soltado al mercado.

—Por consiguiente, podría haber otros muertos.

—Seguro.

—Y lo que a todos les pone la pimienta en el trasero es que este camello abastece a una clientela muy exclusiva integrada por políticos, empresarios, destacados profesionales y gente por el estilo.

—Tú lo has dicho.

—Pero ¿cómo ha llegado Liguori al convencimiento de que el camello se encuentra en Vigàta?

—Me ha insinuado que lo dedujo en cierto modo de algunas medias palabras de un confidente.

—Enhorabuena.

—¿Cómo que enhorabuena? ¿No sabes decirme otra cosa?

—Mimì, lo que tengo que decirte ya te lo dije ayer. Mira bien cómo te mueves. Esta no es una operación policial.

—Ah, ¿no? Pues ¿qué es?

—Mimì, es una operación de servicios. De esos que trabajan en la oscuridad y son seguidores de Stalin.

Mimì palideció.

—¿Aquí qué pinta Stalin?

—Mimì, parece que el Bigotes decía que cuando, por casualidad, un hombre se convertía en un problema, bastaba con eliminar al hombre para eliminar el problema.

—¿Y qué tiene que ver?

—Ya te lo he dicho y te lo repito: lo único que se puede hacer es matar o que maten a ese camello. Reflexiona. Tú lo detienes siguiendo todas las normas, pero cuando vas a redactar el informe, te encuentras con que no puedes escribir que el tío es el responsable de la muerte de Nicotra y Di Cristoforo.

—¿No?

—No. Mimì, tienes la cabeza más dura que un calabrés. El senador Nicotra y el honorable Di Cristoforo eran personas respetables, apreciadas, ejemplos de virtud, todo iglesia, política, familia, jamás han hecho uso de drogas de ningún tipo. En caso necesario, aparecerían diez mil testigos en su defensa. Y entonces tú sopesas los pros y los contras, llegas a la conclusión de que es mejor pasar por encima del asunto de los muertos y te limitas a decir que lo has detenido porque es un camello y basta. Pero ¿y si este en presencia del fiscal empieza a largar? ¿Y salen los nombres de Nicotra y Di Cristoforo?

—¡Nadie se acusa a sí mismo de dos homicidios aunque hayan sido involuntarios! ¿Qué me estás contando?

—Muy bien pues, supongamos que no se acusa a sí mismo. Pero siempre existirá el riesgo de que alguien relacione al camello con las dos muertes. Recuerda, Mimì, que Nicotra y De Cristoforo eran dos políticos con muchos enemigos. Y la política en nuestro país, y no solo en el nuestro, es el arte de hundir en la mierda al adversario.

—¿Y yo qué tengo que ver con la política?

—Tienes que ver aunque no lo sepas. En un asunto como este, ¿te das cuenta de lo que tú representas?

—¿Qué represento?

—El proveedor de mierda.

—Me parece excesivo.

—¿Excesivo? Después del descubrimiento de que Nicotra y Di Cristoforo consumían droga y han muerto por eso, se produce un unánime repudio de su memoria que corre parejo con la alabanza no menos unánime de tu persona, que ha sido la que ha detenido al camello. Al cabo de tres meses como máximo, alguien, desde el mismo bando político de Nicotra y Di Cristoforo, empieza por revelar que Nicotra consumía ínfimas cantidades de droga con fines terapéuticos y que Di Cristoforo hacía lo mismo porque tenía encarnada la uña del dedo gordo del pie. O sea que no se trataba de vicio, sino de medicamento. Poco a poco la memoria de ambos se rehabilita, y se empieza a decir por ahí que eres tú el que ha arrojado barro sobre los dos pobres difuntos.

—¡¿Yo?!

—Tú, sí señor, tú, porque has practicado una detención cuando menos imprudente.

Augello se quedó mudo y Montalbano remató la faena.

—¿Has visto lo que les está ocurriendo a los jueces de Manos Limpias? Se les reprocha ser culpables de los suicidios y las muertes por infarto de algunos acusados. Se pasa por alto el hecho de que los acusados eran corruptos o corruptores y merecían la cárcel; según estas bondadosas almas, el verdadero culpable no es el culpable que, en un momento de vergüenza, se suicida, sino el juez que lo ha hecho avergonzarse. Y ahora ya basta de hablar

de esta historia. Si la has entendido, la has entendido. Si no la has entendido, ya no tengo ganas de volver a explicártela. Y ahora déjame trabajar.

Sin abrir la boca, Mimì se levantó y abandonó el despacho con la cara más negra que antes. Y Montalbano se quedó estudiando cuatro hojas llenas de números de los cuales no conseguía deducir nada de nada.

A los cinco minutos apartó las hojas asqueado y llamó a la centralita. Le contestó una voz que no conocía.

—Oye, tienes que buscarme el teléfono de un empresario de Palermo, Mario Sciacca.

—¿El de su casa o el de la empresa?

—El de su casa.

—Muy bien.

—Oye, el número solo tienes que facilitármelo, ¿está claro? Si en los teléfonos no consta el número de la casa, ponte en contacto con los compañeros de Palermo. Después yo llamaré directamente.

—Comprendido, *dottore*. No quiere que se sepa que quien llama es la policía.

Experto y rápido el chaval.

—Dime el apellido.

—Sciacca, *dottore*.

—No; el tuyo.

—Amato, *dottore*. Estoy sirviendo aquí desde hace un mes.

Decidió hablar con Fazio de aquel Amato, a lo mejor era un muchacho merecedor de ingresar en la brigada. Al poco rato sonó el teléfono. Amato le había encontrado el número del domicilio particular de Mario Sciacca. Lo marcó.

—¿Quién habla? —preguntó una voz de anciana.

—¿Casa de los señores Sciacca?

—Sí.

—Soy Antonio Volpe, quisiera hablar con la señora Teresa.

—Mi nuera no está.

—¿Ha salido?

—No; está en Montelusa. Su padre no se encuentra bien.

—Gracias, señora. Ya volveré a llamar.

¡Menuda suerte! A lo mejor igual se ahorra un molesto viaje a Palermo. Buscó el número en la guía. Figuraban cuatro Cacciatore. Tendría que marcarlos todos, armándose de paciencia.

—¿Casa de los señores Cacciatore?

—No; casa Mistretta. Oiga, esta historia ya empieza a tocarme los cojones —dijo una enfurecida voz masculina.

—¿Qué historia, perdone?

—Eso de que sigan llamando cuando hace años que los Cacciatore cambiaron de casa.

—¿Y podría decirme su número por casualidad?

El señor Mistretta colgó sin contestar siquiera. No había duda de que la cosa comenzaba bien. Montalbano marcó el segundo número.

—¿Casa Cacciatore?

—Sí —contestó una agradable voz femenina.

—Señora, soy Antonio Volpe. He buscado en Palermo a la señora Teresa Sciacca y me han dicho que...

—Teresa Sciacca soy yo.

Montalbano se quedó casi sin habla, pillado por sorpresa por aquel exceso de buena suerte.

—¿Oiga? —dijo Teresa Sciacca.

—¿Cómo está su padre? Me han dicho que...

—Está bastante mejor, gracias. Tanto es así que mañana por la mañana regreso a Palermo.

—Tengo que hablar urgentemente con usted antes de que se vaya.

—Señor Volpe, yo...

—No me llamo Volpe, soy el comisario Montalbano.

Teresa Sciacca emitió una especie de hipido a medio camino entre el temor y el asombro.

—¡Oh, Dios mío! ¿Le ha ocurrido algo a Mario?

—Tranquilícese, señora, su marido está perfectamente bien. Tengo que hablar con usted sobre una historia que le concierne.

—¿A mí?!

Teresa Cacciatore pareció sorprenderse en serio.

—Señora, ¿se ha enterado de que Angelo Pardo ha sido asesinado?

Una larga pausa. Después un «sí» que fue un soplo, un suspiro.

—Puede creerme, habría preferido no tener que hurgar en recuerdos desagradables, pero...

—Lo comprendo.

—Le garantizo que se trata de un encuentro que tendrá carácter reservado, y, además, le doy mi palabra de honor de que jamás utilizaré su nombre en esta investigación por ningún motivo.

—No veo en qué puedo serle útil. Hace años y años que... En cualquier caso, no puedo recibirlo aquí.

—Pero ¿usted puede salir?

—Sí. Durante una horita podría ausentarme.

—Pues entonces dígame dónde quiere que nos veamos.

Teresa mencionó un café situado en una calle de la parte alta de Montelusa. A las cinco y media. El comisario consultó el reloj, tenía el tiempo justo para subir al coche y salir. El camino, para llegar a tiempo, debería recorrerlo al insensato promedio de sesenta-setenta kilómetros por hora.

Teresa Cacciatore, Sciacca de casada, tenía treinta y ocho años y toda la pinta de ser una buena madre de familia, una pinta que enseguida se comprendía que no era pura apariencia, sino auténtica realidad. La cita la turbaba profundamente y Montalbano acudió de inmediato en su ayuda.

—Señora, dentro de diez minutos como máximo podrá regresar a su casa.

—Se lo agradezco, pero no veo qué relación puede haber entre lo que ocurrió hace veinte años y la muerte de Angelo.

—En efecto, no la hay. Pero me es indispensable conocer ciertos comportamientos, ¿comprende?

—No, pero pregúnteme.

—¿Cómo reaccionó Angelo cuando usted le contó que esperaba un hijo?

—Se alegró. Y hablamos enseguida de casarnos. Tanto que yo, al día siguiente, empecé a buscar casa.

—¿Su familia lo sabía?

—Mi familia no sabía nada, ni siquiera conocía a Angelo. Después, una noche él me dijo que lo había pensado mejor, que casarnos era un disparate

que le estropearía la carrera. Era un médico muy prometedor, eso es cierto. Y empezó a hablar de aborto.

—¿Y usted?

—Yo reaccioné muy mal. Tuvimos una pelea espantosa. Cuando nos calmamos, le dije que iba a contarle todo en casa. Él se asustó mucho, papá es un hombre con quien no se pueden gastar bromas, y me suplicó que no lo contase. Le di tres días de tiempo.

—¿Para qué?

—Para que lo pensara. Me llamó la tarde del segundo día, un miércoles, lo recuerdo muy bien, y me pidió que me reuniera con él. Cuando nos vimos, me dijo que había encontrado una solución y que era necesario que yo lo ayudara. La solución era esta: al domingo siguiente él y yo nos presentaríamos ante mis padres y se lo contaríamos todo. Después Angelo les explicaría los motivos por los cuales no podía casarse conmigo enseguida. Necesitaba estar por lo menos dos años libre de cualquier atadura: una lumbrera de la medicina lo quería como ayudante, pero tendría que pasarse dieciocho meses en el extranjero. En resumen, tras dar a luz, yo debería quedarme a vivir en casa de mis padres hasta que se arreglara la situación. Me dijo también que estaba dispuesto a reconocer su paternidad para tranquilizar a mis padres. O sea que en cuestión de dos años nos casaríamos.

—¿Y usted cómo se lo tomó?

—Me pareció una buena solución. Y se lo dije. No tenía ningún motivo para dudar de su sinceridad. Entonces él me propuso celebrarlo también con su hermana Michela.

—¿Ya se conocían ustedes?

—Sí, nos habíamos visto alguna vez, aunque ella no daba muestras de tenerme demasiada simpatía. La cita sería a las nueve de la noche en la consulta de un compañero de Angelo, una vez finalizadas las visitas.

—¿Por qué no en la suya?

—Porque no la tenía. Trabajaba en un cuartito que le había cedido ese compañero. Cuando llegué, el compañero ya se había ido y Michela aún no había llegado. Angelo me ofreció un zumo de naranja amargo. Me lo bebí y todo empezó a parecerme borroso, confuso, no podía moverme ni

reaccionar... Recuerdo que Angelo llevaba puesta la bata y... —Siguió haciendo un esfuerzo por contarle hasta que Montalbano la interrumpió.

—He comprendido. No siga.

Se encendió un cigarrillo. Teresa se enjugó los ojos con un pañuelo.

—¿Qué recuerda después?

Tengo recuerdos muy vagos. Michela con bata blanca como si fuese una enfermera y Angelo que decía algo... Después recuerdo que estaba en el coche con Angelo... Me encuentro en casa de Anna, una prima mía que lo sabía todo de mí... Dormí en su casa... Anna había llamado a mis padres diciéndoles que yo pasaría la noche con ella... Al día siguiente sufrí una terrible hemorragia, me llevaron al hospital y tuve que contárselo todo a papá. Y papá presentó una denuncia contra Angelo.

—¿O sea que usted jamás vio al compañero de Angelo?

—Jamás.

—Gracias, señora. Eso es todo —dijo Montalbano levantándose.

Ella dio la impresión de estar sorprendida y aliviada. Le tendió la mano para despedirse. Pero el comisario, en lugar de estrechársela, se la besó.

Trece

Llegó con un poco de adelanto a su cita con el comandante Laganà.

—Lo veo muy bien —dijo el comandante, mirándolo.

Montalbano se inquietó. Últimamente le ocurría que aquella frase le sonaba mal. Si alguien te dice que te ve bien, eso significa de modo implícito que esperaba verte peor. ¿Y por qué lo esperaba? Porque has llegado a una edad en que lo peor puede pasarte de la noche a la mañana. Solo por poner un ejemplo: hasta cierto día de tu vida, resbalas, caes, te levantas y no te has hecho nada, pero después llega un día en que resbalas, caes y ya no puedes levantarte porque te has roto el fémur. ¿Qué ha sucedido? Ha sucedido que has traspasado el confín invisible de una edad a otra.

—Yo a usted también lo veo muy bien —mintió con cierta satisfacción.

A sus ojos, Laganà había envejecido considerablemente desde la última vez que lo viera.

—Estoy a su disposición —declaró el comandante.

Montalbano le habló del homicidio de Angelo Pardo y le dijo que el periodista Nicolò Zito, en el transcurso de una conversación privada, había suscitado en él la sospecha de que el móvil del asesinato pudiera estar relacionado con el trabajo que desempeñaba Pardo. Se lo estaba tomando con calma, pero Laganà lo comprendió todo al vuelo y lo interrumpió:

—¿Compadreo?

—Podría ser una hipótesis —dijo precavido.

Y le habló de los regalos muy superiores a sus ingresos que le hacía a su amante, de la desaparición de la caja fuerte blindada, de la cuenta corriente que debía de tener en algún banco que él no había conseguido localizar. Y al final sacó del bolsillo las cuatro hojas impresas del ordenador y el librito-clave, y los depositó en la mesa.

—No puede decirse que la transparencia fuera muy del gusto de este señor —fue el comentario del comandante tras haberlo examinado todo.

—¿Puede ayudarme?

—Pues claro, pero no espere un resultado rápido. No obstante, para actuar necesito algunos datos elementales pero esenciales. ¿Por cuenta de qué empresas trabajaba Pardo? ¿Con qué médicos y farmacias estaba en contacto?

—Tengo en el coche una gruesa agenda suya, de la cual se puede obtener buena parte de lo que a usted le interesa.

Laganà lo miró sorprendido.

—¿Y por qué la ha dejado en el coche?

—Primero quería asegurarme de que la cosa le interesaba. Voy por ella.

—Bien, entretanto yo hago una fotocopia de estas hojas y del cancionero.

O sea que, recapituló mientras regresaba a Vigàta, la señora, perdón, la señorita Michela Pardo no solo le había contado de la misa la media con respecto al aborto practicado a Teresa Cacciatore, sino que, además, había omitido también el papel que ella desempeñó como coprotagonista. Para Teresa debió de ser una escena de película de terror, primero el engaño y la trampa, después, *in crescendo*, el novio que se convierte en carnicero y empieza a hurgar en su interior, mientras ella, tumbada en cueros sobre la camilla, ni siquiera consigue abrir la boca, y la futura cuñada enfundada en una bata blanca prepara los instrumentos...

Pero ¿qué relaciones de complicidad había entre Angelo y Michela? ¿Desde qué retorcido instinto fraterno habían surgido y se habían consolidado? ¿Hasta qué extremo habían llegado a estrechar sus vínculos? Y si les daba igual una cosa que otra, ¿de qué otras barbaridades habían sido capaces?

Aunque, bien mirado, ¿todo eso qué tenía que ver con la investigación? De las palabras de Teresa, que no cabía duda de que decía la verdad, se deducía que Angelo era un canalla, y eso Montalbano ya hacía tiempo que lo pensaba, y que la hermanita no habría vacilado en matar con tal de complacer al hermanito también lo pensaba desde hacía tiempo. Lo que le había contado Teresa era una confirmación de la clase de personas que eran los Pardo, pero no le permitía avanzar ni un milímetro en la investigación.

—¡*Dottori*, ah, *dottori*! —gritó Catarella desde su trastero—. ¡*Tingo* que *dicirli* una cosa de importancia!

—¿Has derrotado al tercer guardia de paso?

—Todavía no, *signor dottori*. Es complicado. Quería *dicirle* que ha *tilifoniado* el *dottori* Arquaraquà.

¿Qué ocurría? ¿Lo llamaba el jefe de la Científica? Se abren las tumbas, los muertos se levantan... como decía el himno de Garibaldi.

—Arquà, Catarè, se llama Arquà.

—Si llama como si llama, *dottori*, total, usía lo entiende lo mismo.

—¿Y qué quería?

—No me lo ha dicho, *dottori*. *Mi* ha dejado dicho que si usía lo llamaba cuando volviera a la vuelta.

—¿Está Fazio?

—*Mi* parece que está.

—Búscalo y dile que vaya a mi despacho.

Mientras esperaba, llamó a la Científica de Montelusa.

—Arquà, ¿me buscabas? —No se caían bien; por consiguiente, de común y tácito acuerdo, cuando se veían y hablaban, prescindían de los saludos.

—Puede que sepas que el doctor Pasquano ha encontrado entre los dientes de Angelo Pardo dos hilos de tejido.

—Sí.

—Hemos analizado los dos hilos y hemos identificado el tejido. Se trata de crilicon.

—¿Viene de Krypton?

Le había salido la broma imbécil. Arquà, que evidentemente no leía cómics e ignoraba la existencia de Superman, se quedó perplejo.

—¿Qué has dicho?

—No, nada, déjalo. ¿Por qué te parece importante el detalle?

—Porque es un tejido especial que se utiliza principalmente para una prenda muy concreta.

—¿Cuál?

—Bragas de mujer.

Arquà colgó, pero Montalbano se quedó petrificado con el auricular en la mano.

¿Otra película de cine negro? Colgó mientras se imaginaba la escena.

AZOTEA CON CUARTO. *Exterior-interior noche.*

Desde la azotea, la cc encuadra a través de la puerta abierta el interior del antiguo lavadero. Angelo está sentado en el brazo del sillón. La mujer, de espaldas pero de cara a él, deposita una bolsa encima de la mesa y, con movimientos muy lentos, se quita primero la blusa y después el sujetador. Estrechamiento del campo de la ce en el interior.

(Música sensual)

Angelo contempla con deseo a la mujer, que se desabrocha la falda y la deja caer al suelo. Angelo resbala del brazo del sillón, se hunde en el asiento y casi se tumba en él.

La mujer se quita las bragas, pero las conserva en la mano.

Angelo se baja la cremallera de los vaqueros y se prepara para el acto.

(Música muy sensual)

La mujer abre la bolsa y saca algo que no vemos. A continuación se sienta a horcajadas encima de Angelo, que la abraza.

Prolongado beso apasionado, las manos de Angelo acarician la espalda de la mujer. La cual en determinado momento se libra del abrazo y apunta con la pistola, que previamente había sacado de la bolsa, al rostro de Angelo.

PP de Angelo aterrorizado.

ANGELO: ¿Qué quieres hacer?

LA MUJER: Abre la boca.

Angelo obedece mecánicamente la orden. La mujer le introduce en la boca las bragas que tenía en la mano.

Angelo intenta gritar, pero no lo consigue.

LA MUJER: Ahora te voy a hacer una pregunta. Si quieres contestar, me haces una señal con la cabeza y yo te deajo libre la boca.

La cc sigue el movimiento de la mujer, que se inclina hacia delante y le susurra algo al oído al hombre.

Él abre enormemente los ojos y niega desesperadamente con la cabeza.

(Música dramática)

LA MUJER: Te repito la pregunta.

Vuelve a inclinarse, acerca la boca a la oreja de Angelo, mueve los labios.

PP de Angelo, que sigue negando con la cabeza, presa de un terror irrefrenable.

LA MUJER: Como quieras.

Se levanta, retrocede un paso, dispara contra el rostro de Angelo.

PP de la cabeza destrozada de Angelo, en lugar del ojo, un negro agujero sanguinolento.

(Música trágica)

DETALLE de la boca entreabierta de Angelo. Dos ahusados dedos penetran en esa boca y sacan las bragas. La mujer, para ponérselas, se da la vuelta hacia la cc, solo que el encuadre está hecho con un ángulo que no permite verle el rostro. La mujer sigue vistiéndose sin ninguna prisa, en sus gestos no se advierte la menor señal de nerviosismo.

PP de la cabeza de Angelo, espectáculo espantoso.

FUNDIDO LENTO.

De acuerdo, era una pésima escenografía de una película erótico-policíaca de serie B. Pero igual habría alcanzado el éxito en la televisión, entre las distintas chorradas que se ofrecían. ¿Cómo las llamaban? Ah, sí, *TV movies*. Se consoló pensando que si tuviera que irse de la policía, podría probar con ese nuevo oficio.

Cuando desde su cine particular regresó a su despacho, Fazio estaba de pie delante del escritorio.

—¿En qué estaba pensando, *dottore*?

—Nada, estaba viendo una película. ¿Qué quieres?

—*Dottore*, es usted quien me ha llamado.

—Ah, sí. Siéntate. ¿Tienes novedades para mí?

—Usted me dijo que quería saber todo lo que consiguiera averiguar acerca del profesor Sclafani y de Angelo Pardo. A propósito del profesor, quisiera añadir otra cosita a lo que ya le dije.

—¿Qué es esa cosita?

—¿Recuerda que el profesor envió al hospital al amante de su mujer?

—Sí.

—Pues a él también lo enviaron al hospital.

—¿Quién lo hizo?

—Un marido celoso.

—¡Pero si no es posible! El profesor no...

—*Dottore*, le aseguro que es así. Le ocurrió antes de casarse por segunda vez.

—¿Un marido lo sorprendió en la cama con su mujer? —No acertaba a comprender que Elena le hubiera contado una mentira tan gorda, una mentira que volvía a ponerlo todo en tela de juicio.

—No, señor. No se trató de un asunto de cama. El profesor vivía en un gran edificio de apartamentos, dos ventanas daban al patio. ¿Usía recuerda una película...

¿Otra película? Pero bueno, ¡aquello ya no era una investigación, sino uno más de los muchos festivales cinematográficos que se organizaban por ahí!

—... donde hay un fotógrafo con la pierna rota que se pasa el rato mirando desde su ventana lo que ocurre en el patio y descubre el homicidio de una mujer?

—Sí, *La ventana indiscreta* de Hitchcock.

—El profesor se había comprado unos prismáticos muy potentes, pero solo miraba hacia la ventana que tenía enfrente, donde había una recién casada veinteañera que, ignorando que la observaban, se paseaba por la casa casi en cueros. Solo que un día el marido se dio cuenta de la intromisión, se presentó en el piso del profesor, y le partió la cara y los prismáticos.

Y entonces Montalbano tuvo casi la certeza de que Sclafani le exigía a su mujer un detallado informe de lo que hacía cada vez que se reunía con su amante. ¿Por qué Elena no se lo había dicho? ¿Quizá porque ese detalle (¡vamos a llamarlo detalle!) colocaba al marido bajo una luz distinta de la del impotente comprensivo y dejaba aflorar a la superficie todos los turbios sentimientos que el profesor albergaba en lo más hondo de su alma?

—¿Y de Angelo Pardo qué me dices?

—Nada.

—¿Cómo que nada?

—*Dottore*, nadie me ha dicho nada contra él. Por lo que respecta al presente, se ganaba bien el pan como representante, disfrutaba de la vida y carecía de enemigos.

Montalbano conocía demasiado bien a Fazio para pasar por alto el «por lo que respecta al presente».

—¿Y por lo que respecta al pasado?

Fazio le sonrió y el comisario le devolvió la sonrisa. Se habían entendido al vuelo.

—En su pasado hay dos cuestiones. Una usted ya la conoce y se refiere al asunto de la condena por el aborto.

—Pasemos a otra cosa, lo sé todo sobre el tema.

—La otra cuestión se remonta a más atrás. A la muerte del novio de su hermana Michela.

Montalbano experimentó una especie de sacudida a lo largo de la columna vertebral. Levantó las orejas.

—El novio se llamaba Roberto Anzalone. Estudiaba Ingeniería y le gustaba participar, como aficionado, en carreras de motociclismo. Por eso el accidente en que halló la muerte resultó un poco extraño.

—¿Por qué?

—Ay, *dottore*, ¿le parece normal que un motorista tan experto como él, después de una recta de tres kilómetros, en lugar de seguir la carretera tomando la curva, siga todo recto hacia delante y vaya a caer a un precipicio de cien metros?

—¿Una avería mecánica?

—La moto estaba tan destrozada después de la caída que los peritos no consiguieron entender nada.

—¿Y la autopsia?

—Aquí viene lo bueno. Anzalone, cuando sufrió el accidente, acababa de comer en una *trattoria* con un amigo. La autopsia reveló que probablemente había abusado del alcohol o de algo parecido.

—¿Qué significa algo parecido? O era alcohol o no lo era.

—*Dottore*, el que practicó la autopsia no supo concretarlo. Escribió que había encontrado algo similar al alcohol.

—En fin. Sigue adelante.

—Solo que, al enterarse, la familia Anzalone aseguró que Roberto era abstemio y exigió la realización de una nueva autopsia. Por si fuera poco, el camarero de la *trattoria* declaró que no había servido ni vino ni ninguna otra clase de bebida alcohólica en aquella mesa.

—¿Consiguieron que le hicieran la segunda autopsia?

—Sí, señor *dottore*, pero pasaron tres meses antes de eso. Es más, teniendo en cuenta todas las autorizaciones que se necesitaban, la cosa fue muy rápida. El caso es que esa vez el alcohol o lo que fuera ya no se detectó. Y por eso se cerró la investigación.

—Tengo una curiosidad. ¿Sabes quién era el amigo que comió con él?

Los ojos de Fazio destellaron. Le ocurría siempre cuando sabía que sus palabras iban a provocar un golpe de escena. Ya disfrutaba por adelantado.

—Era... —empezó.

Montalbano, que sabía ser un cabrón cuando se empeñaba, decidió joderle el efecto.

—Ya basta, lo sé.

—¿Cómo se las ha arreglado para comprenderlo? —preguntó Fazio, decepcionado y asombrado.

—Me lo han dicho tus ojos. Era su futuro cuñado, Angelo Pardo. ¿Lo interrogaron?

—Naturalmente. Confirmó la declaración del camarero en el sentido de que no habían tomado ni vino ni otras bebidas alcohólicas. De todos modos, y por si acaso, en sus tres declaraciones ante el juez fue acompañado siempre por su abogado, el cual era ni más ni menos que el senador Nicotra.

—¿¡Nicotra?! —se sorprendió el comisario—. Un personaje demasiado importante para una declaración de muy escasa trascendencia.

Fazio no supo jamás que, al mencionar el nombre de Nicotra, se había tomado la revancha por la decepción recién sufrida. Pero si alguien le hubiera preguntado a Montalbano por qué le causaba tanta impresión el hecho de descubrir que el senador Nicotra y Angelo se conocían desde hacía mucho tiempo, no habría sabido explicarlo.

—Pero ¿dónde encontraría Angelo el dinero para que un abogado como el senador Nicotra se tomara la molestia de representarlo?

—No le costó una lira, *dottore*. El padre de Angelo había sido, políticamente, un gran elector del senador, a tal punto que ambos se habían hecho amigos. Las familias mantenían tratos. Tanto es así que el senador lo defendió cuando lo denunciaron por el aborto.

—¿Hay algo más?

—Sí, señor.

—¿Me lo dices gratis o tengo que pagarte? —preguntó Montalbano al ver que Fazio no se decidía a continuar.

—No, señor *dottore*; está incluido en mi sueldo.

—Pues entonces, habla.

—Es una cosa que solo me ha dicho una persona y no he podido confirmar en ningún sitio.

—Pues dímela por lo que pueda valer.

—Parece que desde hace un año Angelo había caído en el vicio del juego y perdía con regularidad.

—¿Mucho?

—Muchísimo.

—¿Puedes ser más concreto?

—Decenas de millones de liras.

—¿Tenía deudas?

—Parece que no.

—¿Dónde jugaba?

—En una timba de Fanara.

—¿Conoces a alguien de allí?

—¿De Fanara? No, señor *dottore*.

—Lástima.

—¿Por qué?

—Porque me apuesto las pelotas a que Angelo tenía otro banco aparte del que nosotros conocemos. Ya que, por lo visto, no tenía deudas, ¿de dónde sacaba el dinero que perdía? ¿O el que necesitaba para hacerle regalos a la amante? Ahora, después de lo que me has dicho, creo que este misterioso banco está precisamente en Fanara. A ver si se te ocurre algo.

—Lo intentaré.

Fazio se levantó. Cuando llegó a la puerta, Montalbano dijo en voz baja:

—Gracias.

Fazio se detuvo, se volvió y lo miró.

—¿Por qué? Todo está incluido en el sueldo, *dottore*.

Regresó a toda prisa a Marinella. El salmón que le había enviado Ingrid lo esperaba con ansia.

Catorce

Estaba diluviando. Y él completamente empapado, soltando maldiciones y reniegos mientras el agua le resbalaba por el interior del cuello de la camisa y después le bajaba por la espalda, provocándole estremecimientos de frío, con los pantalones mojados que ya filtraban el agua que le llenaba el interior de los zapatos, y nada, la puerta de su casa de Marinella no se abría porque las llaves ni siquiera conseguían entrar en la cerradura, y cuando entraban, no se movían; había probado cuatro, una detrás de otra, y no había manera. ¿Sería posible que siguiera empapándose de aquella forma sin poder poner los pies en casa?

Finalmente decidió examinar el manojito de llaves que tenía en la mano y se dio cuenta con asombro de que no era su llavero, sino que lo había cambiado por error con el de otra persona, pero ¿dónde se había producido el cambio?

Pues mira, pensó que el cambio podía haber ocurrido en Boccadasse, en un bar donde hacían un café muy bueno. Pero en Boccadasse había estado hacía quince días... ¿sería posible que en los quince días que llevaba en Vigàta jamás hubiera regresado a su casa de Marinella?

—¿Dónde están mis llaves? —gritó.

Le pareció que nadie podría oírlo, tan fuerte era el ruido de la lluvia sobre el tejado, sobre su cabeza, sobre la tierra, sobre las hojas de los árboles. Después creyó oír una lejana, lejanísima voz de mujer que oscilaba según la intensidad del estruendo del agua:

—¡Dobla la esquina! ¡Dobla la esquina!

Pero ¿qué significaba aquello? En cualquier caso, perdido por perdido, dio cuatro pasos y dobló la esquina. Se encontró en el cuarto de baño de la casa de Michela. La mujer, en cueros, había introducido una mano en el agua

de la bañera para comprobar la temperatura. Y al hacerlo, ofreció un notable panorama de colinas sobre el cual los ojos se detenían de muy buen grado.

—Vamos, entra.

Montalbano reparó en que él también iba en cueros, pero no se sorprendió. Entró en la bañera y se tendió. Menos mal que enseguida lo cubrió la espuma del jabón, le avergonzaba que la mujer pudiera ver la media erección que había experimentado en contacto con el agua caliente.

—Voy por las llaves y el regalo —le dijo Michela.

Y se retiró. ¿De qué regalo estaba hablando? ¿A que era el día de su cumpleaños? Pero ¿cuándo nació? Lo había olvidado. No insistió en preguntárselo, cerró los ojos y se abandonó al alivio que sentía. Después, cuando la oyó regresar, intentó abrir los ojos, que ya se le estaban cerrando. Pero inmediatamente los abrió como platos, pues en la puerta del cuarto de baño no estaba Michela sino Angelo, con el rostro destrozado por la bala, la sangre que seguía bajándole por la camisa, la cremallera de los vaqueros abierta, la cosa fuera, y un revólver en la mano derecha apuntando hacia él.

—¿Qué quieres? —preguntó, muerto de miedo.

De repente, el agua de la bañera se había quedado más fría que el hielo polar. Angelo hizo señas de que esperara moviendo la mano izquierda, después se la llevó a la boca y se sacó unas bragas. Dio dos pasos al frente.

—¡Abre la boca! —le ordenó.

Él, apretando los dientes, sacudió la cabeza. Jamás en la vida permitiría que le introdujeran en la boca las bragas ya mojadas por la saliva de aquel ser que, en toda lógica, siendo un cadáver, no tenía ningún derecho a amenazarlo con un arma. Ni siquiera tenía derecho a caminar, bien mirado. Ni aunque fuera un muerto que, en el fondo, se presentaba muy bien conservado, teniendo en cuenta que ya habían transcurrido muchos días desde el asesinato. En cualquier caso, estaba claro que ahora él se encontraba metido en una trampa preparada por Michela para favorecer algún siniestro negocio de su hermano.

—¿La abres o no?

Él negó nuevamente y el otro le pegó un tiro. Un ruido ensordecedor.

Montalbano despertó y se incorporó en la cama, el corazón desbocado y el cuerpo empapado de sudor. A causa de una ráfaga de viento, la persiana

había golpeado contra la pared; en efecto, fuera se había desencadenado una tormenta.

Eran las cinco de la madrugada. Por su naturaleza, el comisario no creía en los sueños premonitorios, en los presentimientos y, en general, en cualquier cosa de tipo paranormal; bastante anormal le parecía ya de por sí la llamada normalidad. Pero había comprendido una cosa: que algunas veces los sueños que tenía no eran más que el desarrollo, paradójico o fantástico, de un razonamiento que se había iniciado en su cabeza antes de quedarse dormido. Y en cuanto a la interpretación de aquellos sueños, confiaba más en el adivino que traducía los sueños en números de la lotería que en Sigmund Freud.

Así pues, ¿qué significaba aquella chorrada de sueño?

Tras pasarse media hora piensa que te piensa, consiguió aislar dos acontecimientos que le parecieron importantes.

El primero debía de referirse a las llaves de Angelo. El manajo del muerto, tras devolvérselo la Científica, lo tenía aún en su poder. El otro, el que él le había pedido a Michela, se lo había devuelto a ella. Parecía todo muy normal y, sin embargo, algo se había disparado en su cabeza precisamente a propósito de las llaves, algo que no cuadraba y que no conseguía identificar. Era necesario que pensara en ello de nuevo.

El otro elemento era una palabra, «regalo», que Michela le había dicho mientras salía del cuarto de baño. Pero Michela, cuando hablaba de regalos, siempre se refería a los costosos obsequios que Angelo le hacía a Elena... Detente aquí, Montalbà, ya casi estás, ¡caliente, caliente, te quemas! ¡Había llegado! ¡Coño si había llegado!

Experimentó tal satisfacción que cogió el despertador, pulsó el botón que anulaba el timbre, apoyó la cabeza en la almohada y se quedó dormido de golpe.

Elena le abrió la puerta. Iba descalza, llevaba la peligrosa bata de la otra vez, tenía todavía en la cara unas gotas de agua de la ducha reciente; debía de haberse levantado hacía poco y eran las diez de la mañana. Olía de tal manera a piel joven y tersa que el comisario casi no pudo resistirlo. En cuanto lo vio,

ella esbozó una sonrisa, le tomó una mano y, sin soltársela, lo atrajo al interior, cerró la puerta y lo llevó hacia el salón tirando de él.

—Ya tengo listo el café.

Montalbano acababa de sentarse cuando ella reapareció con la bandeja. Tomaron el café en silencio.

—¿Quiere que le diga una cosa muy rara, comisario? —dijo Elena, dejando la tacita vacía.

—Dígamela.

—Hace poco, cuando ha llamado para decirme que venía para acá, me he puesto contenta. Lo echaba de menos.

El corazón de Montalbano hizo exactamente lo mismo que un avión cuando tropieza con una bolsa de aire. Pero no dijo nada, fingió concentrarse en los últimos restos de café y después dejó también la tacita.

—¿Hay novedades? —preguntó ella.

—Alguna —contestó cauteloso.

—Yo, en cambio, no tengo ninguna.

Montalbano la miró con expresión inquisitiva, no había comprendido el significado de aquellas palabras. Elena se echó a reír de buena gana.

—¡Qué cara tan graciosa se le ha puesto! Quería simplemente decir que desde hace un par de días Emilio no deja de preguntarme si hay novedades, y yo le digo que no, que no hay ninguna.

Montalbano se quedó más perplejo que convencido; la explicación de Elena enredaba las cosas en lugar de aclararlas.

—No sabía que su marido estuviera tan interesado en la investigación.

Ella rio todavía con más fuerza.

—No le interesa la investigación, le intereso yo.

—No entiendo.

—Comisario, Emilio quiere saber si ya me he encargado de sustituir a Angelo o si tengo el propósito de hacerlo pronto.

¡Conque de eso se trataba! El viejo cerdo estaba sufriendo un claro mono de abstinencia de las guarrerías que le contaba su mujer.

—¿Por qué no lo ha hecho todavía?

Esperaba que ella se echara nuevamente a reír, pero, en cambio, se puso muy seria.

—No quiero crear equívocos y deseo sentirme tranquila. Espero que termine esta investigación. —Volvió a sonreír—. Por consiguiente, dese prisa.

Pero ¿por qué una nueva relación con otro hombre habría podido crear equívocos? La respuesta a la pregunta la obtuvo cruzando su mirada con la de Elena. No era una mujer la que tenía sentada delante en el sillón, era una pantera en reposo, todavía satisfecha, pero que en cuanto experimentara el estímulo del hambre, se echaría encima de la presa que previamente hubiera elegido. La presa era él, Salvo Montalbano, trémulo y torpe animalito doméstico que jamás habría conseguido correr más rápido que aquellas elásticas y larguísimas piernas, perdón, patas, que de momento permanecían engañosamente cruzadas. Y —la constatación más antipática— una vez apresado por aquellas fauces, cuando ya empezara a ser devorado, seguro que resultaría no solo insípido para los gustos de la pantera, sino también decepcionante en el informe que esta le facilitaría después al marido profesor. No le quedaba más remedio que hacerse el tonto para no ir a la guerra, dar la impresión de no haber entendido.

—He venido por dos motivos.

—Habría podido venir incluso sin motivos.

La pantera lo tenía en el punto de mira, al animal salvaje no había forma de distraerlo.

—Usted me ha dicho que, aparte del coche, Angelo le regaló unas joyas.

—Sí. ¿Quiere verlas?

—No me interesa verlas, solo me interesan los estuches que las contenían. ¿Los conserva todavía?

—Sí, voy por ellos.

Se levantó, recogió la bandeja y se la llevó. Regresó de inmediato con dos pequeños estuches negros, vacíos y ya abiertos. El interior estaba forrado de seda blanca y en todos figuraba escrito lo mismo: «Joyería A. Dimora - Montelusa». Era lo que quería saber, lo que el sueño le había sugerido. Le devolvió los estuches a Elena y ella los dejó encima de la mesita.

—¿Y el otro motivo? —preguntó.

—Eso ya es más difícil decirlo. En el examen de la autopsia se descubrió un detalle importante. Prendidos entre los dientes del muerto se encontraron

dos hilos de tejido. La Científica me ha informado que se trata de un tejido especial que se utiliza casi exclusivamente en la fabricación de bragas de mujer.

—¿Y eso qué significa?

—Significa que alguien, antes de pegarle el tiro, le introdujo en la boca unas bragas para que no gritara. Añádase a ello el hecho de que el muerto fue hallado como si estuviera a punto de realizar el acto sexual. Por consiguiente, siendo cuando menos impensable que alguien se pasee por ahí con unas bragas en el bolsillo, eso significa que quien lo mató no fue un hombre sino una mujer.

—Comprendo. Se trataría de un delito pasional.

—Exactamente. Pero en esta fase de las pesquisas es mi deber informar al fiscal de la marcha de las investigaciones.

—Y tendrá que mencionar mi nombre.

—Por supuesto que sí. Y el fiscal Tommaseo la convocará de inmediato. Las amenazas de muerte que le dirigió a Angelo en sus cartas serán consideradas una prueba contra usted.

—¿Qué debo hacer?

La admiración que Montalbano sentía por ella aumentó unos cuantos grados. No tenía miedo ni estaba alterada, simplemente pedía información y nada más.

—Elija un buen abogado.

—¿A él puedo decirle que las cartas me las hizo escribir Angelo?

—Pues claro. Y aproveche la ocasión para sugerirle que haga alguna pregunta a Paola Torrisi.

Elena palideció.

—¿La ex de Angelo? ¿Por qué?

Montalbano extendió los brazos, no podía decírselo. Habría sido demasiado. Pero el mecanismo de la cabeza de Elena funcionaba mejor que un reloj suizo.

—¿A ella también le hizo escribir cartas como las mías?

Montalbano extendió de nuevo los brazos.

—El verdadero problema es que usted, Elena, no tiene una coartada para la noche del delito. Me dijo que había pasado unas cuantas horas dando

vueltas en su coche, y por consiguiente no se cruzó con nadie. Pero...

—¿Pero?

—Yo no lo creo.

—¿Piensa que maté a Angelo?

—Yo no creo que aquella noche usted no se cruzara con nadie. Estoy convencido de que podría presentar una coartada, pero no quiere hacerlo.

Ella lo miró con los ojos muy abiertos.

—¿Tú... cómo... puedes...? —Pasó al tuteo sin siquiera advertirlo. Ahora sí estaba alterada. Y el comisario se alegró de haber dado en el blanco.

—La otra vez te pregunté si te habías cruzado con alguien durante tu paseo en coche. Y tú contestaste que no. Pero antes de hablar titubeaste un poco. Fue la primera y la última vez. Y entonces comprendí que no querías decir la verdad. Pero ten cuidado: la falta de una coartada puede costarte la detención.

Ella palideció de golpe. Hay que batir el hierro cuando está caliente, se dijo Montalbano, odiándose por aquel tópico y por el papel de carnicero que estaba interpretando.

—Tendrían que llevarte a la comisaría...

No era verdad, no era el procedimiento habitual, pero eran las palabras mágicas, las palabras del exorcismo. En efecto, Elena se puso a temblar levemente y un velo de sudor le cubrió la frente.

—No se lo he dicho a Emilio y no quería que lo supiera.

¿Qué pintaba allí el marido? ¿Acaso el profesor estaba destinado a aparecer por todas partes como el famoso Jaimito que salía en todas las historias que le contaban de pequeño?

—¿Qué?

—Que aquella noche estuve con un hombre.

—¿Quién es?

—El empleado de una gasolinera. En la carretera de Giardina, la única que hay. Se llama Luigi. El apellido no lo sé. Me detuve en el surtidor, estaba cerrando, pero lo abrió otra vez para mí. Empezó a hacerse el gracioso y yo no dije que no. Quería... bueno, quería olvidarme de Angelo definitivamente.

—¿Cuánto rato estuvisteis juntos?

—Unas dos horas.

—¿Puede declarar?

—Creo que no tiene problemas, es muy joven, un veinteañero, ni siquiera está casado.

—Díselo al abogado. Puede que encuentre la manera de evitar que la cosa llegue a oídos de tu marido.

—Lamentaría mucho que se enterase. He traicionado su confianza.

Pero ¿cómo razonaban marido y mujer? Montalbano se quedó perplejo. De repente, Elena se puso a reír de buena gana, echando la cabeza atrás.

—¿Una mujer le introdujo sus bragas en la boca a Angelo para que no gritara?

—Eso parece.

—Solo a ti voy a decirte por qué no puedo haber sido yo.

—Adelante, habla.

—Porque cuando tenía que verme con Angelo, no me ponía bragas. Además, mira. ¿Tú crees que con esto se puede amordazar a alguien?

Se levantó, se alzó la bata, giró por completo sobre sí misma y volvió a sentarse. Efectuó el movimiento con absoluta naturalidad, sin vergüenza y sin desvergüenza. Sus bragas eran todavía más minúsculas que una tanga. Con ellas en la boca, un hombre habría podido recitar todas las catilinarias e incluso cantar la celeste *Aida*.

—Tengo que irme —dijo el comisario levantándose.

Debía apartarse sin falta de aquella mujer, en su interior se habían disparado varios timbres de alarma y señales luminosas de peligro. Elena también se levantó y se le acercó. Puesto que no podía mantenerla a raya con los brazos extendidos, la detuvo con palabras.

—Una cosa más.

—Dime.

—Nos han dicho que últimamente Angelo jugaba y perdía mucho dinero.

—¿De veras?! —Pareció auténticamente sorprendida.

—O sea que tú de eso no sabes nada.

—Ni siquiera lo había sospechado. ¿Jugaba aquí, en Vigàta?

—No; dicen que en Fanara. En una timba clandestina. ¿Tú lo acompañaste alguna vez a Fanara?

—Solo una. Pero regresamos a Vigàta aquella misma noche.

—¿Puedes recordar si aquel día Angelo entró en alguna sucursal bancaria de Fanara?

—Lo descarto. Me dejó en el coche delante de dos consultorios médicos y de dos farmacias. Y yo me aburrí como una ostra. Ah, ahora recuerdo, porque me he enterado a través de la televisión de que ha muerto, que también nos detuvimos delante del chalet del honorable Di Cristoforo.

—¿Angelo lo conocía?!

—Es evidente que sí.

—¿Cuánto tiempo estuvo en el chalet?

—Pocos minutos.

—¿Te dijo a qué había ido?

—No. Y no se lo pregunté, lo siento.

—Otra pregunta, y esta sí es la última.

—Hazme todas las que quieras.

—A tu juicio, ¿Angelo se chutaba?

—No. Nada de droga.

—¿Segura?

—Segurísima. Recuerda que a ese respecto he sido una auténtica entendida.

Dio un paso al frente.

—Adiós, hasta pronto —dijo Montalbano, echando a correr en dirección a la puerta, abriéndola y saliendo al rellano antes de que la pantera se le echara encima para apresarle entre sus garras y comérselo vivo.

La joyería Dimora de Montelusa —fundada en 1901, decía por encima del antiguo rótulo escrupulosamente restaurado— era la más conocida de la provincia. Y presumía de sus ciento y pico años de antigüedad; en efecto, el mobiliario era el mismo que el de un siglo atrás. Solo que ahora entrar resultaba más difícil que en un banco. Puertas blindadas, cristales tintados a prueba de kalashnikovs, vigilantes uniformados con enormes revólveres, tan grandes que solo con mirarlos te pegabas un susto.

Los dependientes eran tres, todos extremadamente distinguidos: un septuagenario, un cuarentón y una veinteañera. Se habían elegido con toda

evidencia para que cada uno de ellos atendiera a los clientes de la edad correspondiente. Pues entonces, ¿por qué le dirigió la palabra el septuagenario en lugar del cuarentón, tal como por derecho le correspondía?

—¿Desea ver algo en particular, señor?

—Sí, al propietario.

—¿El señor Arturo?

—Si el propietario es él, me vale el señor Arturo.

—¿Usted quién es, perdone?

—Soy el comisario Montalbano.

—Acompáñeme, si es tan amable.

Lo condujo a la parte de atrás, que era una especie de saloncito en extremo elegante. Muebles modernistas. Una ancha escalera de madera negra cubierta por una alfombra rojo oscuro terminaba en un rellano por encima del cual había una puerta cerrada de madera maciza.

—Tome asiento.

El septuagenario subió despacio, llamó a un timbre que había al lado de la puerta, que se abrió por medio de un resorte, entró y volvió a cerrar. Al cabo de dos minutos se oyó el sonido de otro resorte, la puerta se abrió y apareció de nuevo el septuagenario.

—Puede subir.

La estancia era espaciosa y estaba llena de luz. Había una supermoderna mesa de cristal de gran tamaño con un ordenador encima. Dos butacas y un sofá de esos que solo se ven en las revistas de arquitectura. Una caja fuerte enorme, último modelo, que no habría podido abrir ni siquiera un misil tierra-aire. Otra caja fuerte patética, que sin duda se remontaba al año 1901 y que habría podido abrirse con un imperdible. Arturo Dimora, un treintañero que parecía un figurín, se levantó y le tendió la mano.

—A su disposición, comisario.

—No le haré perder el tiempo. ¿Le consta que entre los clientes de los últimos tres o cuatro meses haya habido un tal Angelo Pardo?

—Un momento. —Se situó detrás de la mesa de cristal y pulsó unas teclas del ordenador—. Pues sí. Nos compró...

—Ya sé lo que compró. Quisiera saber cómo pagó.

—Un momento. Sí, aquí está. Dos talones de la Banca Popolare di Fanara. ¿Quiere el número de la cuenta?

Quince

Al salir de la joyería, se lo jugó a pares y nones. ¿Qué hacer? Aunque se pusiera inmediatamente en camino, era muy posible que llegara a Fanara pasada la una y media, es decir, cuando el banco ya estuviese cerrado. Por tanto, lo mejor sería regresar a Vigàta y coger el coche a la mañana siguiente para dirigirse a Fanara. Pero la impaciencia de averiguar algo sin duda importante a través del banco se lo estaba comiendo vivo, y seguramente los nervios lo obligarían a pasarse la noche en vela. De repente recordó que los bancos, con los cuales mantenía muy pocos tratos, abrían una hora por la tarde. Por consiguiente, lo mejor sería ir de inmediato a Fanara y apuntar decididamente hacia una *trattoria* de allí que se llamaba Da Cosma e Damiano, donde había comido un par de veces a su entera satisfacción, y después, sobre las tres de la tarde, presentarse en el banco. Al llegar al lugar donde había aparcado, acudió a su mente un pensamiento de lo más desagradable, y era que tenía una cita con el jefe superior a la que tal vez no consiguiese llegar a tiempo. ¿Qué hacer entonces? Pues olvidarse de la cita con el señor jefe superior y mandarla al carajo: si el otro no había hecho más que retrasar día a día la maldita cita, ¿a él no le estaría permitido fallar una vez? Subió al coche y se puso en marcha.

* * *

Pasar del propietario de la *trattoria* Enzo de Vigàta a los propietarios Cosma y Damiano de la de Fanara era exactamente igual que desplazarse de un continente a otro. Pedirle a Enzo un plato como aquel conejo a la cazadora que se estaba zampando habría sido como pedir chuletas de cerdo en un restaurante de Abu Dhabi.

Cuando se levantó de la mesa, experimentó el inmediato deseo de dar un paseo por el muelle. Pero el caso es que en Fanara no había muelle por la sencilla razón de que el mar se encontraba a ochenta kilómetros de distancia. Ya se había bebido un café en la *trattoria*, pero consideró oportuno tomarse otro en el bar contiguo al banco.

Luego, ya en la puerta del banco, que era de esas giratorias de cristal con alarma incorporada, debió de resultar antipático a primera vista.

«¡Sistema de alarma! ¡Deposite los objetos metálicos!», le ordenó la puerta, abriéndose a su espalda.

El guardia sentado en el interior de un cuartito de cristal blindado levantó los ojos de un crucigrama y lo miró. Él abrió una ventanilla, introdujo en su interior aproximadamente medio kilo de céntimos de euro que le estaban hundiendo el bolsillo, cerró con el llavín de plástico y entró en la puerta tubular.

«¡Sistema de alarma!», dijo la puerta, abriéndose una vez más. ¡O sea que la tenía tomada con él! ¡Aquella puerta se había propuesto tocarle los cojones! El guardia empezó a mirarlo con semblante inquieto. Montalbano sacó las llaves de su casa, las metió en el compartimento, cruzó la puerta, el semitubo se cerró a su espalda, la puerta no dijo nada, pero el otro semitubo, el de delante, no se abrió. ¡Prisionero! La puerta lo había hecho prisionero, y como no lo liberaran en cuestión de pocos segundos, estaría destinado a una muerte horrible por falta de aire. A través del cristal vio al guardia enfrascado en el crucigrama, no se había percatado de nada, y en el interior del banco no se veía ni un alma. Levantó la rodilla y soltó un poderoso puntapié contra la puerta. El guardia oyó el ruido, comprendió lo que estaba ocurriendo, pulsó el botón de un mecanismo que tenía delante, y al final el semitubo se abrió y permitió al comisario entrar en el banco. Había una primera entrada con una mesita y varias sillas a la que daban dos puertas: la de la derecha mostraba un despacho con dos escritorios vacíos y la de la izquierda presentaba el consabido tabique de madera y cristal con dos ventanillas en las que se leía «ventanilla 1» y «ventanilla 2», por si acaso alguien se equivocaba. Pero solo una de ellas tenía un empleado sentado detrás, concretamente la número 2. No habría podido decirse en conciencia que hubiera demasiada actividad en aquel banco.

—Buenos días, quisiera hablar con el director. Soy el comisario...

—¡Eres Montalbano! —exclamó el cincuentón sentado al otro lado de la ventanilla.

El comisario lo miró sorprendido.

—¿No te acuerdas de mí, eh, no te acuerdas? —dijo el hombre levantándose para dirigirse a una puerta situada al final del tabique de separación.

Montalbano se exprimió el cerebro, pero no acudió a su mente ningún nombre. El empleado se detuvo delante de él, gordo, sin afeitar, con la corbata floja y torcida y los brazos medio extendidos, a punto de estrechar con fuerza al amigo recuperado. Pero ¿es que no se dan cuenta esos que pretenden ser reconocidos cuando el tiempo ya lleva cuarenta años trabajando en su rostro? ¿No se dan cuenta de que cuarenta inviernos, tal como dice el poeta, han excavado profundas trincheras en el campo de la que fue su adorable juventud?

—¿De veras no te acuerdas, eh? Te voy a echar una manita.

¿Una manita? Pero ¿es que aquello era un concurso de la tele?

—Cu... Cu...

—¿Cucuzza? —soltó a ciegas.

—¡Cumella! ¡Giogìò Cumella! —exclamó, echándosele encima y estrujándolo en una presa de serpiente pitón.

—¡Cumella! ¡Pues claro! —farfulló Montalbano.

En realidad no recordaba un carajo. Noche y niebla.

—Vamos a tomar algo al bar. ¡Esto hay que celebrarlo! ¡Virgen santa, cuántos años! —Al pasar por delante de la jaula del guardia, le dijo—: Lullù, estoy en el bar de al lado con mi amigo. Si viene alguien, le dices que espere.

Pero ¿quién era este Cumella? ¿Un compañero del colegio? ¿De la universidad? ¿Un antiguo representante de Mayo del 68?

—¿Te has casado, Salvù?

—No.

—Yo sí, tres hijos, dos varones y una chica, la pequeña es una belleza, se llama Natascia.

Natascia en Fanara, como Ashanti en Canicattì, como Samantha en Fela, como Jessica en Gallotti. ¿Sería posible que ya no hubiera ninguna chica que

se llamara María, Giuseppina, Carmela, Francesca?

—¿Qué tomas?

—Un café. —A aquella hora de la tarde un café más o menos daba igual.

—Yo también. ¿Por qué has venido al banco, comisario? Te he visto alguna vez en la tele.

—Necesito una información. Quizá el director...

—El director soy yo. ¿De qué se trata?

—Uno de vuestros clientes, Angelo Pardo, ha sido asesinado.

—Ya me he enterado.

—En su casa no he encontrado los extractos de su cuenta.

—Él no quería que se los enviáramos. Nos dio esa orden por carta certificada, ¡imagínate! Venía personalmente a recogerlos.

—Ah, ya entiendo. ¿Podría saber cuánto tiene en la cuenta y si hizo alguna inversión?

—No; a no ser que tengas una autorización judicial.

—No la tengo.

—Pues entonces no puedo decirte que, hasta el día de su muerte, tenía con nosotros una cifra que giraba en torno a ochocientos mil.

—¿Liras? —preguntó Montalbano un tanto decepcionado.

—Euros.

Las cosas cambiaron de golpe. Más de mil quinientos millones de liras.

—¿Inversiones?

—Ninguna. Necesitaba dinero en efectivo.

—¿Por qué has puntualizado «hasta el día de su muerte»?

—Porque tres días antes retiró cien mil euros. Y por lo que he podido saber, si no le hubieran pegado un tiro, en cuestión de otros tres días habría venido a efectuar otro retiro.

—¿Qué averiguaste?

—Que los había perdido en el juego, en la timba de Zizino.

—¿Puedes decirme desde cuándo era cliente vuestro?

—Menos de seis meses.

—¿Se había quedado alguna vez en números rojos?

—Jamás. En todo caso, con cualquier cosa que hubiera ocurrido, nosotros en el banco no habríamos tenido problemas.

—Explícate mejor.

—Cuando abrió la cuenta, vino en compañía del honorable Di Cristoforo. Y ahora ya basta, hablemos un poco de los viejos tiempos.

Habló solo Cumella, recordando historias y personas de las cuales el comisario ya nada recordaba, pero le bastó, para simular que lo tenía todo presente en su memoria, decir de vez en cuando «¿cómo no?» o bien «¡pues claro que me acuerdo!».

Al término de la charla, se despidieron con un abrazo y la solemne promesa de llamarse.

Durante el camino de regreso no solo no consiguió disfrutar del descubrimiento recién hecho, sino que fue poniéndose progresivamente de mal humor. En cuanto subió al coche, empezó a darle vueltas por la cabeza una pregunta tan molesta como un mosquito: ¿por qué Giogìo Cumella se acordaba de la época de su primera etapa de bachillerato y él no? A través de algún nombre mencionado por Giogìo, de algún detalle evocado, habían vuelto a ratos a su memoria algunos retazos semejantes a fugaces relámpagos de recuerdos, pero bajo la forma de fragmentos de un rompecabezas imposible de resolver porque carecía de un esquema definido, y aquellos relámpagos le habían permitido circunscribir el período en que conoció a Cumella a la primera época del bachillerato, basándose en lo que el otro le iba diciendo. Por desgracia, la respuesta solo podía ser una: estaba empezando a perder la memoria. Señal inequívoca de vejez. Pero ¿no decían que la vejez te hacía olvidar lo que habías hecho la víspera y recordar, en cambio, cosas de cuando eras pequeño? Bueno, se ve que no siempre era así. Estaba claro que había vejezes y vejezes. ¿Cómo se llamaba esa enfermedad que te hacía olvidar incluso que estabas vivo? ¿La que padecía el presidente Reagan? ¿Cómo se llamaba? ¿Lo ves? Ya empiezas a olvidarte hasta de las cosas de hoy.

Para distraerse, evocó una consideración. ¿Filosófica? Puede que sí, pero perteneciente a la parte del pensamiento débil, es más, del pensamiento extenuado. Y a esa consideración le dio incluso un título: «La civilización de hoy en día es la ceremonia del acceso». ¿Qué quería decir? Quería decir que hoy en día, para entrar en el lugar que fuera, un aeropuerto, un banco, una joyería, una relojería, uno tiene que someterse a determinada ceremonia de

control. ¿Por qué ceremonia? Porque no sirve para nada en concreto; un ladrón, un secuestrador, un terrorista, si tiene intención de entrar, entra de todos modos. La ceremonia no sirve ni siquiera para proteger a quienes se encuentran al otro lado del acceso. Pues entonces, ¿para qué sirve? Sirve precisamente para el que está entrando, para hacerle creer que, una vez dentro, ya podrá sentirse a salvo.

—¡*Dottori*, ah, *dottori*! ¡*Li* quería decir que ha *tilifoniado* el *dottori* Latte con ese al final! Ha dicho que hoy el *signor jefe superior* de verdad que no podría.

—¿Hacer qué?

—No *mi* lo ha dicho, *dottori*. Pero ha dicho que mañana a la misma hora el *signor jefe superior* sí podrá.

—Muy bien. ¿Adónde has llegado con el archivo?

—Voy adelantando. ¡Estoy casi al final! ¡Ah, por poco *si mi* olvida! Ha *tilifoniado* también el *dottori* Gommaseo, dice que si lo llama cuando venga.

Acababa de sentarse cuando entró Fazio.

—La compañía telefónica ha contestado que técnicamente no es posible remontarse a las llamadas que usted atendió cuando estaba en casa de Angelo Pardo. Me han explicado incluso el motivo, pero no he entendido nada.

—Los que llamaron eran tipos que todavía no se habían enterado de que a Angelo Pardo le habían pegado un tiro. Uno llegó incluso a cortar la comunicación. Si no hubiera tenido nada que ocultar, no lo habría hecho. Paciencia.

—*Dottore*, también quería decirle que no tengo ningún conocido en Fanara.

—No importa, ya lo he resuelto yo.

—¿Cómo lo ha hecho?

—He sabido con toda seguridad que Angelo tenía una cuenta abierta en la Popolare de Fanara. He ido allí, el director es un antiguo compañero mío del colegio, un querido amigo, hemos recordado los buenos tiempos de la juventud.

Una trola monumental. Pero servía para hacerle creer a Fazio que todavía conservaba una memoria de hierro.

—¿Cuánto tenía en la cuenta?

—Mil quinientos millones de las antiguas liras. Y apostaba muy fuerte, tal como me dijiste. Un dinero que no ganaba, por supuesto, con su trabajo de informador médico-científico.

—Mañana por la mañana se celebra el entierro. He visto los anuncios.

—Ve tú.

—*Dottore*, solo en las películas el asesino asiste al entierro de la persona a la que ha matado.

—No te hagas el gracioso, tú ve a pesar de todo. Y fíjate en lo que hay escrito en las cintas de las coronas y los centros de flores.

En cuanto se retiró Fazio, llamó a Tommaseo.

—¡Montalbano! Pero ¿qué hace? ¿Ha desaparecido?

—*Dottore*, he tenido cosas que hacer, le ruego me disculpe.

—Mire, quiero ponerle al corriente de un dato que me parece muy grave.

—Dígame.

—Hace unos días usted me envió a la hermana de Angelo Pardo, Michela, ¿recuerda?

—Cómo no, *dottore*.

—Pues bien, la he interrogado tres veces. La última precisamente esta mañana. Una mujer inquietante, ¿verdad?

—Pues sí.

—Yo diría que con un no sé qué de turbio, ¿verdad?

—Pues sí. —Y tú, en ese no sé qué de turbio, te lo has pasado en grande, cerdito lechal disfrazado de togado y austero ministerio público.

—Tiene una mirada abismal, ¿verdad?

—Pues sí.

—Esta mañana ha estallado.

—¿En qué sentido?

—En el sentido de que en determinado momento se ha levantado, le ha salido una voz muy rara y se le ha soltado el pelo. Impresionante.

O sea que Tommaseo también había presenciado una escena de tragedia griega.

—¿Y qué ha dicho?

—Se ha puesto a despotricar contra otra mujer, Elena Sclafani, la amante de su hermano. Afirma que ella es la asesina. ¿Usted la ha interrogado?

—¿A la Sclafani? Por supuesto que sí.

—¿Por qué no me ha informado?

—Pues verá...

—¿Cómo es?

—Guapísima.

—¡La convoco enseguida!

¡Faltaría más! Como loco se echaría Tommaseo sobre Elena.

—Mire, *dottore*, que...

—No, mi querido Montalbano, nada de excusas; entre otras cosas debo comunicarle que Michela Pardo lo acusa a usted de proteger a la Sclafani.

—¿Le ha dicho el móvil por el cual la Sclafani habría...?

—Sí, los celos. También me ha dicho que usted, Montalbano, está en posesión de unas cartas escritas por la Sclafani en las cuales amenaza de muerte a su amante. ¿Es cierto?

—Sí.

—Mándemelas enseguida.

—De acuerdo, pero...

—Vuelvo a repetirle: nada de excusas. Pero ¿se da cuenta de su manera de actuar? Usted me ha ocultado...

—No mee fuera del tiesto, Tommaseo.

—No entiendo.

—Me explicaré mejor, le he dicho que no mee fuera del tiesto. Yo no le oculto nada. Lo que ocurre es que, para la noche en que Pardo fue asesinado, Elena Sclafani me ha facilitado una coartada que a usted le gustará muchísimo.

—¿Qué significa que la coartada de la Sclafani me gustará muchísimo?

—Ya lo verá. Pídale que le cuente bien los detalles. Buenas tardes.

—¿*Dottor* Montalbano? Soy Laganà.

—Buenas tardes, comandante. ¿Qué me cuenta?

—Que he tenido un golpe de suerte.

—¿En qué sentido?

—De manera totalmente casual, ayer por la tarde llegó a mis oídos que mañana se daría conocer a la prensa una amplia operación nuestra en la que están implicadas más de cuatro mil personas entre médicos, farmacéuticos e informadores, todos acusados de compadreo. Por consiguiente, hoy he llamado a un amigo mío de Roma. Pues bien, las industrias farmacéuticas de las cuales Angelo Pardo era representante no están implicadas.

—Eso significa que Pardo no puede haber sido asesinado por un compañero rival o por porcentajes no satisfechos.

—Exactamente.

—Y de las cuatro hojas en clave que le entregué, ¿qué me dice?

—Se las he pasado a Melluso.

—¿Y ese quién es?

—Un compañero mío que entiende mucho de estas cosas. Espero poder decirle algo mañana.

—¡Aaaaaaaaahhhhhhhhh!

Un fuerte grito prolongado y desgarrador aterrorizó a todos los que todavía se encontraban en la comisaría. Procedía de la entrada. Helado por el miedo, Montalbano salió corriendo y tropezó en el pasillo con Fazio, Mimì, Gallo y un par de agentes.

En el cuartito, Catarella se hallaba de pie con la espalda pegada a la pared, ya sin gritar, pero gimiendo como un animal herido, con los ojos muy abiertos, señalando con un trémulo dedo el ordenador de Angelo Pardo abierto sobre la mesita.

¡Virgen santa! ¿Qué habría visto en la pantalla para asustarse de aquella manera? ¿Al demonio? ¿A Osama bin Laden?

—¡Fuera todos! —ordenó Montalbano entrando en el cuartito.

Contempló la pantalla. Estaba en blanco, no había nada.

Tal vez, el cerebro de Catarella, a fuerza de batallar contra los guardias de paso, se había derretido por completo. Aunque, por otra parte, no hacía falta gran cosa para derretirlo.

—¡Ya podéis retiraros! —ordenó el comisario.

Cuando estuvo a solas con Catarella, lo abrazó, notó que estaba temblando y lo obligó a sentarse.

—¿Me dices qué ha pasado?

Catarella hizo un gesto de desolación.

—Vamos, intenta hablar. ¿Quieres un poco de agua?

Catarella negó con la cabeza y tragó saliva dos veces.

—Se... se... ha borrado, *dottori* —dijo con una voz a punto de quebrarse en un llanto desolado.

—Vamos, ten valor. ¿Qué se ha borrado?

—El tercer *fail*, *dottori*. Y ha borrado también los otros dos.

Por consiguiente, se había perdido todo lo que podía haber de interesante en el ordenador.

—Pero ¿cómo es posible?

—Es *posibilísimo*, *dottori*. Se ve que había un programa de limpieza.

Pero ¿la limpieza no la hacían ellos? ¿Acaso Angelo Pardo, amén de informador médico-científico, era también uno de sus confidentes sin que él lo supiera?

—¿Qué tiene que ver la limpieza?

—*Dottori*, ¿cómo *si* dice cuando uno pasa la escoba por el suelo?

—Pues que hace limpieza.

—¿Y qué es lo que he dicho yo? Hay un programa de limpieza programado para borrar lo que *si* tiene que borrar en el programa de limpieza programado para una *simana*, un mes, dos meses, *tris* meses... ¿Me explico?

—Te has explicado muy bien. Un programa de limpieza para un tiempo determinado.

—Es lo que usía ha dicho. ¡Pero no ha sido culpa o *discuido* mío, *dottori*! ¡*Si* lo juro!

—Lo sé, Catarè, lo sé. Tranquilo.

Le acarició una vez más la cabeza y regresó a su despacho. Angelo Pardo había adoptado todas las precauciones posibles e imaginables para que no se descubriera cómo ganaba todo el dinero que necesitaba para jugar a las cartas y hacer regalos a su amante.

Dieciséis

Llegó a Marinella y lo primero que hizo fue lanzarse por el salmón. Una loncha muy grande aliñada con limón recién exprimido y un aceite de oliva especial que le había regalado uno que lo producía («La virginidad de este aceite ha sido certificada con una visita ginecológica», se leía en la etiqueta que lo acompañaba). Tras haber comido, despejó la mesita de la galería y sustituyó el plato y los cubiertos por una botella nueva de J&B y un vaso. Sabía finalmente que tenía en la mano el extremo de un hilo muy largo —«y como se te ocurra llamarlo hilo de Ariadna, abofetéate», se amenazó a sí mismo— que podría guiarlo, si no a la solución, como mínimo al principio del camino adecuado.

Sin darse cuenta, quien le había entregado el extremo del hilo era el fiscal Tommaseo. Michela le había montado una escena greco-histórica, gritándole que él, Montalbano, no quería actuar contra Elena a pesar de estar en posesión de las cartas en que Elena amenazaba con matar a Angelo. Que él estaba en posesión de las comprometedoras cartas era cierto, pero había un pequeño detalle no desdeñable: Michela no tendría que saberlo.

Porque días atrás, a su pregunta de si las había encontrado, él había contestado que no, simplemente para mantener la turbiedad de las aguas. Y eso lo recordaba muy bien, ¡un cuerno vejez o Alzheimer (mira, acababa de acudirle a la mente el nombre de esa mierda de enfermedad)! Y de eso podría dar fe Paola la Roja, que también estaba presente.

La única que sabía que había encontrado las cartas era Elena porque él se las había enseñado. Pero ambas mujeres no se hablaban. ¿Así pues? Solo podía haber una respuesta, una sola: era Michela la que había ido a comprobar si en el maletero del Mercedes se hallaba todavía el sobre con las

tres cartas, y al no verlo allí, llegó a la lógica conclusión de que el comisario lo había descubierto y se lo había llevado.

Alto ahí, Montalbano. ¿Cómo sabía Michela que las cartas estaban debajo de la alfombrilla del Mercedes? Ella había dicho que su hermano guardaba las misivas en un cajón del escritorio. Angelo no tenía ningún motivo lógico para sacarlas de su casa y llevárselas al coche, escondiéndolas, eso sí, pero de tal manera que no lo estuviesen del todo para que, si alguien buscaba con atención, pudiera descubrirlas. Por consiguiente, las había cambiado de sitio Michela. ¿Y cuándo lo había hecho? La misma noche en que Angelo fue encontrado muerto de un disparo, cuando él, Montalbano, cometió la solemne estupidez de dejarla sola en el apartamento.

¿Y por qué había organizado Michela semejante número?

¿Por qué oculta alguien una cosa, haciéndolo de manera que se pueda encontrar como por casualidad? Con toda seguridad, para dar más importancia al hallazgo. Explícate mejor, Salvo.

En caso de que él abriera el cajón del escritorio, viese las cartas y las leyera, sería todo normal. Valor de las palabras de las cartas, pongamos diez. Pero si él las encontrara tras haberse vuelto loco buscándolas porque estaban escondidas, significaba que aquellas cartas no tenían que leerse y, por consiguiente, el valor de las palabras subía a cincuenta. De esa manera, las amenazas de muerte adquirían peso y autenticidad, dejaban de ser las frases genéricas de una amante celosa.

Felicidades a Michela. Como intento de joder a la odiada Elena, la idea era genial. Pero el exceso de odio la había traicionado delante de Tommaseo. Para ella era muy fácil entrar en el garaje porque tenía un duplicado de todas las llaves de Angelo...

Un momento. Después del sueño del baño en casa de Michela, había acudido a su mente algo relacionado con una llave. Pero una llave ¿de quién?

Comisario Montalbano, repáselo todo desde el principio. ¿Desde el principio principio? Sí, señor, desde el principio principio.

¿Me permite que primero me prepare otro *whisky*?

Bueno, pues un día se presenta en mi despacho la señora («perdón, señorita») Michela Pardo, la cual me dice que desde hace dos días su hermano Angelo no da señales de vida. Me dice también que ella ha entrado

en su apartamento porque tiene un duplicado de las llaves y lo ha encontrado todo en orden. La misma tarde se vuelve a presentar. Vamos juntos a mirar al apartamento. Todo sigue en orden, no hay la menor huella de una partida repentina. Cuando ya hemos salido de la casa y estamos a punto de despedirnos, a ella se le ocurre que no hemos mirado en un cuarto alquilado que Angelo tiene en la azotea. Volvemos a subir. La cristalera que da acceso a la azotea está cerrada, Michela la abre con una de sus llaves. La puerta del cuarto está cerrada, pero Michela me dice que de esa no tiene la llave. Entonces yo la echo abajo. Y descubro...

Detente, Montalbano, esta es la cuestión, como diría Hamlet, este es el punto de la historia que no encaja.

¿Qué sentido tiene que Michela esté en posesión de la llave de la puerta de la azotea si no va acompañada también de la del antiguo lavadero? Si tiene todas las llaves que pertenecen a su hermano, a la fuerza ha de tener también la del cuarto de la azotea. Tanto más si Angelo iba allí para leer o tomar el sol, tal como había dicho la propia Michela. No iba allí para reunirse con sus mujeres. ¿Y eso qué significaba?

Se dio cuenta de que había vuelto a vaciar el vaso. Lo llenó, bajó de la galería a la arena y, tomando de vez en cuando un sorbo de *whisky*, llegó a la orilla del mar. La noche era oscura, pero se estaba bien. Las luces de las barcas en la línea del horizonte parecían estrellas muy bajas.

Recuperó el hilo de su razonamiento. Si Michela estaba en posesión de la llave del cuarto pero le había dicho que no, significaba que la mujer quería que fuera él, Montalbano, quien derribara la puerta y descubriera a Angelo muerto de un disparo. Y eso porque Michela ya sabía que en el cuarto se encontraba el cadáver de su hermano. Con todo ese teatro pretendía mostrarse a los ojos del comisario como completamente ajena a los hechos a pesar de estar metida hasta el cuello.

Regresó a la galería, se sentó y tomó otro trago de *whisky*. ¿Cómo podían haber ocurrido las cosas?

Michela dice que aquel lunes Angelo la llamó para advertirla de que esa noche Elena iría a su casa. Por eso Michela no apareció por allí. Pero ¿y si Angelo, al ver que Elena no llegaba y convencido al final de que ya no volvería por allí, hubiera llamado de nuevo a su hermana y esta hubiera

acudido? Puede que Angelo le dijese que subiría a la azotea para tomar un poco el aire. Cuando llega Michela, encuentra a su hermano muerto, asesinado. Se convence de que ha sido Elena, la cual, tras llegar con retraso, ha discutido con él. Tanto más si Angelo deseaba mantener una relación sexual con la chica, lo cual resulta de todo punto evidente. Y entonces decide rematar la faena para impedir que Elena se vaya de rositas. Lo cierra todo con llave, baja al apartamento, se pasa toda la noche tratando de deshacerse de todo lo que puedan revelar los dudosos negocios de Angelo, principalmente la caja fuerte blindada, traslada las cartas al garaje para que sirvan de prueba de cargo contra Elena...

Aquí Montalbano lanzó un suspiro de satisfacción. Para hacer lo que le daba la gana, Michela había dispuesto de todo el tiempo que necesitaba antes de denunciar la desaparición de su hermano, y probablemente la noche que él le permitió pasar en el apartamento ella dormiría feliz y satisfecha, total, ya lo había hecho todo. Seguía siendo una bobada descomunal, pero sin consecuencias directas.

Pero ¿por qué Michela tenía la certeza de que Angelo estaba metido en algún negocio sucio? La respuesta era sencilla. Al enterarse de que su hermano le había hecho costosos regalos a Elena, comprendió que el dinero no había salido de la cuenta común y que Angelo tenía una cuenta secreta con bastante dinero, demasiado para haberlo ganado honradamente. La historia de las gratificaciones y las primas a la productividad que le contó a él, Montalbano, era una trola como una casa. Aquella mujer era demasiado inteligente para que la cosa no le oliese a chamusquina.

Pero ¿por qué se había llevado la caja blindada? Para eso también había una respuesta: porque no consiguió descubrir dónde estaba escondida la segunda llave, la que encontró Fazio pegada a la parte inferior del cajón. Además, si se consideraba...

La consideración empezó ahí y ahí terminó. De repente empezaron a cerrársele los ojos mientras inclinaba la cabeza hacia delante. Lo único que podía tomar en seria consideración era la cama.

Tuvo la suerte de despertar unos minutos antes de que sonara el despertador. Pensó que aquella mañana era la del entierro de Angelo Pardo. La palabra entierro le recordó la muerte... Se levantó de un salto, corrió a la ducha, se lavó, se afeitó, se bebió el café, se vistió con el frenético ritmo de una película de Jaimito, hasta el punto de que, en determinado momento, le pareció oír el saltarín sonido del inevitable piano de acompañamiento, salió de casa y recuperó finalmente su ritmo habitual en cuanto se vio circulando en dirección a Vigàta.

Fazio no estaba en la comisaría. Mimì se había ido a Montelusa porque lo había llamado Liguori. Catarella estaba muy taciturno porque todavía no se había recuperado de la impresión sufrida la víspera con el ordenador de Pardo, cuando los guardias de paso desaparecieron de golpe y él se quedó contemplando la pantalla en blanco como el famoso desierto de los tártaros de Dino Buzzati. En resumen, un aburrimiento mortal.

A media mañana se recibió la primera llamada.

—Mi queridísimo amigo, ¿todos bien en casa?

—Muy bien, *dottor* Lattes.

—¡Pues gracias sean dadas a la Virgen! Quería decirle que hoy, lamentablemente, el señor jefe superior no podrá recibirlo. ¿Pongamos para mañana a la misma hora?

—Pongamos, *dottore*, faltaría más.

Gracias a la Virgen, aquel día también se ahorraría la contemplación de la cara del señor jefe superior. Pero le había entrado curiosidad por saber qué deseaba el jefe de él. Seguro que nada importante, puesto que aplazaba la visita con tanta facilidad.

«Esperemos que consiga decírmelo antes de que yo me jubile o de que a él lo trasladen a otro sitio», pensó.

Inmediatamente después recibió la segunda.

—Soy Laganà, comisario. Mi amigo Melluso, aquel a quien le pasé las hojas para que las descifrara, ¿recuerda?...

—Lo recuerdo muy bien. ¿Ha conseguido averiguar cómo funciona la clave?

—Todavía no. Pero entretanto ha hecho un descubrimiento que me ha parecido importante para sus investigaciones.

—¿De veras?

—Sí. Pero quisiera hablarle de ello personalmente.

—¿Puedo pasar a verlo sobre las cinco y media de la tarde?

—De acuerdo.

A las doce y media se recibió la tercera.

—¿Montalbano? Soy Tommaseo.

—Dígame, *dottore*.

—Esta mañana a las nueve he interrogado a la señora Elena Sclafani... ¡Dios mío! —De repente se quedó sin respiración.

Montalbano se preocupó.

—¿Qué le ocurre, *dottore*?

—Pero esa mujer es guapísima, es una criatura que... que...

Tommaseo estaba todavía alterado, no solo le faltaba la respiración sino hasta las palabras.

—¿Qué tal ha ido?

—¡Estupendamente bien! —contestó el ministerio público—. ¡Mejor imposible!

En buena lógica, cuando un fiscal se declara contento y satisfecho después de un interrogatorio, significa que el acusado se encuentra en muy mala situación.

—¿Ha descubierto elementos de culpabilidad?

—¡Pero qué dice!

Pues entonces había que dejar a un lado la lógica: el ministerio público Tommaseo se había inclinado totalmente a favor de Elena.

—La señora se ha presentado con el abogado Traina. El cual vino acompañado del empleado de una gasolinera, un tal Luigi Diotisalvi.

—La coartada de la señora.

—Exactamente, Montalbano. No podemos por menos de envidiar a Diotisalvi e instalar también nosotros un surtidor de gasolina con la esperanza de que cualquier día de estos la señora necesite poner gasolina, ja, ja, ja. — Soltó una carcajada, todavía alelado por la presencia de Elena.

—La señora tenía especial empeño en que el marido no llegara a enterarse de su coartada —le recordó el comisario.

—Claro. He tranquilizado ampliamente a la señora. Pero la conclusión es que hemos regresado a alta mar. ¿Qué hacemos, Montalbano?

—Nademos, *dottore*.

A la una menos cuarto Fazio regresó del entierro.

—¿Había gente?

—Bastante.

—¿Coronas?

—Nueve. Solo un centro, de la madre y la hermana.

—¿Has anotado los nombres de las cintas?

—Sí, señor. Seis son de personas desconocidas, pero tres son nombres conocidos.

Los ojos empezaron a brillarle. Signo inequívoco de que estaba a punto de soltar un bombazo.

—Adelante.

—Una corona era de la familia del senador Nicotra.

—No tiene nada de extraño. Ya sabes que eran amigos. El senador lo había defendido...

—Otra, de la familia del honorable Di Cristoforo.

Si Fazio esperaba que el comisario se sorprendiera, sufrió una decepción.

—Me consta que se conocían. El que presentó a Pardo al director del banco de Fanara fue el honorable Di Cristoforo.

—Y la tercera pertenecía a la familia Sinagra. Precisamente esos Sinagra que nosotros conocemos tan bien —disparó Fazio.

Y esta vez Montalbano se quedó estupefacto.

—¡Coño!

Si los Sinagra se habían expuesto hasta semejante extremo, significaba que Angelo era un amigo de mucha consideración. ¿Habría sido el senador Nicotra quien puso en contacto a Pardo con los Sinagra? Y así pues, ¿Di Cristoforo pertenecía a la misma camarilla? ¿Cristoforo-Nicotra-Pardo, un triángulo cuya área era la familia Sinagra?

—¿Has ido también al cementerio?

—Sí, señor. Pero no han podido enterrarlo, lo han dejado en el depósito por unos días.

—¿Por qué?

—*Dottore*, los Pardo tienen un panteón familiar, pero en el momento de introducir el ataúd en la fosa, no han podido. Tenía una tapa demasiado alta y habrán de agrandar la fosa.

Montalbano se quedó pensativo.

—¿Recuerdas cómo era Angelo Pardo?

—Sí, señor *dottore*. Aproximadamente un metro setenta y cinco y unos ochenta kilos.

—De lo más normal. ¿Y crees que para un muerto así se necesita un ataúd de tamaño extra?

—No, señor *dottore*.

—A ver si lo entiendo, Fazio. ¿De dónde ha salido el cortejo?

—De la casa de la madre de Pardo.

—Lo cual significa que desde Montelusa ya lo habían trasladado aquí a Vigàta.

—Sí, señor, lo hicieron anoche.

—Oye, ¿puedes averiguar el nombre de la funeraria?

—Angelo Sorrentino e Hijos.

Montalbano lo miró con los ojos entornados.

—¿Y cómo es posible que ya lo sepas?

—Porque la cosa no me cuadraba para nada. Aquí dentro, policía no solo lo es usted, *dottore*.

—Pues entonces llama a ese Sorrentino, dile que te facilite el nombre de los que se han encargado materialmente del traslado desde Montelusa hasta aquí y después del entierro. A esas personas me las convocas aquí para las tres y media de la tarde.

En Enzo comió ligero, pues no tendría tiempo de dar el habitual paseo digestivo-meditativo por el muelle hasta el faro. Mientras comía, volvió a pensar en la coincidencia de que en el entierro de Angelo hubiera coronas de

las familias Nicotra y Di Cristoforo, ambas afectadas también por un luto reciente. Tres personas que en cierto modo mantenían relaciones de amistad habían muerto en menos de una semana. Un momento. Estaba más que demostrado que el senador Nicotra era amigo de Pardo, y había descubierto que Di Cristoforo también era amigo de Pardo, pero ¿Nicotra y Di Cristoforo eran amigos? Pensándolo bien, puede que la situación fuera otra.

Después del desbarajuste de Manos Limpias, Nicotra se había pasado al partido del especulador inmobiliario milanés y había seguido dedicándose a la política, siempre, naturalmente, con el respaldo de la familia Sinagra. Di Cristoforo, exsocialista, se había pasado a un partido de centro contrario al de Nicotra. Y en más de una ocasión lo había atacado más o menos abiertamente por sus relaciones con los Sinagra. Por tanto, la situación era que Di Cristoforo estaba a un lado y Nicotra al otro, y el único punto en común entre ambos era Angelo. No era el triángulo que antes se había imaginado. Pues entonces, ¿qué representaba Angelo Pardo para Nicotra y qué para Di Cristoforo? Teóricamente, si era amigo de este, no habría podido serlo de aquel. Y viceversa. El amigo de mi enemigo es mi enemigo, salvo que haga algo que resulte beneficioso tanto para los amigos como para los enemigos.

—Yo me llamo Filippu Zocco.

—Y yo Nicola Paparella.

—¿Sois vosotros los que habéis trasladado los restos de Angelo Pardo desde el depósito de Montelusa?

—Sí, señor —contestaron a coro.

Los dos sepultureros cincuentones iban vestidos con una especie de uniforme: chaqueta cruzada negra, corbata negra, sombrero negro. Parecían dos gánsteres de película americana excesivamente caracterizados.

—¿Cómo es posible que el ataúd no haya podido entrar?

—¿Hablo yo o hablas tú? —le preguntó Paparella a Zocco.

—Habla tú.

—La *siñura* Pardo llamó al jefe, el *siñor* Sorrentino, que fue a su casa para ponerse de acuerdo sobre el ataúd y los horarios. A las siete de ayer por

la tarde fuimos al *dipósitu*, colocamos el muerto en el ataúd y lo llevamos a la casa de *ista señora* Pardo.

—¿Es la costumbre?

—No, *siñor cumisariu*. Algunas veces *si* hace, pero no es costumbre.

—¿Y cuál es la costumbre?

—Nosotros recogemos el muerto en el *dipósitu* y lo *llivamos* directamente a la iglesia donde *si* celebra el funeral.

—Siga.

—Cuando llegamos, la *siñura* dijo que el ataúd *li* parecía bajo. Quería otro que fuera más alto.

—¿Y era bajo?

—No, *siñor* comisario. Pero a veces los parientes de los muertos se fijan en chorradas. Sea como fuere, la *siñora* habló con el jefe por *tilífono* y se pusieron de acuerdo. Al cabo de media hora llegó otro ataúd *qui* a la *siñura* le pareció bien. Entonces sacamos al muerto del primero y lo pusimos en el segundo. Pero la *siñura* no quiso que lo tapáramos. Dijo que quería velar toda la noche, pero no *dilante* de la caja cerrada. Nos dijo que volviéramos a las siete de la mañana siguiente para taparlo. Y nos dio cien euros a cada uno por la molestia. Y así lo hicimos. Esta mañana hemos vuelto y lo hemos tapado. Después ha ocurrido que en el *ciminterio*...

—Ya sé lo ocurrido. Esta mañana, al ir a cerrar la caja, ¿habéis observado algo raro?

—*Comisariu*, había una cosa rara que no era rara.

—No entiendo.

—A veces los familiares ponen cosas en el ataúd, cosas que *li* gustaban al muerto cuando vivía.

—¿Y en este caso concreto?

—En este caso concreto parecía que *il* muerto casi estuviera medio incorporado.

—¿O sea?

—La *siñura* le había colocado una cosa muy grande *dibajo* de la cabeza y los hombros. Una cosa *invuelta* en una sábana. En resumen, era como si *li* hubiera puesto una almohada.

—Una última curiosidad. En el primer ataúd, ¿el muerto habría podido estar en esa posición?

—No —contestaron nuevamente a coro Zocco y Paparella.

Diecisiete

—¡Ah, comisario! ¡Pero qué puntual es usted! ¡Tome asiento! —dijo Laganà.

Mientras Montalbano se sentaba, el comandante de los carabinieri marcó un número.

—¿Puedes venir? —dijo y colgó.

—Bueno pues, mi comandante, ¿qué han descubierto? —preguntó el comisario.

—Si no le importa, prefiero que sea mi compañero quien se lo diga, puesto que el mérito es suyo.

Llamaron a la puerta. Vittorio Melluso era la viva imagen de William Faulkner en la época en que le concedieron el Nobel. La misma elegancia de caballero del Sur, la misma sonrisa cortés y distante.

—La clave basada en la colección de canciones ligeras es muy difícil de comprender precisamente porque está concebida de manera muy elemental y creo que para uso personal.

—No he entendido qué significa para uso personal.

—*Dottore*, una clave sirve en general para que dos o tres personas se comuniquen entre sí sin temor a que otras puedan llegar a comprender lo que se dicen. ¿De acuerdo?

—Sí.

—Por consiguiente, de dicha clave se hacen tantas copias como sean necesarias para las personas que han de intercambiar información. ¿Está claro?

—Sí.

—La clave que usted ha encontrado creo que solo tiene una copia. Solo le servía a la persona que se la había inventado para codificar unos nombres, los que aparecen en las dos listas que me dio Laganà.

—¿Ha conseguido comprender algo?

—Pues mire, creo que dos cosas. La primera es que cada apellido corresponde a una cifra, la de la columna de la izquierda. Las cifras están todas compuestas por seis números, mientras que los apellidos, si los contamos letra por letra, tienen longitudes distintas. Eso significa que cada número no corresponde a una letra. Probablemente en el interior de cada cifra haya unos números camuflados.

—¿O sea?

—Unos números que no sirven para nada o, por lo menos, para desviar la atención. En otras palabras, se trata de una clave dentro de una clave.

—Comprendo. ¿Y la segunda cosa?

Laganà y Melluso intercambiaron una rapidísima mirada.

—¿Se lo dices tú? —preguntó Melluso.

—El mérito es tuyo —contestó Laganà.

—Comisario, usted nos entregó dos listas. En ambas, las cifras de la izquierda, las que ocultan los nombres, se suceden y repiten de la misma manera. En cambio, las de la derecha cambian constantemente. Examinándolas bien, he llegado a una conclusión, es decir, que las cifras de la derecha de la primera lista se refieren a sumas en euros mientras que las de la derecha de la segunda lista representan cantidades. Comparando, por ejemplo, las primeras dos cifras de la derecha de las dos listas, se descubre que hay una relación muy precisa, basada...

—... en el precio actual del mercado —concluyó el comisario.

Laganà, que desde hacía cinco minutos no apartaba los ojos de Montalbano, se echó a reír.

—¡Te lo había dicho, Melluso, que aquí el comisario lo comprende todo al vuelo!

Melluso inclinó ligeramente la cabeza hacia Montalbano en señal de reconocimiento.

—Pues entonces —terminó el comisario—, en la primera lista figuran los nombres de los clientes y la suma pagada por cada uno de ellos; en la segunda lista consta la cantidad entregada cada vez. Había una tercera lista en el ordenador, pero, por desgracia, se ha autodestruido.

—¿Ahora imagina lo que contenía? —preguntó Laganà.

—Ahora, sí. Seguramente figuraban la fecha y la cantidad de mercancía que el proveedor, digamos mejor el mayorista, le entregaba.

—¿Sigo intentando descifrar los nombres? —preguntó Melluso.

—Pues claro. Y le estoy muy agradecido.

Pero no dijo que de aquellos catorce nombres, dos seguro que ya los conocía.

Llegó a la comisaría cuando ya estaba oscureciendo. Levantó el auricular y marcó el número de Michela.

—¿Oiga? Soy Montalbano. ¿Cómo está?

—¿Cómo quiere que esté?

La mujer tenía una voz distinta que parecía proceder de muy lejos, cansada como después de una larga caminata.

—Tengo que hablar con usted.

—¿Podemos dejarlo para mañana?

—No.

—Muy bien pues, venga cuando quiera.

—Oiga, Michela, vamos a hacer una cosa: reunámonos en el apartamento de su hermano dentro de una hora, total, usted ya tiene las llaves. ¿Le parece bien?

Puede que en casa de Michela estuvieran su madre, la tía de Vigàta, la tía de Fanara y quizá amigos que habían acudido a dar el pésame y tal vez obstaculizaran e incluso impidieran la conversación.

—¿Por qué precisamente allí?

—Después se lo digo.

Corrió a Marinella, se desnudó, se metió bajo la ducha, y volvió a vestirse cambiándose toda la ropa, calzoncillos, camisa, calcetines y traje. Llamó a Livia, le dijo que la quería y colgó, dejándola probablemente desconcertada. Después se escanció un trago de *whisky* y fue a bebérselo a la galería, fumando un cigarrillo. A continuación se puso al volante. Ahora tendría que reventar la pústula, la parte más desagradable.

Al llegar a la casa de Angelo, aparcó, bajó y miró hacia las ventanas y los balcones del último piso. Ahora ya estaba completamente oscuro y en dos ventanas había luz. Por eso, en lugar de utilizar las llaves, llamó al portero electrónico, pero nadie contestó. Solo el resorte del portal al abrirse. Subió los peldaños sin vida del edificio muerto, y al llegar al último rellano, vio a Michela esperándolo delante de la puerta.

Se pegó un susto. Se pegó un susto porque, de manera absurda y por una fracción de segundo, le había parecido que la mujer que lo estaba mirando no era Michela sino su madre. ¿Qué le habría ocurrido?

Cierto que la muerte de su hermano la había golpeado con dureza, pero, hasta la víspera, Montalbano la había visto reaccionar bien, definirse con inteligencia y acusar con fuerza. ¿Sería posible que la lúgubre ceremonia del funeral le hubiera hecho tomar conciencia de la pérdida definitiva e irrevocable de Angelo? Vestía uno de sus habituales vestidos holgados e informes, como si se los comprara en un tenderete de ropa de segunda mano y solo encontrase tallas demasiado grandes. El vestido era negro, de luto. Negras las medias, negros los zapatos de paño sin tacón y con un botón, estilo hija de María. Se había recogido el cabello con un gran pañuelo, naturalmente negro. Estaba apoyada contra la hoja de la puerta, con los hombros encorvados y la mirada hacia el suelo.

—Pase.

Montalbano entró y se detuvo en el vestíbulo.

—¿Dónde quiere que vayamos?

—Donde usted quiera —contestó Michela, cerrando la puerta.

Él eligió el salón. Se sentaron en las dos butacas situadas una enfrente de la otra. Y ninguno de los dos dijo nada durante un rato; el comisario, cohibido y en silencio, parecía alguien que hubiera acudido a la casa para dar el pésame y quedarse justo el tiempo necesario.

—O sea que todo ha terminado —dijo Michela, recostándose contra el respaldo y cerrando los ojos.

—No todo. La investigación sigue abierta.

—Sí, pero nunca se cerrará de la manera adecuada. O bien será archivada o bien detendrán ustedes a alguien que no tiene nada que ver.

—¿Por qué lo dice?

—Porque he sabido que el *dottor* Tommaseo no ha presentado ninguna acusación contra Elena tras haberla interrogado. Se ha puesto de su lado, tal como por otra parte ha hecho usted, comisario.

—Pero la que sacó a colación a Elena fue usted, ¿no?

—Sí, ¡porque si hubiera esperado a que lo hiciese usted...!

—¿Le ha dicho a Tommaseo que tengo en mi poder las cartas de Elena a su hermano?

—¿No debería haberlo hecho?

—No debería.

—¿Y eso por qué? ¿Para que usted pudiera seguir manteniendo a Elena al margen?

—No; para que usted pudiera seguir manteniéndose al margen, Michela. En cambio, diciéndole al magistrado lo que le ha dicho, ha cometido un error. Los deportistas dirían un gol en propia puerta.

—Explíquemelo.

—Pues claro. Yo jamás le he dicho que hubiera encontrado las cartas. Y si no se lo he dicho, ¿cómo se las ha arreglado usted para saberlo?

—¡Pero si estoy segura de que fue usted quien me lo dijo! Es más, recuerdo que estaba Paola con nosotros...

Montalbano sacudió la cabeza.

—No, Michela; su amiga Paola, si quiere llamarla a declarar, no podrá sino confirmar que aquella tarde yo, contestando a una pregunta suya muy concreta, negué haber encontrado las cartas.

Ella no abrió la boca, sino que se hundió todavía más en el sillón, manteniendo los ojos cerrados.

—Fue usted, Michela, la que cogió las tres cartas que Angelo guardaba en el escritorio —prosiguió el comisario—, las introdujo en un sobre grande y las escondió en el garaje, debajo de la alfombrilla del portamaletas del Mercedes. Pero lo hizo de manera que una esquina del sobre quedara a la vista. Usted quería que las descubriéramos. Para que yo, al leerlas, me preguntara quién tendría interés en tratar de esconderlas. Y la respuesta solo podía ser una: Elena. Cuando fue a echar un vistazo y vio que el sobre ya no estaba, tuvo la certeza de que yo tenía las cartas.

—¿Y cuándo habría hecho yo todo eso? —preguntó con una voz tensa y repentinamente alerta y vigilante.

¿Y si le revelaba su suposición? Tal vez fuera prematuro. Prefirió atribuirse una culpa que a aquellas alturas ya sabía que no era importante.

—La noche que descubrimos a Angelo. Cuando permití que se quedara a dormir sola en este apartamento, cometiendo con ello un grave error.

Ella se relajó.

—Eso es una fantasía suya. Carece de pruebas.

—De las pruebas hablaremos dentro de poco. Tal como usted sabe, he buscado en vano la caja blindada que Angelo tenía en casa. Supongo que también debió de llevársela usted, Michela, la misma noche que se apoderó de las cartas.

—Pues entonces —repuso en tono irónico—, ¿quiere explicarme por qué razón lo dispuse todo de manera que usted encontrara las cartas, pero, siguiendo su razonamiento, no hice lo mismo con la caja?

—Porque las cartas tal vez podían acusar a Elena, mientras que el contenido de la caja con toda seguridad habría acusado a su hermano.

—¿Y qué podía haber de tan comprometedor en la caja, según usted? ¿Dinero?

—Dinero no. Eso lo tenía en Fanara, en la Banca Popolare.

Se esperaba una reacción distinta de Michela. Como mínimo, Angelo no le había revelado que tenía otra cuenta y, por consiguiente, dadas las estrechas relaciones entre hermano y hermana, la omisión era algo muy cercano a una traición.

—Ah, ¿sí? —dijo, solo levemente sorprendida.

Una indiferencia que olía a trola desde un kilómetro de distancia. Lo cual significaba que Michela sabía muy bien que Angelo tenía otra cuenta. Y por consiguiente, de sus negocietes debía de saber la misa entera.

—Usted de esta otra cuenta no sabía nada, ¿verdad?

—Nada. Estaba segura de que solo tenía la de doble titularidad, me parece que ya se la enseñé.

—Según usted, el dinero depositado en Fanara, ¿de dónde procedía?

—Pues no sé, debían de ser primas a la productividad, gratificaciones, porcentajes extraordinarios, cosas de ese tipo. Yo creía que esas sumas las

tenía en casa, pero se ve que las había depositado en el banco.

—¿Usted sabía que apostaba fuertes sumas de dinero?

—No. Rotundamente no.

Otra mentira. Sabía que su hermano había adquirido el vicio del juego. En efecto, se había limitado a negarlo, sin preguntarle a Montalbano cómo se había enterado, dónde jugaba, cuánto ganaba o perdía.

—Si había mucho dinero en la cuenta —añadió—, significa que quizá Angelo tuvo una noche de suerte en el juego.

Practicaba muy bien la esgrima la chica. Esquivaba muy bien e inmediatamente después era capaz de efectuar una entrada a fondo, aprovechando el movimiento del adversario. Estaba dispuesta a reconocerlo todo con tal que no se supiera el verdadero origen de aquel dinero.

—Volvamos a la caja blindada.

—Comisario, yo no sé nada de la caja, tal como no sabía nada de la cuenta de Fanara.

—Según usted, ¿qué podía haber dentro de la caja?

—No tengo ni la más remota idea.

—Pues yo sí —repuso Montalbano en voz baja, como si no le diera ninguna importancia.

Ella no mostró ningún interés en saber cuál era la idea del comisario.

—Estoy cansada —repuso en su lugar, lanzando un suspiro.

A Montalbano le dio lástima. Porque percibió en aquellas dos palabras el peso de un cansancio auténtico y profundo que no era solo corporal, físico, sino también de los sentimientos, de los pensamientos, del alma. Un cansancio integral.

—Si quiere, yo me...

—No; quédese. Cuanto antes terminemos, mejor. Pero le ruego una cosa, comisario, no juegue conmigo al gato y el ratón. Usted, a estas alturas, ya ha comprendido muchas cosas, o por lo menos así lo creo. Hágame preguntas concretas y yo contestaré lo que pueda.

Montalbano no consiguió comprender si ahora la mujer quería simplemente cambiar de juego o si lo invitaba de verdad a terminar porque ya no podía más.

—Eso exigirá un poco de tiempo.

—Dispongo del que usted necesite.

—Quisiera empezar diciendo que tengo una idea muy concreta acerca del lugar en que actualmente se encuentra la caja. Habría podido comprobarlo antes de nuestra entrevista y confirmar mi suposición. No lo he hecho.

—¿Por qué?

—Quizá la comprobación no tenga que hacerla a la fuerza. Depende de usted.

—¿De mí?! ¿Y dónde supone usted que se encuentra la caja?

—En el cementerio. Dentro del ataúd. Debajo del cuerpo de Angelo.

—¡Quite, por Dios! —exclamó, tratando incluso de esbozar una sonrisita que debió de costarle un enorme esfuerzo.

—No vamos bien, Michela. Como siga usted así, me veré obligado a llevar a cabo la comprobación. ¿Sabe lo que eso significa? Que tendré que solicitar toda una serie de autorizaciones, el asunto adquirirá carácter oficial, la caja se abrirá, y todo lo que usted ha hecho para preservar el buen nombre de su hermano no habrá servido para nada.

Tal vez fue entonces cuando Michela comprendió que había perdido la partida. Abrió los ojos y lo miró un instante. Montalbano se agarró instintivamente a los brazos del sillón como si quisiera anclarse a ellos. Pero no había ningún mar agitado por el temporal en el interior de aquellos ojos, sino una superficie líquida, amarillenta, espesa, que se movía muy despacio y parecía respirar, subiendo y bajando. No infundía miedo, pero daba la impresión de que, si introducías un dedo en ella, te lo quemaría hasta el hueso. Michela volvió a cerrar los ojos.

—¿Sabe también lo que hay dentro de la caja? —preguntó.

—Sí. Cocaína. Y no solo eso.

—¿Qué más?

—Tiene que estar también la sustancia equivocada con la cual Angelo cortó la última partida de cocaína, convirtiéndola sin querer en un veneno mortal. Y provocando de esa manera la muerte de Nicotra, Di Cristoforo y otros de quienes él era el proveedor de confianza.

La mujer se quitó el pañuelo de la cabeza y la sacudió; el pelo se le derramó por la espalda.

«¿Cómo es posible que no me haya dado cuenta antes de que tiene tantos cabellos blancos?», se preguntó el comisario.

—Estoy cansada —repitió Michela.

—¿Cuándo empezó Angelo a frecuentar las timbas?

—El año pasado. Fue allí por curiosidad. Pero marcó el principio de su fin. El dinero que ganaba ya no le bastaba. Y aceptó la oferta que le hicieron. Proveer a clientes importantes de grandes cantidades. Dada su profesión, podía moverse libremente por toda la provincia sin despertar sospechas.

—¿Usted cómo descubrió que él...?

—No lo descubrí; me lo dijo él. No me ocultaba nada.

—¿Sabe quién le hizo la proposición?

—Lo sé, pero no voy a decírselo.

—¿Le dijo también que había adulterado la última partida de cocaína?

—No, no tuvo el valor.

—¿Por qué?

—Porque lo hizo por la guarra, por Elena. Necesitaba mucho dinero para hacerle más regalos y conservarla a su lado. Con ese sistema duplicaba la droga que le daban, y la diferencia se la quedaba para él.

—Michela, ¿por qué odia tanto a Elena y no a las otras mujeres con quienes mantuvo relaciones su hermano?

Antes de contestar, una mueca de dolor le torció la boca.

—Angelo se había enamorado de verdad de esa mujer. Era la primera vez que le ocurría.

Había llegado el momento. Montalbano hizo acopio de todo aquello de lo que podía hacer acopio en su interior, músculos, aliento, nervios. Un saltador de trampolín un momento antes de lanzarse. Y saltó.

—Angelo solo tendría que haberla amado a usted, ¿verdad?

—Sí.

Ya estaba. Entrar en aquel oscuro sotobosque formado por raíces entrelazadas, serpientes, tarántulas, nidos de víbora, hierbas silvestres, espinosos matorrales, había sido muy fácil. Penetrar en la selva oscura no había ofrecido ninguna dificultad. Pero abrirse camino a través de ella exigía valor.

—Pero ¿usted no tuvo un novio? ¿No se enamoró?

—Sí. Pero Angelo...

Allí estaba, bajo un árbol, la planta maligna. Muy bonita a la vista, pero, si te metes una hoja en la boca, letal.

—Angelo se encargó de eliminarlo. ¿Es así?

—Sí.

No tiene confines esta selva enferma que huele a muerte. Y cuanto más te adentras en ella, más te espera al acecho el horror que no quisieras ver ni sentir.

—Y cuando Teresa se quedó embarazada, ¿fue usted quien convenció a Angelo de que le practicara un aborto tendiéndole una trampa?

—Sí.

—Nadie tenía que entrometerse en su... en su...

—¿Qué ocurre, comisario? —preguntó ella en un susurro—. ¿No encuentra la palabra adecuada? Amor, *dottor* Montalbano. La palabra es amor.

Abrió los ojos y volvió a mirarlo. Ahora sobre la superficie del líquido amarillento se estaban formando unas ampollas de gran tamaño que estallaban como a cámara lenta. Montalbano se imaginó el hedor que despedían: el olor dulzón de la descomposición, los huevos podridos, las emanaciones de lagunas enfermas.

—¿Cómo se enteró de que habían matado a Angelo?

—Me llamaron por teléfono. El mismo lunes, hacia las nueve de la noche. Me dijeron que habían ido a hablar con él, pero que lo habían encontrado muerto. Me ordenaron deshacerme de todo lo que permitiera descubrir el trabajo que hacía Angelo por cuenta de ellos. Y yo obedecí.

—No solo obedeció. Sino que subió al cuarto donde su hermano acababa de ser asesinado y creó unas pruebas falsas contra Elena. Fue usted quien preparó todo el montaje de las bragas en la boca, los vaqueros abiertos y el sexo fuera.

—Sí. Quería asegurarme, tener la certeza de que Elena fuese acusada del delito. Porque fue ella. Esos a Angelo ya lo encontraron muerto.

—Eso ya lo veremos. Pueden haberle mentido, ¿sabe? Entretanto, dígame una cosa: ¿conocía a la persona que la llamó para informarle de la muerte de su hermano?

—Sí.

—Dígame su nombre.

Michela se puso en pie muy despacio. Estiró los brazos como si se desperezara.

—Vuelvo enseguida. Voy a beber un poco de agua.

Fue a la cocina, arrastrando los pies y con los hombros todavía más encorvados.

Montalbano no supo ni el cómo ni el porqué, pero de pronto se levantó y corrió a la cocina. Michela no estaba. Se asomó al balcón abierto. Una bombilla encendida iluminaba la explanada delante del garaje, pero su pálida luz bastó para permitirle ver una especie de saco negro, inmóvil en el suelo. Michela se había arrojado al vacío sin decir una palabra, sin emitir un grito. Y el comisario comprendió que la tragedia, cuando se interpreta en presencia de terceros, adopta poses y habla en voz alta, pero cuando es profundamente auténtica, habla en voz baja y sus gestos son humildes. Claro, la humildad de la tragedia.

Tomó una rápida decisión: aquella noche, él no había estado en el apartamento de Angelo. Cuando descubrieran el cuerpo, creerían que se había matado porque no conseguía superar la pérdida de su hermano. Y así tendría que ser.

Cerró muy despacio la puerta del apartamento temiendo que su majestad lo sorprendiera, bajó por los peldaños muertos, salió a la calle, subió a su automóvil y se fue a Marinella.

Dieciocho

En cuanto entró en su casa, se sintió muy cansado y experimentó un profundo deseo de acostarse, tirar de la colcha hacia arriba, cubrirse la cabeza y permanecer allí con los ojos cerrados en un intento de borrar el mundo.

Eran las once de la noche. Mientras se quitaba la chaqueta, la corbata y la camisa, consiguió, cual si fuera un prestidigitador, marcar el número de Augello.

—Salvo, pero ¿es que te has vuelto loco?

—¿Por qué?

—¡Llamar a estas horas! ¡Despertarás al chiquillo!

—¿Lo he despertado?

—No.

—Pues entonces, ¿por qué me rompes los cojones? Tengo que decirte una cosa importante. Ven inmediatamente a mi casa, a Marinella.

—Pero, Salvo...

Colgó. Llamó a Livia, pero nadie contestó. A lo mejor se había ido al cine. Se desnudó por completo, se situó bajo la ducha, gastó toda el agua del primer depósito, soltó una maldición, hizo ademán de abrir el segundo de reserva, pero se detuvo. Y si por la noche no daban el agua, ¿cómo se lavaría por la mañana? Mejor ser prudente.

Mientras esperaba a Mimì, decidió cortarse las uñas de manos y pies. Cuando terminó y llamaron a la puerta, fue a abrir desnudo tal como estaba.

—¡Pero es que yo estoy casado! —exclamó escandalizado Mimì—. ¿No me habrás invitado para enseñarme tu colección de mariposas?

Montalbano le dio la espalda y fue a ponerse unos calzoncillos y una camisa.

—¿La cosa será larga? —preguntó Mimì.

—Más bien sí.

—Pues entonces sírveme un *whisky*.

Se sentaron en la galería. Antes de tomar el primer sorbo, Montalbano levantó el vaso.

—Enhorabuena, Mimì.

—¿Por qué?

—Has resuelto el caso del camello al por mayor. Mañana podrás presumir exhibiéndote con Liguori.

—¿Estás de guasa?

—Para nada. Lástima que lo hayan matado, había traicionado la confianza de la familia Sinagra.

—¿Quién era?

—Angelo Pardo.

—¿Ese que encontraron muerto de un disparo con la polla al aire?

—Exactamente.

—Estaba convencido de que era un delito pasional, una historia de mujeres.

—Eso es lo que querían que nos tragáramos.

Augello torció la boca.

—Salvo, ¿estás seguro de lo que dices? ¿Dispones de pruebas?

—Las pruebas están en una caja blindada dentro del ataúd de Angelo Pardo. Pides las autorizaciones, abres el ataúd, sacas la caja, la abres también con la llave que ahora mismo voy a darte, y dentro encontrarás no solo la cocaína sino también la otra sustancia que la convirtió en veneno.

—Perdona, Salvo, pero ¿quién metió la caja blindada en el ataúd?

—Su hermana Michela.

—¡Pues entonces es cómplice!

—Te equivocas. Ella no sabía nada de los manejos de su hermano. Pensó que la caja, cuyas llaves no tenía, contenía cosas personales de Angelo, y la colocó dentro del ataúd.

—¿Por qué?

—Porque de esa manera, en la eternidad, el muerto podría abrirla de vez en cuando y, contemplando sus cosas, podría recordar los buenos tiempos de cuando vivía.

—¿He de creérmelo?

—¿La historia del muerto que de vez en cuando abre la caja?

—Me refiero al hecho de que la hermana no supiera nada de las andanzas de su hermano.

—No. Tú no. Pero los demás sí. Tienen que creerlo.

—¿Y si Liguori la interroga y ella se contradice?

—No te preocupes, Mimì. No será interrogada.

—¿Cómo puedes estar seguro?

—Lo sé y basta.

—Pues entonces cuéntamelo todo desde el principio.

Se lo contó casi todo, de la misa la media. No le dijo que Michela estaba metida hasta el cuello en aquella mierda, sino solo hasta las rodillas, le explicó que la necesidad de dinero de Angelo se debía al vicio del juego, dejando así discretamente en la sombra a Elena, y le comunicó que el comandante de la Policía Judicial Laganà y un compañero suyo podrían facilitarle a él y a Liguori unos útiles elementos.

—Pero ¿cómo es posible que Pardo conociera a la familia Sinagra?

—El padre de Angelo era un firme partidario político del senador Nicotra. Y el senador debió de presentar a Angelo a alguien de los Sinagra. Y estos, al darse cuenta de que Angelo andaba escaso de dinero, debieron de contratarlo. Angelo traicionó su confianza y ellos mandaron pegarle un tiro.

—Me parece haber oído que en la boca del muerto encontraron un par de hilos de un tejido...

—Todo teatro, Mimì, una puesta en escena para enturbiar las aguas.

Hablaron unos momentos más, Montalbano le entregó el llavero de Angelo y cuando Mimì se marchaba, sonó el teléfono.

—¿Livia? ¿Cariño? —dijo el comisario.

—Lamento decepcionarlo, *dottore*. —Era la voz de Fazio—. Pero es que acaban de comunicarme que han encontrado el cuerpo de Michela Pardo. Se ha suicidado arrojándose desde el balcón de la casa de su hermano. Estoy en la comisaría, pero he de ir para allá. ¿Las llaves del apartamento las tiene usted?

—Sí, te las mando con el *dottor* Augello que casualmente está aquí conmigo. —Colgó—. Michela Pardo se ha suicidado.

—¡Pobrecita! ¿Digamos que no ha resistido el dolor? —preguntó Augello.

—Digámoslo.

En los cuatro días siguientes no ocurrió nada. El señor jefe superior aplazó a una fecha todavía por concretar su entrevista con Montalbano.

Y ni siquiera Elena lo llamó.

Y eso era algo que, en cierto sentido, le desagradaba. Creía haber entendido que la chica le había echado el ojo y que aplazaba el ataque hasta el final de la investigación. «Para no crear equívocos», había dicho. O algo por el estilo.

Y tenía razón: si en aquellos momentos hubiera puesto en práctica sus poderes de seducción, Montalbano habría pensado que lo hacía para ganarse su amistad y complicidad. Pero ahora que hasta Tommaseo la había exculpado, la posibilidad de un equívoco ya no existía. ¿Pues entonces?

¿Y si la presa a la que la pantera había echado el ojo era otra? ¿Y si el que había creado un malentendido era él? Supongamos que un conejo ve una pantera que lo persigue y, muerto de miedo, se lanza a correr para escapar. De repente el conejo ya no oye a su espalda a la bestia feroz. Se gira y ve que la pantera se ha puesto a perseguir a un cervatillo. La pregunta es: ¿por qué el conejo, en lugar de alegrarse, habría de decepcionarse por el hecho de haber dejado de ser la presa?

Al quinto día, Mimì Augello detuvo a Gaetano Tumminello, hombre de la familia Sinagra y sospechoso de cuatro homicidios, bajo la acusación de haber matado a Angelo Pardo.

Durante veinticuatro horas Tumminello sostuvo que jamás había estado en casa de Angelo, es más, juró que ni siquiera sabía dónde vivía. La fotografía del presunto asesino apareció en la televisión. Entonces se presentó ante Mimì en la comisaría el *commendatore* Ernesto Laudadio, alias S. M. Víctor Manuel III, para declarar que la noche de aquel lunes él no pudo entrar en su garaje porque delante había un coche aparcado que jamás había

visto anteriormente y cuyo número de matrícula anotó. Entonces se puso a tocar el claxon, y al poco rato apareció el propietario, sí señor, el hombre de la fotografía que habían mostrado en la televisión, ni más ni menos que él, el cual, sin decir ni pío, subió al coche y se fue.

Como consecuencia de ello, Tumminello tuvo que cambiar su versión. Dijo que había acudido a casa de Angelo Pardo para hablarle de un negocio, pero que ya lo encontró muerto. No sabía nada de unas bragas metidas en la boca de Pardo. Y puntualizó que cuando él lo vio, la cremallera de los vaqueros de Pardo estaba cerrada. Hasta el punto de que, al oír decir que a Pardo lo habían descubierto en posición obscena (lo dijo exactamente así, «posición obscena»), él, Tumminello, se escandalizó.

Como es natural, nadie lo creyó. No solo había matado a Pardo porque este había distribuido una cocaína mortal, con riesgo de provocar una matanza, sino que además había tratado de desviar el curso de la investigación. Los Sinagra lo dejaron tirado, y Tumminello, siguiendo la tradición, exculpó a los Sinagra: sostuvo que la idea de la droga había sido suya y solo suya, como suya había sido también la idea de fichar a Pardo, al que sabía necesitado de dinero, y que la familia que le había concedido el honor de acogerlo como un hijo fiel y respetuoso lo ignoraba todo. Pero insistió en que él, cuando fue a ver a Pardo para hablarle de la grandísima putada que había hecho con la cocaína mal cortada, lo encontró ya muerto de un disparo.

—¿Ir a hablar es un amable eufemismo para decir que había ido a casa de Pardo para matarlo? —le preguntó el fiscal.

Tumminello no contestó.

Entretanto, el comandante Melluso, compañero de Laganà, había conseguido descifrar la clave de Angelo, y las nueve personas que figuraban en la lista se vieron metidas de lleno en el fregado. En realidad, los nombres de la lista eran catorce, pero los cinco restantes (entre ellos el ingeniero Fasulo, el senador Nicotra y el honorable Di Cristoforo) pertenecían a personas a las que, gracias a las escasas aptitudes químicas de Angelo, ya no era posible acusar.

Una semana después, Livia se presentó para pasar tres días en Vigàta. No se pelearon ni una sola vez. La madrugada del lunes, Montalbano la acompañó al aeropuerto de Punta Raisi, y tras verla marcharse, subió al coche para regresar al pueblo. Pero como no tenía nada que hacer, decidió seguir una carretera interior en muy mal estado, por cierto, pero que le permitiría disfrutar de unos cuantos kilómetros más del paisaje que a él le gustaba, el que estaba hecho de tierra quemada y casitas blancas. Se pasó tres horas circulando con la cabeza vacía de pensamientos. De pronto se dio cuenta de que se encontraba en la carretera que desde Giardina llevaba a Vigàta, lo cual significaba que le faltaban pocos kilómetros para llegar. Pero ¿no estaba algo más arriba el surtidor de gasolina donde la noche del lunes Elena había hecho el amor con el empleado de allí? Cómo se llamaba... ah, sí, Luigi.

«Ea pues, vamos a conocer a ese Luigi», se dijo.

Circuló todavía más despacio, mirando a derecha e izquierda. Y al final vio la gasolinera. Una techumbre parcialmente rematada por unos tubos de neón apagados, bajo la cual había tres surtidores. Y nada más. Entró en la explanada y se detuvo. La garita del empleado era de obra y estaba casi enteramente escondida por el tronco de un acebuche milenario. Desde la carretera resultaba casi imposible verla. La puerta estaba cerrada. Tocó el claxon, pero no apareció nadie. ¿Cómo era posible? Bajó y fue a llamar a la puerta de la garita. Nada, silencio. Se giró para regresar al coche y vio, justo al borde de la explanada, junto a la carretera, la parte posterior de un rectángulo metálico mantenido en su sitio por una barra de hierro. Un letrero. Se colocó delante de él, pero no pudo leerlo porque estaba cubierto en tres cuartas partes por una mata de hierba silvestre, la cual echó abajo a patadas. El letrero había perdido el barniz, una mitad estaba manchada de herrumbre, pero las letras todavía se distinguían con claridad: «Los lunes, cerrado».

Una vez cuando era pequeño, su padre, para gastar una broma, le dijo que la luna del cielo estaba hecha de papel. Y él, que siempre confiaba en lo que le decía su padre, se lo creyó. Y ahora de mayor, hombre experto, cerebral y al mismo tiempo intuitivo, había vuelto a confiar como un chiquillo en dos mujeres, una muerta y otra viva, que le habían dicho que la luna estaba hecha de papel.

La rabia le nublababa tanto la vista que estuvo a punto de matar a una viejecita y luego por poco choca contra un camión. Cuando aparcó delante de la casa de Elena ya era más de la una. No era fácil que hubiese salido a esa hora. En efecto, llamó al portero automático y ella le contestó.

Lo esperaba en la puerta con atuendo deportivo y una sonrisa en los labios.

—¡Salvo, cuánto me alegro! Ven, pasa.

Lo precedió. A su espalda, Montalbano observó que sus pasos no eran ágiles y nerviosos como de costumbre, sino suaves y relajados. Además, su manera de sentarse en el sillón fue casi de lánguido abandono. La pantera estaba evidentemente más que ahíta de carne fresca recién devorada, y en ese momento no suponía ningún peligro. Mejor así.

—No me has avisado y por eso no he preparado café. Lo hago en un momento.

—No, gracias. Tengo que hablar contigo.

Seguía siendo un animal salvaje, pues enseñó todos sus blanquísimos y afilados dientes a medio camino entre una sonrisa y un bufido felino.

—¿Acerca de nosotros? —Estaba claro que solo quería provocarlo en broma, sin verdadera intención de hacerlo.

—No; acerca de la investigación.

—¿Todavía?!

—Sí. Tengo que hablarte de tu falsa coartada.

—¿Falsa? ¿Y por qué falsa? —Simple curiosidad, casi como si le hiciera gracia, sin el menor atisbo de turbación, sorpresa o temor.

—Porque tú, la noche de aquel famoso lunes, no pudiste haber conocido a tu Luigi. —Enfatizó el «tu» sin darse cuenta, se ve que le quedaban dentro unos cuantos celos.

Ella lo comprendió y le apretó las tuercas.

—Te aseguro que hubo un encuentro y fue de lo más agradable.

—No lo dudo, pero no un lunes, porque los lunes la gasolinera está cerrada. Día de descanso.

Elena cruzó los dedos de las manos, levantó los brazos por encima de la cabeza y se desperezó.

—¿Cuándo lo descubriste?

—Hace unas horas.

—Luigi y yo habríamos jurado que a nadie se le ocurriría ir a comprobarlo.

—Pero a mí se me ha ocurrido. —Una trola dicha no para presumir, sino solo para no pasar por un capullo integral a ojos de ella.

—Aunque un poco tarde, comisario. En cualquier caso, ¿qué cambia ese gran descubrimiento?

—Que tú no tienes coartada.

—¡Uf! Pero ¿es que no te dije enseguida que no tenía coartada? ¿Lo has olvidado? No te dije una cosa por otra. Pero tú dale que te pego, ¡mira que si no tienes te van a detener! ¿Qué quieres de mí? Al final me la busqué, tal como tú querías.

Habilísima, rápida, inteligente, guapa. En cuanto cometías el más mínimo fallo, ella lo aprovechaba. ¡Ahora le echaba la culpa a él por haberla obligado a mentir delante de Tommaseo!

—¿Cómo convenciste a Luigi? ¿Con la promesa de acostarte con él?

No conseguía dominarse, el atisbo de celos lo impulsaba a pronunciar palabras equivocadas. El conejo aún no reconocía que la pantera lo había rechazado.

—Te equivocas, comisario. Todo lo que te dije que me ocurrió el lunes me había pasado la víspera, domingo. Me costó muy poco convencer a Luigi de que desplazara al día posterior, en presencia de Tommaseo, la fecha de nuestro primer encuentro. Y que sepas, si quieres interrogarlo, que seguirá jurando una y otra vez que nos conocimos aquel maldito lunes por la noche. Sería capaz de hacer cualquier cosa por mí.

¿Qué lo indujo a erguir las orejas? Tal vez un especial e inesperado cambio de tono al decir «aquel maldito lunes por la noche» que, en un abrir y cerrar de ojos, hizo surgir un pensamiento en su cerebro, una iluminación que casi le dio miedo.

—Tú aquella noche fuiste a casa de Angelo —dijo la boca del comisario antes de que el pensamiento se redondeara en su cabeza.

No era una pregunta, sino una clara afirmación. Ella cambió de postura, apoyó los codos sobre las rodillas, posó la cabeza en las manos y miró largo rato a Montalbano. Lo estaba estudiando. Bajo aquella mirada que estaba

calibrando su peso de hombre, incluidos el cerebro y los cojones, el comisario experimentó el mismo malestar que había sentido al pasar desnudo su primera revisión de recluta en presencia de la comisión mientras el médico lo medía y manoseaba. Después ella tomó una decisión. Quizá lo había considerado apto.

—Sabes que yo podría insistir en mi versión y que nadie podría demostrar su falsedad —dijo a modo de premisa.

—Eso lo dices tú. El letrero sigue allí.

—Sí, pero quitarlo habría sido peor. Por eso me puse de acuerdo con Luigi. Él dirá que había olvidado un libro y que aquel lunes había ido a recogerlo. Se está preparando para los exámenes en la universidad. Yo lo vi y creí erróneamente que la gasolinera estaba cerrando. Lo demás ya lo sabes. ¿Funciona?

Maldita mujer, ¡vaya si funcionaba!

—Sí —admitió a regañadientes.

—Pues entonces puedo seguir. Has acertado, comisario. Aquella noche, tras haberme pasado aproximadamente una hora dando vueltas con el coche, acudí con mucho retraso a la cita en casa de Angelo.

—¿Por qué?

—Quería decirle que entre nosotros todo había terminado de verdad. Lo ocurrido la víspera con Luigi me había convencido de que Angelo ya no me decía nada. Por eso fui.

—¿Cómo entraste?

—Llamé al timbre. En el cuarto de la azotea también hay portero automático. Angelo contestó, abrió y dijo que subiera. Cuando llegué, lo sorprendí tratando de marcar un número en el móvil. Me explicó que, pensando que yo ya no aparecería, había llamado a Michela para que fuera a verlo. Ahora quería avisarle que yo estaba allí y, por consiguiente, era mejor que no viniese. Pero no lo conseguía, a lo mejor Michela había apagado su móvil. Me propuso bajar al apartamento. Quería hacer el amor, con Michela o sin Michela. Yo le contesté que no, que había ido para despedirme. Y aquí se inició una escena muy larga, hecha de lágrimas y súplicas por su parte. Llegó al extremo de caer de rodillas para implorarme. En determinado momento, me propuso que nos fuéramos a vivir juntos y me dijo a gritos que ya no

aguantaba a Michela con sus celos. Dijo que era una sanguijuela, una ladilla. Después intentó abrazarme. Yo le di un empujón y él cayó sobre el sillón. Aproveché para largarme, ya no podía más. Y esa fue la última vez que vi a Angelo. ¿Satisfecho?

Durante el relato, sus labios adquirieron una expresión más enfurruñada y sus ojos se tornaron de un azul celeste más intenso, casi oscuro.

—Por consiguiente, de tu relato se deduce que el que mató a Angelo fue Tumminello.

—No creo.

Montalbano pegó un brinco en el sillón. ¿Qué le estaba pasando por la cabeza a Elena? ¿No le resultaba cómodo sumarse a la opinión general y echar la culpa al mafioso? Por supuesto que sí. Entonces, ¿por qué ponía en tela de juicio todo el asunto? ¿Qué la inducía a hablar? Estaba claro que no conseguía reprimir su naturaleza.

—No creo que haya sido él —insistió.

—Pues entonces, ¿quién?

—Michela. Comisario, pero ¿es que todavía no has comprendido la clase de relación que mantenían esos dos? Se amaban hasta que Angelo se enamoró de mí. Cuando salí del cuarto, me pareció ver un movimiento en la parte oscura de la azotea. Una sombra moviéndose rápidamente. Creo que era Michela. No había recibido la llamada de Angelo y había ido a verlo. Había oído el llanto y las terribles palabras de su hermano contra ella... Creo que bajó al apartamento, cogió el revólver y esperó a que yo me fuera.

—No encontramos armas en casa de Angelo.

—¿Y eso qué importa? Se llevaría el revólver para deshacerse de él. Angelo tenía uno en el cajón de la mesita de noche. Una vez me lo enseñó y me dijo que lo había encontrado por casualidad a la muerte de su padre. Y además, ¿por qué crees que Michela se suicidó?

Y de pronto Montalbano recordó la hoja de papel timbrado con la notificación del hallazgo de un arma que él había visto en el cajón del escritorio de Angelo y a la cual no había dado importancia. Sin embargo, tenía importancia, y mucha, pues correspondía punto por punto a lo que le decía Elena y demostraba finalmente que la luna ya no estaba hecha de papel; ahora ella estaba diciendo la verdad.

—Bueno pues, ¿ha terminado el interrogatorio? ¿Te preparo de una vez ese café? —preguntó.

Él la miró. Y ella también a él. Ahora el color de sus iris volvía a ser azul cielo y sus labios estaban entreabiertos en una leve sonrisa. Sus ojos eran un cielo de principios de verano, un cielo despejado y claro que reflejaba los cambios del día, de vez en cuando aparecía una nubecita blanca, pero bastaba una ligera ráfaga de viento para hacerla desaparecer de golpe.

—¿Por qué no? —contestó Montalbano.

Nota del autor

Es la consabida advertencia que ya estoy harto de hacer: esta historia me la he inventado. Por consiguiente, los personajes (con sus nombres y apellidos) y las situaciones en que se encuentran también pertenecen a la fantasía. Cualquier homonimia es, por tanto, enteramente fortuita.

A. C.

Última revisión por UMDN: 25 de noviembre de 2021

